



MARINA SANMARTÍN

**EL JARDÍN
DE LOS
SOSPECHOSOS**

 **PRINCIPAL**

EL JARDÍN DE LOS SOSPECHOSOS

Marina Sanmartín



Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



EL JARDÍN DE LOS SOSPECHOSOS

V.1: Abril, 2018

© Marina Sanmartín, 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Diseño de cubierta: Pedro Viejo

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-15-7

IBIC: FH

Maquetación: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

EL JARDÍN DE LOS SOSPECHOSOS

**Vuelve Marina Sanmartín con una exploración de la
perversión del ser humano**

Martín Guidú tiene que asistir a la jornada de padres de su sobrino Lucas porque su hermano Anakin está en el hospital. Todo debería ser fácil: los padres explican sus oficios a los niños bajo la mirada benevolente de la profesora Natalia Holden. Parece un día sencillo en Caivelan, hasta que descubren el cadáver de una niña muerta, compañera de clase de Lucas. Reunidos en el jardín de la escuela, convertida en el escenario involuntario de un crimen, Martín, Natalia y el inspector de policía Lorenzo Barriuso, tres desconocidos que se verán obligados a resolver juntos el atroz asesinato, se sumergirán hasta las profundidades de la maldad.

«Una ficción terroríficamente real, asfixiante y claustrofóbica, digna del mejor Lovecraft.»

Antonio Fontana, *ABC Cultural*, sobre *Informe sobre la víctima*

«Descubrir la literatura de Marina Sanmartín es uno de esos azares que ocurren pocas veces y son gratamente satisfactorios.»

Raquel Jiménez, Zenda

ÍNDICE

El jardín de los sospechosos
Página de créditos

Introducción

08:00 Viaje a Ítaca

09:00 La muerte de Anakin

10:00 El taller de fotografía

11:00 La hora del crimen

11:30 El descubrimiento del cuerpo

12:00 TrueDetective81

13:00 Las estrellas verdes

14:00 El cobertizo de los pájaros

15:00 Acúfenos

16:00 La caja negra

17:00 La llave

17:30 La solución

18:00 La salida

Agradecimientos
Sobre la autora

*Para Luis y para Diego.
Y para Rafeta.*

Años después, durante su paseo por el Jardín de los Sospechosos, los tres recordarán lo ocurrido como no fue. De la misma manera en que los cuerpos destrozados en accidente o por la enfermedad en el tanatorio parecen dormidos y no muertos, la memoria de Martín habrá convertido la visión del cadáver de la niña en algo llevadero, soportable; una imagen fría, el símbolo de una frontera.

Aunque el dolor no habrá desaparecido.

Latirá a veces, ejercerá de voz de la conciencia, mostrándole una verdad aterradora: que mientras sufría, al mismo tiempo, fue feliz.

Pero ya no se culpará por eso.

Habrá aprendido que se vive todo a la vez.

08:00

Viaje a Ítaca

Tres horas antes del crimen

Anakin se está muriendo. Pregunta: ¿Hay una novela de Kundera que se llama La identidad? Lo de Anakin es cuestión de días, tal vez de horas. Repítelo, Martín: Anakin se está muriendo en el hospital. Repítelo. Las palabras se dibujan en tu mente sobre un fondo luminoso, como esas banderolas con mensajes publicitarios que, cuando erais pequeños, recorrían sujetas a enclenques avionetas de colores el cielo de la playa en la que pasabais los veranos. Pero por qué piensas en eso, ocurrió hace mucho tiempo, Martín, forma parte de un «antes» al que no puedes permitirte prestarle atención. Debes preocuparte del «ahora»; y ahora Anakin se muere.

Deja de interpelarse. El dolor auténtico, el que solo aparece puntualmente porque se encuentra casi extinguido, como la gangrena, es negro y huele a podrido, y también reconduce el discurso mental hacia rencores absurdos, que no lo son; razón por la que, mientras baja las escaleras sucias de la Estación Madre de metro, en el corazón de Caivelan, Martín le reprocha a su hermano agonizante que haya elegido el día de la jornada de padres en el

colegio de Lucas para empeorar. Se llama así: «jornada de padres»; no «jornada de tíos».

Faltan unos minutos para las ocho de la mañana y el cielo que lo despidе cuando desciende hacia los andenes subterráneos está encapotado, sitiado por un ejército de nubes grises, con el aspecto poco tranquilizador de platillos volantes que disfrazan de otoño el día de primavera. Es viernes 29 de abril.

Compra un billete sencillo en la máquina expendedora y, tras consultar un plano mugriento en el que se mezclan un número indeterminado de líneas de colores, Martín se diluye entre los viajeros que entran y salen cruzando los tornos. Lleva vaqueros de marca y las manos en los bolsillos de su gastado tabardo azul; su inseparable Fuji X30 le cuelga del cuello, sujeta a una resistente correa de cuero negro. La cámara, a cada paso, le da un golpecito en el esternón. Es su metrónomo. No se fija en nadie en concreto, se limita a formar parte, es temprano para actuar como observador, y vuelve a formularse la misma pregunta: *¿Qué novela es esa? ¿Existe una novela de Kundera que se llama La identidad?* Mata la breve espera del tren consultándolo en su iPhone. Si la localiza y no surge ningún imprevisto, la comprará al volver a casa. Se bajará en esta misma estación y hará un alto en alguna gran superficie con sección de librería para conseguir la edición de bolsillo. En caso de que haya varias, elegirá la que tenga la portada más bonita, con el diseño más sobrio, porque Inés la preferirá. *Nada de fotos.*

Anakin se está muriendo.

Y sí, existe, Kundera escribió en 1998 una novela que se llama *La identidad*, pero Martín tardará aún en comprarla; su intención está a un paso de escurrirse por el desagüe, junto con otro buen puñado de deseos superfluos. Es así, aunque él aún no lo sabe: en tres horas la vida habrá de cambiarle para siempre.

El vagón, al principio lleno, se vacía conforme las paradas más céntricas van quedando atrás. Martín logra sentarse antes de que termine el tramo de túneles. Lucha contra el sueño, invocado por el suave traqueteo del convoy. Se frota los ojos con una intensidad maníaca, sin importarle lo que puedan pensar de su comportamiento las cuatro o cinco personas que, como él, aún

continúan viaje. No está acostumbrado a madrugar. Se enfrenta a su reflejo en la ventanilla, nítido contra la oscuridad exterior. Nadie lo ha reconocido y se lamenta: *¿Cómo es posible? Quizás tenga algo que ver el sopor colectivo que flota en el ambiente, con aroma a edredón y baba en la almohada, una especie de hechizo.*

Cuando el metro sale por fin a la superficie, el paisaje es distinto, no hay ni rastro del perfil urbano de Caivelan, que es un híbrido entre la *Metrópolis* de Fritz Lang y las callejuelas estrechas y apestosas del París que Patrick Süskind retrata en *El perfume*, pero, eso sí, con el mar al final de todos los trayectos. La ciudad se ha esfumado y, en su lugar, árboles y urbanizaciones de viviendas unifamiliares, en las que Martín intuye raquíticas pistas de pádel y minúsculas piscinas comunitarias con ínfulas de alto *standing*, salpican ambos lados de la vía y custodian una carretera atestada a esa hora de coches con capacidad para correr en un circuito de Fórmula 1 y, sin embargo, obligados a avanzar como borregos en fila, condenados al matadero.

Lo único que le gusta de ese estilo de vida es el sonido de los aspersores, el frescor que abandonan sobre la hierba.

Protegido en la casi absoluta soledad del vagón, se siente a salvo. Cruza los brazos sobre el pecho, reconfortado por el recuerdo feliz de su *loft* de doscientos metros cuadrados en un edificio rehabilitado del barrio antiguo, y estira las piernas sin perder de vista el mundo que desfila ante sus ojos y que se despierta para él, que nunca ha estado allí antes, por primera vez: un mundo, el de los suburbios de clase media alta al que (se engaña) él no pertenece, del que desprecia convenciones y apariencias; el mundo de Anakin, su hermano mayor, que se está muriendo.

El tren rasga la mañana lluviosa con la rotundidad de una navaja que corta un lienzo, y un tono ceniciento, de manos sucias, baña el cielo y pretende evitar el destierro del invierno: *No lo conseguirá*, se dice Martín, esbozando una sonrisa de desafío al detectar en esa oscuridad de eclipse la huella de la luz. También se dice que si Anakin no hubiera recaído, él todavía estaría durmiendo. *Martín, ¿y esto a santo de qué? Debería poder cercenarse la mente equivocada, como se puede cortar uno un brazo o una pierna, si se es valiente y la amputación es necesaria, el único remedio para aniquilar la infección..., pero no se puede:* de repente se visualiza a sí mismo, solo con el pantalón del pijama, remoloneando en el futón de dos metros de ancho que

acaban de comprar hecho a medida a través de la web de una prestigiosa tienda japonesa, con las sábanas revueltas a la altura de la cintura, postergando *sine die* el momento de levantarse en esa mañana engañosamente oscura y en el *loft*, silenciosa, perfecta para albergar su duermevela, los últimos coletazos de sus horas inconscientes, cuyo final lentísimo suele iniciarse con el sonido de la alarma que despierta a Inés.

En esta escena de soledad doméstica que Martín se entretiene en recrear mientras agota el trayecto hasta Ítaca, el colegio para niños con altas capacidades en el que acaban de matricular a su sobrino, son importantes también los sonidos y olores que acompañan a la preparación del café, una de sus debilidades, de la que a Inés no le ha costado nada hacerse cómplice. Es ella quien se levanta primero, quien, antes de marcharse al aeropuerto, donde ejerce de jefa de seguridad, llena de agua la base de la cafetera italiana tamaño familiar y hace uso del molinillo eléctrico, escogiendo cada día un café diferente de entre los muchos que atesoran en clásicos tarros de cristal, que cierran al vacío y esperan su turno alineados por orden alfabético en un estante de teca. Martín sonríe de nuevo atrapado en su ensoñación: coleccionan granos de café como si fueran mariposas. Luego está el burbujeo del agua hirviendo, un anticipo de catástrofe que queda sofocado por la pericia de su novia, pendiente del fuego (*donde esté un buen fogón clásico, que se quite la vitrocerámica o la inducción*). Inés, que se limita a un café solo antes de volver a la habitación para despedirse y lamerle la cara con un afecto canino, aún sin lavarse los dientes.

—Bello durmiente, me voy ya..., bésame..., dame un beso. Haz el favor de levantarte y deja de darme envidia.

La melena rubia de Inés le acaricia los hombros, le hace cosquillas, inicia la cadena de actos insignificantes que conducen a la erección. Lo excita la suavidad del pelo de ella sobre su propia carne sucia, húmeda por el paso de la noche y la asistencia obligada al transcurso de los sueños, de los que a menudo despierta en plena madrugada, empapado en sudores fríos. No recuerda cuándo fue la última vez que durmió cinco horas del tirón, y achaca en secreto las interferencias en su descanso a un excesivo consumo de coca durante la primera juventud. Menos mal que está Inés, también por esto: para mantenerlo alejado de las sustancias adictivas, que lo fascinan, y marcar con miradas reprobatorias el límite de cigarrillos. El tabaco de liar es el único

vicio que le queda.

Acaba de cumplir cuarenta y tres años; Inés, treinta y nueve; y no tienen hijos.

¿Cuántos años tiene Anakin?

Inés quiso saberlo la noche en que los presentó, justo antes de preguntarle: «¿Por qué lo llamáis así?»

Anakin y él deberían haber patentado el concepto de «apodo tardío».

Joder, murmura Martín conteniendo el llanto, avergonzándose excepcionalmente de su debilidad. Respira hondo y mira con discreción a su alrededor. Faltan dos paradas para Ítaca y, ahora sí, el vagón ha quedado desierto.

Ahuyenta a los fantasmas de la mejor manera que sabe: sacando fotografías. Enfoca a través del cristal el paisaje periférico, aunque la naturaleza no se le da muy bien. Lo suyo son los humanos, el retrato. Ese es el tema que ha escogido para el taller que debe impartir en el colegio de Lucas. Le tiemblan un poco las manos, que conservan la palidez de los espíritus. No suele trabajar sin público. Le gusta ser observado mientras «dispara», aunque sea solo por el modelo, indefenso y sumiso ante el objetivo. Martín disfruta con la reacción que provoca su impostura en los demás; una sucesión de gestos que, como una corriente alterna, se ve interrumpida por fugaces instantes de reflexión y termina con un clic.

Todo es una farsa. Todo es un fraude.

Todo es verdad.

«No es solo uno de los fotógrafos de celebrities más conocidos del momento. Es el mejor»; eso escribió alguien de ti en algún suplemento dominical, ¿o lo escuchaste en Radio 3?

Pero un fotógrafo no es un actor, ni un músico, y su éxito a menudo resulta incomprendido.

Sin dejar de mirar a través de la Fuji, examina el espacio en movimiento: los asientos libres de un naranja brillante; los carteles tamaño A3 pegados junto a las puertas, incitando a la lectura con ilustraciones mediocres y

fragmentos de clásicos que sirven para todo menos para incitar a la lectura; los escuetos gráficos horizontales que indican las paradas de la línea con topos diminutos; el suelo pringoso, salpicado de huellas, mancillado por una cáscara de plátano (él odia los plátanos) abandonada con disimulo en la esquina de uno de los descansillos... La realidad iluminada por la claridad del principio del día; un día excepcional, sin duda, que adopta en su rastreo la forma circular del recorrido de la cámara y termina deteniéndose de nuevo en la ventanilla, donde su reflejo ahora es más tenue, incompleto e invadido, conformado, como un *collage*, por los elementos que participan del paisaje más allá de las vías.

¿Quién es Martín Guidú?

Soy un genio.

Secretamente, se cree un genio, y sería prematuro pronunciarse acerca de lo acertado o no de su convicción, pero resulta inofensivo porque carece de malicia, y pocas cosas hay más vulnerables que un ego sobredimensionado y sin mala intención. De hecho, es probable que esa mezcla de exceso de autoestima e ingenuidad sea la causante de que su angustia sea menos llevadera. La frivolidad no es la mejor estrategia para afrontar la pérdida.

Su madre murió cuando todavía eran muy pequeños, Anakin y él; una pena inconsciente que no le sirve.

Deja la cámara, se acaricia la barba impecable, juega a adivinar su rostro en el cristal. Es un hombre atractivo. Inés bromea al atribuirle cierto parecido con Gustavo Adolfo Bécquer. Cuando quiere que reaccione y se lance sobre ella, fingiendo una falsa lucha que siempre termina en el sexo, lo llama Gus, y el caso es que algo de razón tiene. Por su aspecto, Martín Guidú podría ser un poeta romántico que hubiera viajado en el tiempo, poseedor de un instinto de supervivencia lo bastante desarrollado como para camuflarse en el primer cuarto del siglo XXI y triunfar con el dominio de una serie de tecnologías que, en su Romanticismo de origen, hubieran parecido cosa de brujas.

Gustavo Adolfo Bécquer murió de tuberculosis.

La tuberculosis prácticamente ya no existe. La hipocondría sí.

Fin del trayecto: Ítaca.

Se baja del metro.

Se entretiene en el apeadero para liarse un cigarro y descubre que no ha viajado solo. Un grupo de unos diez o doce chicos sale del último vagón y cuatro chicas se bajan de uno de los intermedios. Son adolescentes y a Martín la adolescencia le perturba; sabe por experiencia propia que se trata de una etapa despiadada, terreno fértil para el daño gratuito. Ellos visten pantalón gris y polo blanco de manga corta; ellas, falda de tablas y polo blanco también, calcetines oscuros que les llegan hasta las rodillas, mocasines. Las mochilas y los móviles con los que escuchan música o en los que buscan fotografías son de marcas caras. Las piernas de las chicas son flacas y, por encima de cualquier otro adjetivo, a Martín le parecen limpias, todavía intactas..., pero no es tan estúpido: pasan de los quince, alguien debe haberlas acariciado ya.

Siente una punzada de deseo: cualquiera de ellas hubiera podido inspirar *Lolita*.

Las nubes han quedado atrás.

Martín ensaya su versión más amable, previendo un posible intercambio de «buenos días», y mantiene la mirada del que por su actitud se delata como el líder, un chaval moreno, escuálido, con la expresión cándida de los personajes crueles, construida en torno a unos ojos negros como puntos y aparte, que esboza una sonrisa torcida y, sin embargo, no lo saluda. Se limita a mirarlo sin ninguna discreción, porque él es el elemento discordante en medio de tanto árbol, tanta voz en tránsito y tanto canto de pajaritos. Además, no se ha quitado el tabardo azul a pesar de ser primavera y haber llegado hasta allí, a esa especie de claro del bosque en el que los rayos de un sol joven, que ha triunfado sobre la amenaza de lluvia, se aventuran sobre la piel y sobre la tierra y anuncian un día finalmente caluroso. Pero Martín es friolero.

En apenas unos segundos, el encuentro termina sin que lo reconozcan, detalle que lo irrita. Los alumnos del Ítaca (no hay que ser un lince para adivinar que pertenecen al colegio) pierden con rapidez el interés por el desconocido y se esfuman por el único sendero que parte del conato de estación. El escándalo de sus ruidosas conversaciones desaparece con ellos, se apaga progresivamente, y todo vuelve a sumirse en el falso silencio de la naturaleza, plagado de intuiciones inquietantes para Martín.

Ha sido como cruzarse con un ciervo, se dice, como en las películas. El protagonista se pierde dando un paseo o conduce de madrugada por la carretera y entonces un ciervo se le aparece envuelto en un halo de revelación espiritual que cambia el destino del personaje. A veces el protagonista viaja en tren y ve al ciervo por la ventanilla. Y el destino le cambia igual.

Martín da una calada al cigarro y deja escapar el humo.

Martín respira hondo y contiene en sus pulmones el aire puro del bosquecillo.

Repite esta operación, que alterna el consumo de humo cancerígeno con el de aire fresco, y, sin saber por qué, la memoria lo devuelve a la habitación de Anakin en el hospital. Cierra los ojos. Ha salido de Caivelan. Acusa con ironía la calidez del entorno, la Naturaleza, con N mayúscula, pegajosa y envolvente, se cierne sobre su cuerpo frágil de dandi como una red. Apenas faltan veinte minutos para las nueve, la hora de la bienvenida a los padres en el colegio, y, sin embargo, siente que puede, *que debe* quedarse parado en medio de la nada, igual que un espantapájaros, revisando los ratos que ha pasado junto a la cama de su hermano enfermo, su reciente rutina de acompañante. Está triste e inicia el descenso hacia un territorio oscuro del que va a resultarle muy difícil salir.

La única novela que ha leído dos veces es *La insoportable levedad del ser*.

Pero consume con voracidad, una tras otra, sin detenerse a evaluar la calidad de la prosa, novelas de crímenes.

Anakin siempre le ha tenido celos.

—Ve tú al colegio, hazle entender a Lucas que, si no voy yo, no es porque no quiera. Es porque no puedo ir.

—Tranquilo. Iré y haré el ridículo.

—No digas chorradas. Irás y te meterás en el bolsillo a todos los críos. Yo les habría caído fatal, Lucas se hubiera avergonzado de mí.

[...]

—Anakin...

—¿Qué?

—¿Por qué no dejas que vengan?

—Eso ni pensarlo. Su madre y yo hemos hablado y estamos de acuerdo: no quiero que me vean así, no creo que sea bueno para nadie. Si vuelves a sugerirlo, me enfadaré.

—Lucas me preguntará.

[...]

—Si te pregunta, dile la verdad; dile que me hubiera gustado estar allí con él, pero que no he podido.

—Querrá saber cómo te encuentras.

—En eso tampoco deberías mentirle... Es un niño extremadamente inteligente, Martín, ni te lo imaginas... —Anakin hace una pausa y le cambia el gesto; sus facciones, tensas por el dolor y la incomodidad del ingreso, se relajan por un instante, pero sea lo que sea que le pasa por la cabeza, no lo comparte—. Te preguntará muchas más cosas y, aunque sea pequeño, a todas, absolutamente a todas, debes intentar responderle con la verdad. Es lo primero que nos dijo la psicóloga... Y deja de hacerte la víctima, los dos sabemos que lo harás muy bien.

Cuando Julia se quedó embarazada de Lucas, Anakin y ella pensaban (y habían aceptado por fin) que no podían tener hijos (entonces Anakin aún no se llamaba Anakin, se llamaba Sebastián). Después de una lista interminable de tratamientos de fertilidad y tras agotar los intentos pertinentes de fecundación *in vitro*, una lucha frustrante que deterioró de forma irreversible su relación, decidieron hacerse a la idea de que no iban a ser padres biológicos e iniciaron los trámites para la adopción de un niño etíope. Dos años después, la gestión culminó con éxito y Martín fue a recoger a la pareja al aeropuerto de Caivelan. Habían viajado solos a Adís Abeba y de allí volvían con Kinde, que en amhárico significa «fuerte como un brazo». A Martín le gustó Kinde en cuanto el niño le tendió la mano con una formalidad de hombre: fuerte como un brazo no era, había llegado a sus vidas con siete años y no pesaba más de dieciséis kilos, pero aceptó la euforia del recibimiento familiar con un silencio plácido, que a Martín le pareció más propio del sabio patriarca de una tribu que de un pequeño huérfano africano, arrancado de cuajo de su entorno para ser trasplantado a la asepsia de la sociedad europea medioburguesa.

Kinde no era conflictivo, ni sufrió los picos y los valles emocionales previsibles durante el periodo de adaptación. Tampoco dio muestras de celos

cuando, apenas un par de meses después de su llegada, Julia anunció que estaba embarazada y recurrió a las palabras de su ginecóloga para explicar lo que parecía imposible: «La desaparición del estrés que me provocaba no poder ser madre ha hecho que pueda serlo. ¿No es genial?».

Martín miró a Anakin, que dio un largo sorbo al *gin- tonic* con el que había rubricado la comida carísima a la que habían insistido en invitarle para darle la noticia, y frunció el ceño al escuchar con atención las palabras que su hermano le dedicó a Kinde, sentado al lado de Julia la mar de tranquilo, mientras devoraba la segunda porción de pastel de chocolate:

—Kinde, si tú no estuvieras aquí, nada de esto hubiera ocurrido y quiero que lo tengas muy presente. Nos has traído paz, Kinde, nos has traído paz — repitió Anakin muy solemne, apoyando su manaza de *casialcohólico* sobre la mano negra y diminuta de su hijo adoptivo.

Ante semejante declaración, que probablemente no acabó de entender muy bien, Kinde buscó la complicidad de Martín, que se encogió de hombros y, sin dominar demasiado su reacción, rompió a reír con su sobrino.

¿Por qué llamas Anakin a mi padre?, le preguntó Lucas una vez.

Kinde significa «fuerte como un brazo», ¿lo sabías? Claro que sí.

La casa de Anakin, llena de las fotografías en blanco y negro que Martín les ha hecho a sus hijos.

Lucas fue diferente desde el principio.

Enfila el sendero por el que los estudiantes han desaparecido. La vegetación es frondosa, agreste, pero está salpicada de postes de madera donde figura la distancia cada vez más corta que lo separa de Ítaca. Está siguiendo las indicaciones de su hermano. Cuando le dijo a Anakin que pensaba llegar al colegio en metro, este se rio de él y, condescendiente, medio en broma medio en serio, se ofreció a pagarle un taxi. Martín rechazó la oferta.

A Anakin le encantan los taxis; a Lucas, los trenes.

Pisa algo crujiente y descubre que ha aplastado un caracol. De niños salían a coger caracoles en el pueblo, después de la lluvia. Su abuelo, que de tan delgado que estaba nadie sabía ni cómo se tenía en pie, los llevaba de la

mano al campo del indiano y les exigía el silencio y la cautela de los espías, porque la caza era casi, casi furtiva, puesto que el campo del indiano pertenecía al indiano y no a ellos, que regresaban a casa triunfantes, con las mallas llenas de vaquetas, chonetas y caracolillos, no antes de que el mar cambiara de azul a gris y se encendieran las farolas del paseo. De julio a septiembre, mientras su padre viudo se quedaba trabajando en Caivelan, Martín y Anakin pasaban las vacaciones en el caserón de sus abuelos maternos junto a la playa. Anakin era el mayor y era el más fuerte. Su abuela, que los quería con locura, a menudo se quedaba mirándolos mientras merendaban y hacían las tareas de repaso del curso en la mesa de la terraza, y, callada, convencida de que ellos no se daban cuenta (aunque Martín sí) se ponía a llorar.

Martín lloró cuando se quedó solo, después de acompañar a Anakin a la consulta del oncólogo en la que les confirmaron que el cáncer había conquistado los huesos.

No hay nada que hacer.

La gravilla levanta un polvo gris; Ítaca debe estar ya muy cerca.

Anakin, ¿cómo no?, insistió en coger un taxi que los sacara del hospital, de aquel lugar incómodo en el que le habían comunicado su sentencia de muerte.

—Te paramos en casa.

—No hace falta.

—Paramos. Métase por la ciudad vieja. Lo dejamos a él primero.

Cada uno mira por una ventanilla y no hablan. *Martín, gilipollas, fuiste incapaz de pronunciar palabra. Te quedaste mudo, un apoyo fantástico, ¿qué clase de hermano eres?* La clase de hermano que notaba como en su interior se estaba abriendo una espita que había permanecido cerrada durante la lucha de Anakin contra el primer tumor. En el fragor de la batalla, habían olvidado el nombre del enemigo y eso hizo la derrota más terrible. A Anakin le había vuelto a crecer el pelo después de la quimioterapia. Llevaba un traje gris, apoyaba el codo contra el cristal hacia el que permanecía girado y se acariciaba la barbilla con sus dedos larguísimos.

Anakin, podrías haber sido pianista.

—¿De verdad no quieres que vaya a casa contigo? Le mando un mensaje a Inés y ya está. Hoy tiene lío en el aeropuerto y va a doblar.

—Si quisiera te lo pediría... Lo que quiero es estar solo. Lo necesito. Y tú también.

—Gracias por traerme.

Anakin nunca dice «de nada», pero le sonrío inusualmente comprensivo y levanta la mano en señal de saludo desde el asiento trasero del taxi cuando Martín cierra con suavidad y se queda de pie, frente al portal, viendo como el conductor arranca de nuevo, ignorante de que su pasajero no vivirá para ver otro invierno.

Anakin el director de banco; Anakin el padre divorciado, repentinamente interesado por la formación de unos hijos a los que no les hizo ni caso durante el tiempo que convivió con ellos; Anakin con las manos a la espalda en la primera muestra monográfica de Martín, en una galería del centro, haciendo un esfuerzo sobrehumano por disimular su admiración, nacida de un absoluto desconocimiento de la fotografía; Anakin, enamorándose de Julia en la facultad y diciéndole a Martín en medio de la madrugada: «Voy a casarme con ella»; Anakin haciendo muecas en el espejo, sabiéndose atractivo, durante la adolescencia en la que compartieron habitación y noches que rozaron el coma etílico...

Es así, desandando recuerdos, como Martín cubre los ocho tramos de escalera que lo separan del *loft*, abre la puerta blindada y, antes de derrumbarse en medio de ese espacio amplio y luminoso, en el que la luz fría del mediodía de enero confiere a la situación un acertado tono escandinavo, busca en el Mac siempre encendido la lista con los grandes éxitos de Los Piratas e Iván Ferreiro, le da al *play* y sube el volumen al máximo. No necesita a Schubert ni a Chet Baker, ni ninguna de esas mamarrachadas modernas con las que ameniza sus sesiones de trabajo y se presenta ante sus clientes. Necesita «no te echaré de menos en septiembre». Está seguro y acierta, y, antes de que los «Años 80» alcance el estribillo, tumbado boca arriba en el sofá, mirando al techo, se echa a llorar.

Ha dejado la medicación. Desde ese día en la consulta del hospital, después de desahogarse con la banda sonora de las incursiones nocturnas que compartió con Anakin cuando eran más jóvenes, decide que quiere asistir al

declive de su hermano con sus facultades a pleno rendimiento, iluminado, con la fuerza del sol que abrasa la arena del desierto, por una absoluta, dolorosa y agresiva lucidez, la misma a la que ha ido renunciando por fascículos, casi sin darse cuenta, a cambio de un rato más de sueño o la doma nunca completa de la ansiedad. Es un artista, un creador de prestigio, lo que se traduce en una facilidad pasmosa para conseguir todo tipo de recetas. Entre sus contactos de WhatsApp hay cinco o seis psiquiatras más que dispuestos a solucionarle una noche de insomnio o un supuesto ataque de aerofobia a cambio de un retrato, y Martín se aprovecha de ellos con relativa frecuencia hasta que recibe la noticia de que Anakin se muere.

Entonces para.

Y el efecto es prácticamente inmediato: se incrementa el vigor de sus erecciones matutinas y se le excita la mirada, que empieza a vagar a la deriva, hechizada por las piernas de las colegialas y los escotes de las mujeres en los semáforos y detrás de los mostradores de las panaderías del barrio, donde compra tabletas de chocolate puro, alimento casi exclusivo de su dieta junto al café. La ciudad se tiñe de colores ácidos que parecen haberse escapado de los lienzos de Munch y las escenas más psicodélicas de Kubrick: Martín, que siempre ha fotografiado en blanco y negro, está despierto. Incluso durante las jornadas que suceden a sus vigilias de enfermero, por encima del sopor que caracteriza la cotidianidad de quien no ha dormido, la actividad de su cerebro no cesa; se encuentra inmerso en una ingente tarea de recuperación de imágenes de la infancia en las que Anakin está presente, todas las que la edad adulta de ambos enterró en su subconsciente y que solo la enfermedad, como la combinación secreta de una caja fuerte, ha conectado con la apariencia actual de su hermano, a quien durante décadas no ha reconocido como el niño que creció con él.

Solo ahora lo reconoces.

Y ese reconocimiento tardío y el dolor animal que le provoca lo acompañan sin darle tregua, al más puro estilo de las voces que escuchan los esquizofrénicos, como un ultrasonido que se retrae a un segundo plano cuando, por fin, Ítaca se distingue entre el follaje y Martín interrumpe su monólogo interior asombrado ante las imponentes dimensiones del recinto, un antiguo convento en el que nueve hermanas de la caridad se atrincheraron durante la Guerra Civil, resistiéndose a huir del adversario a pesar de saber

que su decisión, como efectivamente sucedió, les garantizaba la agonía.

Martín ha investigado lo justo: le han bastado un par de horas de internet para hacerse con los detalles más escabrosos de la leyenda. En 1938, un grupo de exaltados, quizás dolidos porque, a la vez, sus familiares más cercanos habían sido víctimas inocentes de la contienda, entró en el convento una tarde del último verano de la guerra. Eran nueve o diez hombres. No más. Habían bebido y se dejaron llevar por la rabia. Las monjas, que se escondieron en el pequeño refugio subterráneo donde solían esperar rezando el rosario a que pasaran los bombardeos, no se defendieron. Primero fueron violadas; luego, tras someterlas a todo tipo de vejaciones, las decapitaron y prendieron una hoguera con los cuerpos. Las cabezas, pinchadas en estacas, permanecieron a la intemperie sin que nadie se atreviera a retirarlas, pudriéndose bajo una capa zumbona de moscas. Después de tamaña atrocidad, la Iglesia, en el bando vencedor, convirtió el convento en orfanato y descargó sobre los hijos de los perdedores el rencor que le habían provocado sus muertos. A los niños se les rapaba el pelo y a las niñas les «limpiaban» el pubis con ortigas.

Está documentado.

El orfanato también cerró. Las torturas, ¡glup!, se las tragó la tierra.

Torturas y vejaciones, vejaciones y torturas, torturas y vejaciones...

¿Puede salir? Será solo un momento, tenemos que asearlo un poco.

Las enfermeras se ponen sus guantes de látex y lavan a Anakin, incapaz ya de levantarse de la cama. Martín espía por la rendija de la puerta entreabierta.

No mires.

Estará más cómodo con un pañal para adultos y usted podrá descansar. Nadie le pide opinión a Anakin y él no opone resistencia, pero hunde la cara en la almohada mientras lo cambian y llora.

Anakin, perdóname.

Le diré la verdad a Lucas.

A Lucas hay que decirle siempre la verdad.

Transcurrieron décadas sin que nadie se interesara por el viejo convento y la vegetación fue colonizando las sombras de los crímenes y los castigos, limando la memoria hasta desgastarla y hacerla soportable. Murieron u olvidaron quienes habían sufrido en primera persona las afrentas, quienes

habían tenido un padre o una hermana que se había despertado en medio de la noche a causa de una pesadilla que transcurría allí. Fue un tiempo de líquenes, en el que solo los excursionistas se atrevían a cruzar las murallas que protegían el recinto, integrado por el convento, la capilla y el refugio, cuya entrada se encontraba camuflada en el jardín; un jardín que se había vuelto como una selva.

Hasta que Ítaca, la famosa cadena aconfesional de centros para niños con altas capacidades que no entendía de supersticiones ni páginas negras, se hizo con el terreno a finales del milenio y, conservando la cáscara arquitectónica, levantó en aquel siniestro escenario uno de los colegios más prestigiosos del país, con unas instalaciones espectaculares, en las que se concedía la misma importancia al cuerpo y al espíritu: piscina cubierta, canchas de tenis, de fútbol sala y de baloncesto, gimnasio, aula de música, laboratorio de nuevas tecnologías, cocina con los electrodomésticos más modernos por la que ya habían pasado para impartir sus *masterclasses* algunos de los más famosos chefs internacionales, taller de arte dramático, clases de danza, biblioteca con un fondo de cuarenta mil ejemplares y títulos en siete idiomas, clases de escultura, pintura y diseño, de lenguas clásicas y, por supuesto, clases de cine y fotografía.

No era fácil conseguir entrar en Ítaca, que en su críptica web se enorgullecía tanto del nivel de sus alumnos como del de su equipo docente, pero, según Anakin le contó orgulloso a Martín, a Lucas prácticamente le habían suplicado que se decidiera a solicitar la plaza después de las primeras pruebas, en las que había obtenido unos resultados fuera de lo corriente, los mismos que allanaron el camino a la única condición que el niño puso para cambiarse de colegio: que su hermano Kinde se cambiara con él.

Martín se detiene ante un portón abierto de doble hoja, compuesto por diez paneles rojizos que parecen de plomo y le recuerdan por sus dimensiones a los de la puerta del baptisterio de Bernini.

—Si vas en metro, prepárate para una buena caminata hasta la entrada trasera, que da al patio, la misma por la que acceden los autobuses de la ruta, el vestíbulo en el que te esperan está justo al otro lado del jardín. No llegues tarde. La profesora se llama Natalia y el director, que a ti te va a encantar, Paulino.

—No llegaré tarde.

—Cuando Lucas leyó sobre Ítaca en la web me preguntó si el Mal podía estar en las piedras. No te lo calles —dice Anakin con los ojos cerrados, inmóvil en la cama que las enfermeras acaban de estirar—, te conozco, seguro que tú también has estado curioseando sobre el colegio por ahí. Deberías agradecerme que te haya cedido mi lugar en esta aventura. Ese sitio podría estar maldito. Tendrás que hacerle fotos. En serio, haz fotos. Conozco a mi hijo, si lo haces sufrir o lo pones en ridículo, por la expresión se lo notaré. Más te vale estar a la altura y comportarte como un adulto.

—Antes me has dicho que no tenías duda de que lo haría. Confía en mí... ¿Qué le dijiste?

—¿A quién?

—A Lucas, ¿cómo lo disuadiste de su teoría sobre el Mal?

—No pude disuadirlo... Quiso saber si existía la posibilidad de que el Mal, igual que una enfermedad, hubiera infectado el terreno, como si fuera un virus para el que no existiera antídoto, latente hasta la llegada de nuevas víctimas, a la espera de un «huésped». Creo que en mi respuesta utilicé la palabra «improbable». Me tomo lo de no mentirle al pie de la letra, no quiero convertirme en una decepción para él.

—¿Y a pesar de eso aceptó el cambio?

—Creo que *precisamente por eso* aceptó el cambio, Martín, a los críos les encantan los misterios y él vio en *Ítaca* uno bien grande, todavía por resolver.

En uno de los paneles intermedios del portón, a medio camino entre la altura de un adolescente y un adulto, está grabada la primera estrofa de *Ítaca*, el poema de Kavafis, y Martín la lee:

Cuando emprendas tu viaje a Ítaca
pide que el camino sea largo,
lleno de aventuras, lleno de experiencias.
No temas a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al colérico Poseidón,
seres tales jamás hallarás en tu camino,
si tu pensar es elevado, si selecta
es la emoción que toca tu espíritu y tu cuerpo.
Ni a los lestrigones ni a los cíclopes

ni al salvaje Poseidón encontrarás,
si no los llevas dentro de tu alma,
si no los yergue tu alma ante ti.

«Vaya por Dios», murmura mientras entra en el terreno cercado. «Que empiece la fiesta».

09:00

La muerte de Anakin

Dos horas antes del crimen

El crecimiento del cerebro humano se produce sobre todo en la infancia y la primera adolescencia, aunque es continuo y nunca termina. En el recién nacido el perímetro craneal (la longitud de la cabeza) es unos dos centímetros mayor que el del tórax y, además, hay que tener en cuenta que el desarrollo no es solo físico porque, aparte de aumentar en tamaño, el cerebro de un bebé tiene por delante la ardua tarea de trazar las trayectorias nerviosas y establecer las conexiones neuronales que le permitirán realizar las funciones más complejas.

Entre las neuronas hay contacto eléctrico y saltan chispas.

En los test de CI, Lucas obtuvo un resultado de 155.

¿Cómo se le puede explicar la muerte a alguien que no ha vivido lo suficiente para justificar el autoengaño? ¿A alguien con una capacidad de aprehensión tan pura que solo puede comportarse de una forma: como una lámina resbaladiza en la que no arraigará ninguna mentira?

Porque es una mentira la existencia de Dios.

Martín, no seas tan intenso y deja de adelantar acontecimientos.

Una brisa agradable lo acompaña en su recorrido por el jardín, que cruza

de parte a parte, atravesando las canchas deportivas, dejando atrás, junto al portón, los dos autobuses escolares ya vacíos, de un cegador tono plateado, identificando a su izquierda la entrada al parque infantil y los comedores, con la fachada acristalada, y a su derecha los pabellones chatos que albergan la piscina cubierta, el gimnasio y los laboratorios e, interponiéndose entre estos y él mismo, camuflada por los árboles, al otro lado de un paseo de piedras flanqueado por bancos de madera, la que supone la entrada al refugio subterráneo, protegida de la curiosidad de los niños por un vallado de forja: una escalera que se hunde en la tierra.

Escucha el canto de los pájaros y la gravilla crujiendo bajo sus pies, las voces de los críos que se incorporan a clase. Distingue algunos columpios aislados y una fuente limpiísima, con varios caños relucientes, y se sorprende ante el sentimiento de paz que le transmite el escenario; un sentimiento de paz impregnado de cierta melancolía.

Los niños siempre juegan.

Sin embargo, cuando eran pequeños, Anakin no quería jugar con él. De esa época hay muchas fotografías. Su abuela, con letra irregular, escribía detrás de cada una el nombre de los que aparecían en la imagen y el lugar en el que habían sido tomadas y luego las guardaba en cajas de zapatos recicladas que iba atesorando en el armario como cápsulas del tiempo. Martín las encontró poco después de que ella muriera; no es que no las hubiera visto nunca, a menudo a lo largo de los años aquellas cajas cada vez más maltrechas se habían convertido en el centro de las celebraciones familiares y habían avivado en su interior el fuego de cazador de almas, fascinado como estaba con la idea de que, conforme iban transcurriendo los acontecimientos, crecía el contenido de las cajas y ellos, Anakin y él, y también su padre viudo y todo aquel dispuesto a ponerse delante del objetivo, se iban quedando más vacíos.

No recordaba a su madre, pero si se concentraba en las fotos donde salía, si acariciaba con los dedos el papel mate en el que su figura se hallaba impresa, reproducida como un icono, tenía el convencimiento físico de hallarse muy cerca de «rehabitar» las pocas situaciones que habían compartido; una sensación conmovedora.

Se llevó las cajas al *loft*, eran una crónica escrita en su idioma. Utilizó un rotulador rojo para fecharlas y las apiló en el suelo, ante la mirada rendida de

Inés, debajo de la ventana con vistas a la catedral. Y, cuando ingresaron a Anakin, Martín tomó la costumbre de sentarse junto a ellas y revisarlas. En la mayoría Anakin es el que sonríe y él el que, unos pasos por detrás del hermano mayor, posa más como un testigo que como un modelo, demasiado solemne para tener tan pocos años.

Anakin, ¿por qué no querías jugar conmigo?

Hay movimiento en el porche de columnas del edificio principal, que lo espera al final de su caminata. De repente el tabardo le molesta y sin detenerse se lo quita, de manera que la Fuji oscura refuerza su importancia al contrastar con su impecable camisa blanca. Varios pares de ojos desconocidos asisten al tramo final de su paseo con curiosidad. Seis hombres y una mujer. No hay niños entre los adultos. Martín deduce que ya deben estar en el aula y se pregunta si habrá llegado el último. Decide sonreír.

—¿Martín Guidú? —Un hombrecillo atlético, aunque ligeramente cargado de espaldas, baja a la grava y le extiende la mano como si quisiera rescatarlo de las aguas profundas del océano y ayudarlo a subir a un bote salvavidas. —Paulino Lupiáñez, el director de todo esto. Su hermano ya me advirtió de que no conducía, ¿qué tal el viaje en metro?

Clic.

Paulino Lupiáñez no debe haber cumplido aún los cincuenta y es evidente que se cuida. No lleva traje, pero viste bien, quizás con un punto excesivo de sobriedad: un suéter de marca, color teja, con cuello de pico, y unos Dockers. Sus zapatos brillan y, sin dejar de responder amistosamente a su saludo, excusándose por los minutos de retraso, Martín no puede evitar diseccionar al director del colegio, cuyos modales espartanos adolecen de un tufillo monacal que envuelve el jardín en un aura de monasterio.

No está casado, nadie lo ve arreglarse por las mañanas, excepto él mismo, delante del espejo. Tal vez sea gay, pero esa no es la cuestión: aclárate, Martín, ¿te gusta o no?

Y Martín se pronuncia con rapidez: *Sí.*

Ese es el veredicto.

Ha olvidado cuándo empezó el juego, convertido ya en un hábito, de

adivinar a partir de los signos externos la intimidad de los desconocidos, pero lo cierto es que, con la práctica, ha conseguido reducir el margen de error a una fracción infinitesimal de probabilidades, y eso significa que la duda sobre la soltería de Paulino Lupiáñez es mínima, como también lo es la posibilidad de errar en el juicio acerca de su peculiar autoestima, basada en un control absoluto de sus costumbres y su aspecto. Tiene la piel de un nórdico: blanca y pecosa, y el pelo de un militar, muy corto, tal vez porque, si lo dejara crecer, los rizos darían al traste con su elaborada construcción: el perfil de un director temido y respetado a la vez, severo y, al mismo tiempo, benevolente con los niños, especialista en aceptar disculpas y satisfecho con su fama de rata de biblioteca, que se ve reforzada por unas gafitas enclenques, protagonistas de su rostro alargado, vivo gracias a una mirada en alerta perpetua.

—No se preocupe, vamos bien, aunque será mejor que subamos ya a la clase, donde los niños nos esperan con Natalia —sugiere Lupiáñez consultando la hora en un diminuto reloj de plata que se saca del bolsillo y que Martín descubre sujeto por una leontina a una de las presillas para el cinturón—. Por el camino le presento a los padres y le explico un poco el plan del día. ¿Subimos? —concluye alzando el tono.

Subimos todos, todos subimos...

Martín reacciona con una leve sonrisa a las insulsas muecas y gestos de bienvenida silenciosa que le dedican sus compañeros de jornada (tampoco saben quién es, *la falta de cultura lacra a este país como la peste*) y, por oposición, se estudia a sí mismo. Quizás no sea el más joven; algunos, seguro, aún no han entrado en los cuarenta, pero al menos lo parece gracias al desenfado de su indumentaria, se dice prestando un tercio de su atención a este análisis y dividiendo los otros dos entre la admiración que le produce la arquitectura del colegio y las palabras de Paulino, un *off* que lo acompaña al más puro estilo «visita guiada por las ruinas».

Adentrándose en la penumbra característica de un lugar sagrado, que contrasta con la luminosidad de la mañana de primavera que acaban de dejar atrás, alcanzan el centro de un vestíbulo circular, al que Paulino Lupiáñez le atribuye doce metros de diámetro y en el que las protagonistas también son las columnas, sobre las que se levanta la galería abierta de la primera planta.

—... Y para los que no han estado aquí antes, vamos a detenernos un

segundo, merece la pena echar un vistazo a la cúpula neoclásica, uno de nuestros mayores motivos de orgullo, la herencia bellísima del pasado religioso del edificio. Los frescos reproducen la matanza de los primogénitos en Egipto.

—Hay que joderse... No había nada mejor que reproducir. —Martín se gira hacia la voz que cuchichea a su espalda con acento andaluz y se enfrenta a un hombre grande y de tez morena, embutido en un uniforme que no identifica.

—Soy Fran, el padre de Leo. Tú eres el tío de Lucas, ¿verdad? El fotógrafo.

—Sí, soy Martín. El padre de Lucas está enfermo.

Los dos hablan bajo para no interferir en las explicaciones de Paulino, que está relatando el episodio de la última plaga de Dios contra los egipcios.

—Tranquilo, ya lo sabemos todo de vuestra situación —continúa Fran señalando al director con un movimiento de cabeza—. Este nos ha soltado una chapa mientras te esperábamos sobre la enfermedad de tu hermano y la hipersensibilidad de nuestros críos a la muerte que no veas... Me hace gracia que lleves la cámara colgando... y yo el uniforme... Me hace gracia, tío, parecemos clicks de Playmobil.

—¿A qué te dedicas tú?

La actitud de Fran cambia ante la pregunta y Martín comprende al instante que le molesta el hecho de que no haya reconocido el uniforme.

—Salvo vidas —dice muy serio, sin ápice de ironía.

Clic.

Y seguro que te gustan las camisetas sin mangas, Fran.

Camisetas sin mangas y gomina en el pelo.

Y también el sexo sucio en los ascensores.

Camisetas sin mangas, jamás. Sacrilegio.

Pero sí coincides con él en la atracción por el sexo en lugares públicos, sobre todo cuando eras más joven, Martín, y la transgresión no se había convertido todavía en una gran puesta en escena.

—¿Ah, sí?

—Soy bombero, coordino los parques del distrito centro de Caivelan. Poco más se hacer y, sin embargo, a mi chico le gustan las palabras. Tiene

nueve años y habla como un catedrático de sesenta. ¿Al tuyo qué? Le interesa el cerebro y todo eso, ¿no? Leo me ha hablado de Lucas alguna vez.

Clic. Clic.

Las conexiones neuronales.

Si ahora te diera un puñetazo en el abdomen, no tendrías tiempo de reaccionar, porque vuestros hijos os vuelven vulnerables. Rompen la conexión.

Podría convertirte en un gigante derribado, humillado, caído en el suelo.

—La neurología,

—¡Eso! Ya te digo, soy fatal para los nombres exactos

—Martín sonrío disculpando a Fran con la condescendencia de un cretino.

—También le obsesionan los trenes.

—¿Y la fotografía no le llama la atención?

Una vez lo invitaste a tu estudio.

—Una vez lo invité a mi estudio. Lo pasamos bien.

—Ah...

Martín piensa que es como si el minotauro de Picasso dijera «Ah...», y se imagina a Fran escapándose a una librería en horas de trabajo para comprarle a Leo todos los libros de una lista manuscrita con caligrafía infantil en la hoja arrancada de una libreta o en una servilleta de papel, y siente lo que inexplicablemente reconoce como compasión.

Compasión: sentimiento de pena, de ternura y de identificación ante los males de alguien.

—«Morirán todos los primogénitos de Egipto, desde el primogénito del faraón que se sienta en el trono hasta el primogénito de la sierva que atiende el molino, y todos los primogénitos del ganado». —La acústica del vestíbulo le da a la explicación de Paulino Lupiáñez el color de una historia de fantasmas.

Se sabe de memoria algunos versículos del Evangelio de Lucas y de los Hechos de los Apóstoles, pero a los primogénitos los matan en el Éxodo. A Martín le interesa la religión, pero prefiere la filosofía. La estudió en la universidad y suele trufar sus conversaciones con citas de Platón y de Pareto o de Heráclito, que sirve para todo. También es aficionado a la descomposición etimológica y al rescate de vocablos únicos, que no tienen

equivalentes en otros idiomas, aunque considera que el comentario acerca de los cuarenta nombres de la nieve en finés es un síntoma claro de catetismo. Martín Guidú está muy por encima de los nombres de la nieve y del uso indiscriminado del vinagre de Módena en los aliños, sin embargo, sospecha que Fran, como Anakin, se mueve a ese nivel, y él, acostumbrado a inmortalizar durante largas sesiones fotográficas a todo tipo de personajes, sacando de ellos lo mejor al conseguir que se encuentren a gusto, no quiere que Fran se sienta incómodo porque, al menos de momento, es su único amigo.

—Que nadie se quede rezagado, vamos subiendo. La clase está en el primero.

Siguen al director por un corredor que desemboca en una escalinata de mármol verde indio. Martín y Fran cierran el grupo.

—¿Quiénes son los demás?

—¿No conoces al padre de Bruno? Es Alfredo Arenas, el que lleva traje. —Fran señala a un cuarentón mantecoso y sin cuello, con el nudo de la corbata tan cerca del labio inferior que Martín cree apreciar en el raso la huella de la saliva—. Sale a menudo en la televisión. A mi mujer le encantan los programas de cambio de imagen... Es cirujano plástico, tiene clínicas por todo el país. Quita y pone tetas y reduce narices; antes de que llegaras, la madre de Alicia le ha pedido un autógrafo.

Todos saben bien quién es Alfredo Arenas y nadie sabe quién eres tú.

—¿Y por qué ha venido la madre de Alicia, esto no era solo para padres? ¿El padre de Alicia también está enfermo, o no existe?

Fran no tiene tiempo de responderle porque Paulino reclama a Martín:

—Martín, ¿puede acercarse, por favor? No quiero que entremos en la clase sin haberlo presentado.

Claro que sí.

De nuevo los siete pares de ojos se fijan en él, que se aleja un poco más de la cúpula para subir los primeros peldaños de la escalera y situarse al lado del director. Paulino Lupiáñez habla y Martín, que se limita a sonreír con amabilidad al reducido auditorio, no lo escucha. Una vez, no hace mucho, le dieron un premio. La última en su lista de agradecimientos, la más importante, fue Inés. Hizo bien en aprenderse el discursito de la recogida y no improvisar, porque entonces su percepción tomó un desvío y se alejó del

acontecimiento central. Eso es lo que le ocurre ahora: en su cabeza suena música de Alexandre Desplat, que compone bandas sonoras para películas serias pero melancólicas, y se perfila una intuición: la de que, en un alarde de rebeldía contra el destino, no está donde debería.

Julia está con Anakin y él no.

Piensa en los dibujos de los párvulos, en la fuerza exagerada con la que empuñan las ceras de colores para no salirse del contorno. Y aun así se salen, a pesar de la buena intención.

También regresa a la imagen de los primogénitos ensangrentados y muertos, pintados en la cúpula, testigos involuntarios de la rutina del colegio. Y le asalta la certeza de que allí está a punto de suceder algo terrible.

Pero de inmediato la destierra.

Una barra metálica recorre a media altura los pasillos del hospital. Cada tramo de la barra mide un metro y las distancias de un metro, cinco y diez están escritas con tinta negra en la pared. Cuando llegaron, aunque no lo comentó con nadie, a Martín le extrañaron aquellas señales y no descifró su significado hasta que el estado de Anakin empeoró y una tarde se sorprendió animándolo, sin dejar de sostenerlo, a llegar hasta el cinco.

No quiero andar más.

Al descubrir el porqué de los números los fotografió con la Fuji una madrugada y tituló secretamente a las fotografías *Las marcas del paseo*. Luego las olvidó, pero vuelve a acordarse de ellas cuando recorre, siguiendo a Paulino Lupiáñez, el pasillo de las clases infantiles, donde de una barra parecida a la del hospital, aunque mucho más cercana al suelo, cuelgan perchas con forma de flor para dejar los abrigos y las mochilas.

Anakin ya no se levanta de la cama.

A Lucas hay que decirle siempre la verdad.

Las puertas de las clases, que tienen nombres de animales, son de madera y permiten ver el interior gracias a una serie de paneles cuadrados de cristal a través de los cuales se filtra la luz, y Martín, poseedor de terribles connotaciones secretas, se rebela ante la idea de que nadie puede entender esa

realidad física como la entiende él, que se siente de repente, tras la visión anodina de la barra y las perchas, como un astronauta en un planeta desconocido.

No es una jornada extraordinaria para todo el Ítaca, solo para el grupo intermedio de alumnos con altas capacidades, que comprende las edades entre los seis y los doce años, en el que Alicia Segura, que acaba de cumplir los siete y tiene una sensibilidad exquisita para el arte, es la más pequeña; y Bruno Arenas, un cerebro para las matemáticas, con doce es el mayor. Los niños asisten habitualmente al curso que les corresponde, pero dos veces por semana enriquecen su formación reuniéndose con compañeros que poseen, como ellos, aptitudes excepcionales.

El aula de actividades complementarias, al final del ala infantil, tiene forma de media luna y unos grandes ventanales que dan al jardín. Parece amueblada con restos de otras clases, aunque basta con prestarle al espacio un poco de atención para darse cuenta de la premeditación del caos: un proyector cuelga del techo y, sobre una larga mesa de tabla y caballetes, crecen varias pilas de libros de consulta entre algunos objetos desperdigados, propios de un laboratorio de química. Media docena de colchonetas se apila bajo una gran pizarra en la que sobreviven restos de una fórmula matemática que Martín no ha visto en su vida y hay tantas tabletas, protegidas con fundas de colores alegres, salpicando el escenario, como niños a la espera de sus familiares. También hay un Mac enorme, detrás del que debe parapetarse la profesora, por la que Martín siente una repentina curiosidad. Busca a Natalia Holden pero no la ve, ya que interrumpe su panorámica, primero, para reencontrarse con la mirada tajante y la sonrisa torcida, cargada de desafío, del chaval con el que un rato antes se ha cruzado en el apeadero, que, deduce, debe ser Bruno; y, después, para chocar con los ojos azules de su sobrino, que lo observa con timidez, sentado en una minisilla de plástico rojo, junto a uno de los pupitres más bajos.

Lucas tiene los ojos azules.

Ellos me han visto primero.

Martín, ¿cuál es el perímetro medio del cerebro?

La delgadez de los críos contrasta con las noticias alarmistas de las cadenas comerciales de televisión, que no se cansan de repetir y aumentar los porcentajes de obesidad infantil.

Sonríe a Lucas y Lucas, sin moverse de su asiento, le sonríe a él. Lleva el flequillo rubio demasiado largo —Julia no está ahora para preocuparse de cortar flequillos— y se lo aparta con un gesto mecánico que deja al descubierto una frente prominente, a juego con una nariz chata, que habrá de conferirle al Lucas adulto un talante algo ceñudo, suavizado únicamente por su palidez y la blancura general de sus rasgos.

Todavía es un niño.

Lucas con el uniforme, esperándolo en la silla de plástico rojo. Martín, acabas de acuñar un recuerdo.

Sigue pensando que se parece al pequeño Anakin Skywalker. Por eso Anakin es Anakin. Todo empezó cuando su hermano le dijo que ya sabían el sexo del bebé: esperaban un chico y lo iban a llamar Lucas.

—Anakin es el padre de Luke, a partir de ahora tendré que llamarte así.

Kinde significa «fuerte como un brazo».

Salieron a celebrarlo y terminaron borrachos de cerveza en La lámpara mágica, uno de sus locales favoritos en el corazón de Caivelan: *Anakin, Anakin, Anakin...* El apodo sobrevivió a la resaca del día siguiente e incluso al regreso ceniciento de la sobriedad.

Construimos juntos una nueva mitología.

Una mitología para Lucas.

—Tío, cuéntame la historia otra vez.

Mientras se aproxima a su sobrino, su mente arremolina visiones del pasado como hojas caídas. En la cabeza de Martín es otoño y su organismo reacciona al día de primavera con la virulencia de un cuerpo obligado a aceptar el trasplante de un órgano en avanzado estado de descomposición. A su alrededor, padres e hijos se saludan efusivamente, como si no se hubieran visto en lustros y, entonces sí, Natalia Holden aparece en su campo visual, al acercarse a Lucas por la espalda y acuclillarse a su altura para interesarse por él. Sabe que es ella porque es la única que no lo estaba esperando con los demás en el jardín, y le sorprende que sea tan joven; una chica joven y gris, con la nariz y las órbitas oculares congestionadas por un constipado o una alergia; una chica joven, gris y constipada, que probablemente tampoco lo reconozca.

Lucas habla con Natalia pero Martín aún no puede oírlos, aunque intuye qué le dice con facilidad, porque ella levanta la mirada hacia él y le sonríe

con una dulzura aprendida de las comedias románticas de Hollywood.

La chica de al lado.

La vecinita.

Demasiado pura para manchar con semen el papel fotográfico.

Un recuerdo más en tonos pastel.

Recordamos situaciones insignificantes porque sobre ellas se impone como una lacra el peso de las buenas o las malas noticias; y donde pones «como una lacra», Martín, por mejor «como una patada en los huevos».

Porque es ahí, en ese segundo, cuando empieza a vibrarle el iPhone en el bolsillo de los vaqueros y, ya muy cerca de la silla de plástico rojo, del pupitre bajito y de la señorita Holden, no tiene más remedio que levantar un poco la mano derecha a modo de disculpa y atender el teléfono. Es Julia, que llama para decirle que Anakin ha muerto.

Pierde la noción del tiempo.

La conversación es corta, pero se queda en el pasillo después de colgar y experimenta una perturbadora sensación de alivio.

—Anakin ha muerto. —Julia llora y se siente culpable. Martín la tranquiliza—. Ha pasado muy mala noche, pero a última hora por fin se ha dormido y yo también... Cuando me he despertado estaba muerto, Martín... Y no nos hemos despedido. Lo siento mucho.

Lo siento mucho...

¿Cómo se informa de una muerte?

Le parece que Julia arrastra la pena y la noche en vela como pesadas bolas de hierro.

Pero la ingenuidad del comentario de su excuñada, a la que visualiza fumando en los jardines del hospital con unos vaqueros gastados y un suéter con las mangas demasiado largas mientras la mañana, sin incidentes reseñables para el resto del mundo, se pone en marcha, no le provoca empatía alguna, solo desconcierto.

—¿Qué quieres que haga? Iré ahora mismo.

—Quiero que se lo digas tú a los niños, ya que estás ahí —pide Julia

recuperando de golpe la serenidad—. Tú no te vendrás abajo, yo sí. Encuentra el momento.

La conversación es corta, pero te quedas en el pasillo después de colgar. Nunca has visto un cadáver.

Si su padre hubiera permitido que Anakin y él vieran a su madre en el tanatorio, la escena los habría marcado para siempre, y esa renuncia inicial, que no fue cosa suya, se convirtió en una constante ya elegida cuando Martín tuvo la edad suficiente para decidir hasta dónde quería llegar en los entierros, así que para él la palabra «muerte» va unida de forma indisoluble al concepto de «desaparición», de «no volver a ver». Sin embargo, reflexiona, *quizá esta vez deba ser diferente.*

Primero se siente aliviado, el mismo alivio que produce el pago de la cuota final de un préstamo, esa clase de «ya está» que exige al menos una discreta celebración interna (una caña rápida en un bar o una primera sesión en el cine), y por eso se culpa, y después se interroga acerca de la presencia física de los muertos: *¿Queda algo de Anakin en el cuerpo de Anakin?*

Tuvo una novia entomóloga. En su apartamento decenas de bastidores con escarabajos disecados contribuían a la decoración y él se divertía haciéndola rabiarse, diciéndole que no estaba acostumbrado a follar rodeado de cadáveres.

Los insectos, la ficción y las catástrofes de los telediarios le producen una impresión nula, pero un par de meses atrás, durante el invierno y en contra de la opinión de Inés, que no quiso acompañarlo, aceptó la invitación al pueblo de unos amigos para asistir a la matanza del cerdo. En su afán por documentarse, le pareció muy buena idea que le reservaran un lugar privilegiado para presenciar un espectáculo tan exótico. Además, a lo largo de la historia, muchos intelectuales, sabios y de gustos sofisticados, habían considerado imprescindible sumergirse en los ritos sanguinarios de las tribus. Él no iba a ser menos. Allí fue con la Fuji colgada del cuello (¿cómo no?) y su tabardo azul.

Era una localidad del interior que lo recibió con nieve y una temperatura bajo cero. La rudeza del clima le encantó, consideró que le confería *más autenticidad* al asunto. Apenas vio gente al recorrer las calles estrechas y medievales que desembocaban en un granero frente al cual los vecinos habían colocado un banco de madera. A su alrededor no tardó en congregarse una

pequeña multitud; sus amigos, felices de que alguien como él se interesara por sus costumbres, le avanzaban con detalle el paso siguiente del sacrificio y Martín asentía sin apartar la vista del banco todavía vacío pero ya sitiado por un ejército de cubos metálicos. Entonces sacaron al cerdo y él seleccionó en Spotify la lista que había preparado especialmente para la ocasión con temas de *Funny Games*, que mezclaba a Mozart y Händel con John Zorn. Si todo iba bien, haría un par de fotos con el teléfono y las subiría a Instagram antes incluso de que el animal terminara de desangrarse. Generaría expectación.

Al matarife le faltaban dos dientes. Era un hombre rudo, con la piel de esparto y un delantal de carnicero. Sonreía. Las patas y el hocico del cerdo estaban atados con cuerdas y un grupo de fornidos lugareños sujetaba al animal, que empezó a chillar, imponiéndose a la música con la que Martín pretendía aislarse, y a retorcerse indefenso. No lo habían aturdido. Martín, sugestionado, se obligó a mirar. Los alientos olían a alcohol aunque era temprano y el frío se volvió de repente pegajoso.

El matarife clavó el cuchillo bajo la mandíbula.

Propenso al vómito, Martín tuvo la primera arcada.

La segunda le sobrevino cuando el chorro de sangre, como el escape de agua de una tubería reventada, comenzó a derramarse en uno de los cubos y un niño de no más de diez años se acercó al grupo de verdugos para removerla.

—Hay que evitar que espese. Si la sangre se espesa no sirve.

Ignora quién le proporcionó semejante explicación, alguien se tomó la confianza de quitarle uno de los cascos para casi susurrársela al oído, y esa intromisión fue el acicate definitivo para que saliera huyendo. Sufrió un ataque de ansiedad.

¿Han dejado ya de chillar los corderos, Clarice?

—¿Todo bien?

Deberías llamar a Inés, darle la noticia, decirle que Anakin ya no está... Pero qué podrá hacer ella, rodeada de aviones que despegan y aterrizan. Nadie tiene las palabras mágicas.

—Martín, ¿se encuentra bien? Lo estamos esperando para empezar. —La voz de Natalia Holden es suave, igual que su comportamiento. Se acerca a él, que está apoyado contra la pared, en el espacio que dejan libre los percheros, camuflado entre abrigos diminutos y mochilas estampadas con personajes de

dibujos animados, pero no rebasa la distancia de respeto, ni tampoco lo toca. Se limita a mirarlo con la misma dulzura que emplea para dirigirse a los niños, y no lo apremia. Huele a limpio. Martín desvía la atención de la pantalla del móvil y se da cuenta de que ella tiene los ojos verdes y brillantes; un brillo sin duda acentuado por la congestión propia de ese resfriado o esa alergia, responsable también del estornudo que se le escapa mientras aguarda su reacción—. Lo siento, es el polen, la misma tortura de cada primavera.

—Mi hermano ha muerto.

[...]

Los dos se sumergen en el silencio que sigue a la declaración, que es como el recodo de un río. Media hora antes Natalia Holden solo era un nombre, una de las referencias que Anakin le había dado para desenvolverse mejor a su llegada al colegio; y ahora se ha convertido en la primera persona frente a la que ha pronunciado en voz alta que su hermano se ha ido.

¿Qué sabes tú de nosotros?

«Apagad las estrellas, desmantelad el sol»... No, no es así, Martín. A lo mejor, si pudieras recitarlo bien, deslizar cada verso intacto por tu mente, el poema de Auden que escuchasteis Anakin y tú en el falso funeral de una película actuaría como un conjuro y el planeta se fundiría. A lo mejor hay un código aún no descubierto para que, después de una muerte, el mundo termine para todos. Ojalá, ¿o no?

Las situaciones absurdas son como países que no hemos visitado nunca.

¿Qué se supone que debo sentir?

—¿Qué se supone que debo sentir?

Ella duda ante una pregunta que la pilla desprevenida. Luego se encoge de hombros y dice:

—Creo que la tristeza se reconoce con el tiempo.

[...]

—¿Cómo podemos ayudarlo nosotros? ¿Quiere que traiga a Lucas?

—También hay que avisar a Kinde. —El enfoque práctico que toma la conversación despeja a Martín—, Julia me ha pedido que hable yo con los niños, pero no sé cómo voy a hacerlo.

—En eso puedo echarle una mano. Si le parece bien, cuando hable con ellos me quedará con usted.

—Me parece bien, pero aún no. Tengo que dar el taller. Consulté el programa y me toca empezar a mí.

—Eso no es problema. Lo suspenderemos.

—No. Daré el taller y se lo diremos después.

Natalia se estira los puños de la camisa estampada de pequeñas flores amarillas y, sin dejar de mirarlo, sopesando los pros y los contras de permitirle que vuelva a entrar en el aula, se recoge el pelo con una goma roja que lleva en la muñeca como una pulsera. Su melena *también* es rubia.

Un día ella le confesaré que, desde el principio, supo que dentro de él había algo roto pero eso no le importó, porque ya había querido lo suficiente como para que las taras de los demás hubiesen dejado de parecerle miserables, igual que un punto negro en la carretera o un terremoto en algún país con una paupérrima renta per cápita; las taras humanas, las de los hombres ante los que se había atrevido a abrirse en canal, ya no eran para Natalia Holden el día en que conoció a Martín Guidú luces rojas de alarma, sino muescas pequeñas en la culata de un revólver, pruebas flagrantes de que el ser al que decidía acercarse, además de cicatrices y fracturas, también escondía algo auténtico.

Por eso accede a que Martín imparta el taller de fotografía.

—De acuerdo. Volvamos a la clase. Se lo diremos durante el recreo.

10:00

El taller de fotografía

Una hora antes del crimen

Hay un hombre en el jardín. Es casi un anciano. Lo delata su espesa barba blanca. Se limpia las manos sucias de grasa en un mono azul, de mecánico, y se las lleva a los riñones para estirarse. Su altura y corpulencia le confieren cierta dignidad. Por los bártulos que lo rodean y su proximidad a los autobuses, debe haber estado lavándolos. A Martín, que lo mira por la ventana de la clase mientras padres y alumnos se preparan para escucharlo y Natalia enciende el proyector, le parece demasiado viejo para formar parte del personal del colegio.

¿Quién será?

Me alegro mucho de verte, tío.

Cuando han vuelto al aula, Lucas ha corrido a abrazarlo, se ha abalanzado sobre él con un ímpetu poco natural que Martín ha considerado sintomático, la marca de una carencia, y le ha rodeado la cintura. También él ha reaccionado de forma impropia. En circunstancias normales, si se hubiera tratado, por ejemplo, de uno de los pocos domingos en que tanto en la agenda de Inés como en la suya, no figuraba ningún compromiso y aceptaban a regañadientes la propuesta de Anakin para compartir unos bocadillos en el

césped de algún parque público y *pasar tiempo* con los niños... En esas circunstancias, Martín no habría contribuido a la efusividad infantil de Lucas, sino que lo habría animado a romper el abrazo y regresar a lo que fuera que estuviese haciendo. Sin embargo, esta vez no lo rechaza, se aferra al niño y acepta el contacto físico que escarba en el vacío de su estómago.

Sensiblerías no.

Los barcos se aferran. Nosotros nos aferramos como los barcos. Lucas y yo.

—¿Quién es el hombre del mono azul?

Lucas se aparta de su tío para mirar al jardín y confirmar lo que ya sabe. Cuando responde, su voz —Martín no la recuerda de otra manera— aún presa del tono frágil de la infancia, es la de quien avanza firme por una pista de hielo.

—Es Braulio, vive aquí y arregla las cosas. Le gusta mucho leer. Leer y los pájaros.

—Ah, ¿sí?

—Hay más de nueve mil especies de aves en el mundo. ¿Cuántos trasbordos has hecho para llegar? Desde mi casa hay que hacer tres.

—Es que vivís muy lejos, hay gente que ni siquiera cree que vuestro barrio exista. Yo no he tenido que hacer ninguno.

Lucas se ríe antes de decir:

—La línea que más me gusta es la plateada, si quieres te explico lo que es la levitación magnética.

—¿Estás más delgado? —Durante las interminables sesiones fotográficas para las revistas de moda con más gancho del mercado, Martín ha escuchado a las modelos contarse sus cuitas de amor entre mordisco y mordisco a zanahorias crudas y apio de cultivo ecológico. Todas ellas, sin excepción, sostienen que la pena adelgaza.

—No.

—¿Seguro?

—No.

Martín levanta los brazos flacos de Lucas hasta ponerlos en cruz y Lucas vuelve a reír.

—¿Has visto a mi padre?

Claro que sí.

—Sí, y si hubiera podido venir él, te habría dicho lo mismo: que estás más delgado y más rubio.

—Mamá me ha explicado que me vuelvo más rubio por el sol, porque me he apuntado a fútbol y paso más tiempo al aire libre, y el sol aclara el pelo. — La mano izquierda de Lucas continúa apoyada en el vaquero de Martín—. ¿Qué te ha dicho mi padre? ¿Cuándo dejará que vayamos a verlo?

—¿Qué tal si habláis de eso en un ratito, durante el recreo? Ve a sentarte, Lucas, tus compañeros esperan y las cámaras ya están listas. Tenemos que empezar —propone Natalia incorporándose a la conversación y sujetando a Lucas cariñosamente por los hombros.

Lucas duda, pero Martín ratifica la autoridad de la profesora:

—Ella es la que manda aquí, hay que hacerle caso.

—Vale, me voy a mi sitio.

—Me parece muy bien.

—Tío...

—Dime.

—Ahora que soy más rubio me parezco más a Anakin Skywalker.

Es verdad. Lucas tiene razón.

Polaroid es una marca.

En 1937 la fotografía instantánea se hizo realidad. Veinte años antes, un joven estadounidense, Edwin H. Land, había iniciado una investigación que se llevó a cabo principalmente durante las madrugadas, en los laboratorios de la Universidad de Columbia, porque Edwin carecía de recursos para disponer de su propia infraestructura... hasta que inventó una película capaz de revelarse en tan solo 60 segundos, y para ella una cámara: la Polaroid Land.

Edwin también está al principio de esta historia.

Principios infinitos para posibilidades infinitas.

¿Qué es lo que más nos define? Aquello que hacemos sin darnos cuenta, las actitudes que adoptamos sin querer.

La imagen latente.

Anakin, ahora me toca a mí.

Déjame.

—¿Sabéis todos quién soy?

—Eres el tío de Lucas —dice la niña más pequeña, la que lleva unas gafas redondas de montura de pasta rosa chicle. Tiene el pelo muy rizado y una sonrisa de dientes de leche; además, es la única que no solo está acompañada por un hombre, sino también por una mujer, un hombre y una mujer de aspecto humilde y cuerpos cansados, cuyo semblante, demasiado solemne, contrasta con el desenfado de la cría.

—Exactamente. ¿Y quién eres tú?

—Yo soy Alicia.

—Encantado, Alicia —dice Martín exagerando una reverencia romántica, que provoca la risa tímida del grupo—. Me temo que debería haberme expresado mejor. Soy el tío de Lucas —confirma mirando a su sobrino, sentado de nuevo en la silla roja, junto a Natalia—, pero lo que voy a explicaros muy rápido es lo que hago, y luego, si estáis de acuerdo, dedicaremos el resto de la clase a robar almas... Pero, insisto, solo si os parece bien.

Martín se gira hacia la imagen que el proyector reproduce en la pared, la cabecera de su perfil en Instagram: más de quince mil seguidores —*en Perú hay un pueblo que se llama Quincemil*— y un circulito que contiene su autorretrato en blanco y negro sobre seis fotografías.

Natalia ha bajado los estores y la semioscuridad confiere al concepto de «ladrones de almas» un aire de conjuro. El silencio es absoluto, aunque Martín no lo atribuye a su encanto personal, a su poder para captar la atención, sino más bien a la curiosidad vírica que habita en cada uno de los seis niños. Antes de seguir hace una pequeña pausa que multiplica el efecto, se da la vuelta y apoya las manos en la mesa de caballete para recorrer con la mirada, de izquierda a derecha, como un lector, los rostros de quienes lo escuchan, ordenados en abanico, alternándose las expresiones adultas de «no queda más remedio» con las infantiles, claramente de puesta a prueba.

Y también están las cámaras, como caballos de carreras contenidos en sus cubiles: seis Polaroid Snap sobre los pupitres, una por pareja, el modelo más moderno.

Anakin, no se parecen a la nuestra, aunque tú ya no puedes acordarte.

Pero yo sí.

—Soy fotógrafo. Aquí —dice señalando la pantalla-pared— podéis ver una muestra de mi trabajo más reciente. Contadme qué os parece. ¿Qué os llama la atención?

—Que todas las fotografías son en blanco y negro...

—Ahora es la otra niña la que habla—. Yo soy Chloe...

—Chloe... Es un placer. Tienes un nombre muy bonito y es obvio que también tienes razón, todas las fotografías son en blanco y negro. ¿Se te ocurre por qué?

Para participar en la clase, Chloe se ha puesto de pie y su padre, un tipo atractivo, afectado por un exceso de virilidad, de tez blanca y barba poblada y oscura, que de no llevar el uniforme de los ejecutivos en *casual day*, Martín habría situado en el escenario convulso de alguna novela de Dumas, la observa sin poder ocultar su admiración, con un matiz de lascivia censurable y, sin embargo, piensa Martín, comprensible a la vez, porque el cuerpo de Chloe lo devuelve fugazmente a las adolescentes con las que se ha cruzado en el apeadero.

—Ni idea. No me interesa nada la fotografía, yo quiero ser bailarina —se excusa la niña con una naturalidad que, sin motivo justificado, a Martín le encoge el corazón.

Porque todo en esta mañana es insólito.

Y todo habrá de encogerte el corazón.

La media melena castaña de Chloe se fragmenta entre los dedos de sus manos pequeñas que, inquietas, delatan sus nervios por la intervención en voz alta. Efectivamente, su cuerpo esbelto y duro, en el que predomina lo incipiente, insinúa un exceso de horas de entreno. La química, la música clásica, las ciencias exactas, la realidad fragmentada en miríadas de partículas y, sin embargo, portadora en cada una de ellas de la muerte de Anakin, que no tiene ningún sentido.

Clic.

El padre de Chloe se llama Luis, Luis Antón, y se dedica a la comunicación política, o al menos eso es lo que ha explicado en la breve presentación que os ha exigido Paulino Lupiáñez en el vestíbulo. Y tú has pensado que se parecía un poco a ti cuando eras más joven, pero ahora ya

no lo crees, Martín, no te gusta cómo mira a su hija. Solo tú, porque no te pertenece, puedes mirarla así.

Estás harto de fotografiar a adolescentes, a menudo tu estudio se llena de nínfulas —por seguir caminando junto a Nabokov—, pero tú no te excitas con ellas, porque eres otra clase de depredador. Te conduces con la amabilidad ofrecida a los judíos por los investigadores médicos alemanes, destinados a Auschwitz y, si la fotografía es buena, durante su captura, careces de deseo; el deseo desaparece como el velo finísimo que oculta las estancias reales en la Ciudad Prohibida y, al ausentarse, sólo entonces, ves el mundo en blanco y negro, y te enfrentas a la verdad.

—Todos distinguimos la verdad cuando la vemos —dices de repente—. Para mí el blanco y negro es una ayuda en esa búsqueda, una estrategia más para despojar a la gente de lo que no es. Escondemos muchas cosas detrás del color. ¿Os habéis fijado en que la mayoría de las fotografías son retratos? ¿Reconocéis a alguien?

—¡A Kinde y a Lucas! —señala Tomás, que tiene nueve años y pasa los veranos perfeccionando su técnica al piano en el campus del Berklee College.

—Yo a la actriz —interrumpe Alfredo Arenas sin alterar un milímetro su postura repantigada en uno de los asientos infantiles, que favorece la visión de un fragmento de su vientre blancuzco, atrapado en una camisa demasiado pequeña—. No hace mucho le pusimos pechos, juraría que esa foto la tomaste después.

Alfredo Arenas utiliza el plural mayestático y, mientras desvela secretos de quirófano saltándose la ética profesional, su hijo Bruno lo mira con desprecio.

La actriz es amiga tuya. No te ha hablado de ninguna operación de estética. Por unos segundos, te das la vuelta hacia la foto cuadrada, un plano corto en el que aparece sosteniendo una tentadora cereza muy cerca de su boca sensualmente entreabierto, y regresas a la mañana de sábado que malgastasteis en el estudio, escuchando música en Spotify, e inmortalizando con el iPhone vuestra superflua existencia.

También deberías hablarles a los niños de la importancia de la luz.

Inés no es celosa y nunca se interesa por tus mañanas de sábado.

Podrías desmayarte ahora.

—Las dos fotografías que habéis nombrado me sirven para lo que os

quiero explicar: la actriz posa ante el objetivo; Lucas y Kinde, no. Lucas, ¿cuántas fotos hicimos la tarde en que vinisteis al estudio?

—Un montón.

—¿Y qué pasó con esta?

—Que no nos dimos cuenta de que nos la hacías.

... *Y sin embargo es la mejor.*

—Y sin embargo es la mejor. —Tío y sobrino se miran y se sonríen cómplices—. Os la saqué cuando estabais absortos jugando a Minecraft en mi apestoso sofá.

La clase se ríe y Natalia dice: «Es una foto muy bonita».

—Ya está bien, no me enrolló más. Os diré lo que vamos a hacer. Delante de vosotros tenéis las Polaroid. Es probable que nunca hayáis disparado con ellas, pero seguro que vuestros padres sí... —*Martín, ¿cuál fue tu primera fotografía?*—. Ellos os enseñarán. He elegido este tipo de cámara porque el revelado de la película es instantáneo. En 60 segundos vuestras capturas estarán sobre el papel, y también tendréis la oportunidad de ver cómo la imagen se va impresionando en la superficie completamente blanca. Creo que os gustará —*Anakin, ¿recuerdas tú cuál fue?*—. Eso sí, ya os lo he dicho al principio: debéis ceñiros a una misión y sacar dos tipos de fotos, unas en las que el modelo pose para vosotros y otras cazadas en secreto, sin que el protagonista de vuestra imagen se dé cuenta de que estáis capturando su alma para siempre, como si fuera una alimaña condenada al cautiverio. Empezad y yo me iré acercando para echaros una mano y compartir mis secretos de fotógrafo excepcional. Utilizadlo todo, que vuele la imaginación, durante la próxima media hora esta clase es vuestro estudio. Y cuando terminéis el carrete, dejad vuestro trabajo en las cajitas que Natalia ha colocado en el alféizar de la ventana: la caja azul es para las Polaroid con modelo consciente; las fotos «espía» van en la caja negra. Después podéis salir al jardín, hora del recreo. Buscaremos el momento para analizarlas más tarde —*cosa que sabes que es mentira, porque cuando vuelvan ya no estarás*—. ¿Alguna pregunta?

—¿Cuál fue tu primera fotografía? —Natalia lo tutea.

—¿Perdona?

—No, perdona tú. Lo normal es que ahora no te apetezca hablar de nada.

—Es al revés, si no hablo creo que me desmayaré. Voy a darles un par de minutos y me iré pasando pareja por pareja. Lo que está claro es que Lucas no me necesita, sabía que iba a llamarle mucho más la atención el concepto de fotografía espía que el de fotografía convencional.

—Aun así, creo que deberías estar con él.

Es que no puedo.

—¿Qué me preguntabas?

—Te preguntaba por tu primera fotografía.

—No sé cuál fue la primera, pero sí la primera que recuerdo.

Martín continúa de pie en su posición de profesor, fingiendo que se entretiene repasando sus capturas más recientes en el pequeño monitor LCD de la Fuji, cuando Natalia se acerca y se sienta sobre la mesa de caballete de manera que sus pies no tocan el suelo. *Rubia, pero demasiado canija para ser una valquiria.* A su alrededor, la actividad de niños y padres es ruidosa, unos a otros se muestran los frutos más tempranos del ejercicio, y Lucas se ha unido a Fran y Leo para retratarlos juntos. Al terminar su escueta exposición, Martín se ha encontrado con la aprobación inesperada de Fran, que desde su sitio, en un gesto de complicidad precoz, ha empezado a aplaudir provocando que los demás se sumaran al aplauso.

Y ahora Natalia le pregunta, se interesa por él, pero no lo mira. La atención de ambos se centra, o al menos parece centrarse, en el barullo que la experiencia con las cámaras ha despertado más allá de la mesa, como un fenómeno atmosférico peligroso del que los dos permanecieran a cubierto.

—Se la hice a mi padre.

—¿Convencional o espía?

—Espía, por supuesto.

No puede verle la cara, pero intuye que Natalia sonríe ante su respuesta.

—¿Y cómo fue?

—Fue con una Polaroid que nos trajeron los Reyes a Anakin y a mí, esa misma noche, la víspera de volver al colegio.

—El 7 de enero, día horrible.

—Sí, yo lo odiaba también.

—¿Y cuántos años tenías?

—Tenía seis y Anakin acababa de cumplir diez. Ese verano nuestra madre había muerto y mi padre se había quedado solo ante el peligro de criarnos a los dos. —Después de está declaración, conquista definitivamente la curiosidad de Natalia, cuyo cuerpo entero se reorienta hacia él, que finge no darse cuenta y continúa hablando sin dejar de mirar la pantallita de la Fuji —. Nos mandaron pronto a la cama, compartíamos habitación... Anakin se dormía siempre enseguida... Apenas me había dejado tocar la Polaroid durante todo el día, él era el mayor y siempre lograba imponerse a mí. Según mi abuela, yo sufrí mucho por eso durante nuestra infancia, porque Anakin me rechazaba sin parar; aunque si fue verdad, si lo pasé mal, mi instinto de supervivencia lo ha borrado por completo... Tenía controlada su respiración, era capaz de reconocer el momento en que manejarse por la habitación a oscuras dejaba de significar un riesgo. Antes de dormir, en aquella época, leíamos incansablemente, ayudándonos de una linterna minúscula, un cuento sobre unos cerdos parlantes que vivían en el bosque y se dedicaban a buscar trufas, este dato nunca se me olvida. —Martín levanta por fin la vista hacia Natalia y le sonrío—. Es demasiado absurdo... A Anakin le gustaba leer en voz alta. Cuando cayó rendido, con el sigilo de un espía, cogí la máquina y salí al pasillo, iluminado por el salón en penumbra, que estaba al final y en el que se escuchaba la televisión. No sé por qué avancé hacia allí, era como ahora, como si los hechos ocurrieran sobre la hoja acerada de una espada y no decidiera yo... La puerta doble del salón estaba entreabierta y, aunque mi intención no era esconderme, mi padre no me vio. Tumbado en el sofá, delante de la televisión encendida, con el pijama puesto, uno de los que le había comprado mi madre el invierno anterior, lloraba sin hacer ningún ruido. Entonces le hice la fotografía. Fui muy ingenuo, porque el ruido del disparo sí lo alertó. Dio un respingo y se incorporó con rapidez para descubrirme: yo sostenía en una mano la cámara y en la otra el papel fotográfico, sobre el que había empezado a dibujarse la imagen de mi padre. Pensé que me iba a reñir, pero algo debió disuadirlo de adoptar aquella estrategia, supongo que se compadeció de mí. Me pidió que me acercara, que le enseñara la foto que le había hecho, y los dos asistimos al revelado instantáneo de no más de 60 segundos patentado por Edwin H. Land. Nunca antes ni después he vuelto a ver a un hombre tan triste como el que apareció en aquel cuadradito, ni

siquiera en el instante previo a sacar la fotografía... «Solo» lo vi en la fotografía. No dijimos nada ninguno de los dos, luego él se entretuvo en explicarme con paciencia cuatro tonterías sobre el funcionamiento de la Polaroid, entonces aún era un hombre joven. No me imagino lo mal que se debía sentir... Cuando me envió de nuevo a la cama y le dije que quería llevarme la foto, se negó a dármela. Me prometió que él me la guardaría, pero no volví a verla nunca más... ¿Quién es ese que me llama levantando la mano como si estuviera saludando a un barco repleto de inmigrantes recién llegados a la isla de Ellis?

—Es Carlos, el padre de Tomás. Prepárate para lo que pueda preguntarte, que controla bastante, tiene una empresa de *software* y en las reuniones de la AMPA, cuando habla, parece poseído por Bill Gates.

—Pues allá voy, espero estar a la altura —dice Martín sin moverse todavía.

—Ya falta poco, a las once bajarán al recreo y Paulino traerá a Kinde.

—¿Podrías conseguirme un café? Me vendría muy bien. Solo, sin azúcar ni nada, y una chocolatina.

Natalia asiente extrañada ante la actitud acuífera de Martín, que formula la petición como si se estuviera dirigiendo a una secretaria.

—Claro que sí. No olvides que estás en un colegio, lo que me pides es relativamente fácil de conseguir.

—Perfecto —zanja él sin darle las gracias—. Voy a resolver dudas.

¿Qué se siente cuando alguien a quien queremos muere? Natalia tiene suerte, porque aún no le ha ocurrido, pero la incertidumbre de Martín, esa desorientación que se impone o camufla el dolor provocado por la asunción de la pérdida, se ha quedado con ella desde que, un rato antes, en el pasillo, él le ha pedido que lo ayudara a pronunciarse: *¿Qué se supone que debo sentir?*

Llorar en el sofá después de recibir el golpe con un grito, tomarse una tila, darse una ducha, salir a la calle sin abrigarse y recorrer andando varios kilómetros hasta agotarse... Ninguna acción alcanza la trascendencia necesaria al medirse con la noticia de una muerte; incluso la reflexión acerca de lo que se debe hacer le resulta de repente a Natalia de lo más frívola, entre otras cosas porque llega a la conclusión de que, si le sucediera a ella, que, hija única y sin pareja, a veces se sorprende imaginándose la muerte de sus padres, solo tendría fuerzas para dormir un sueño turbio de pastillas en el que

la memoria no pudiera entrar.

Distraída, desde su posición privilegiada sobre la mesa, ve como Martín, con Lucas revoloteando a su alrededor, responde con amabilidad las cuestiones técnicas de Carlos e intenta que la despreocupación con la que se comportan los niños aleje de su mente los pensamientos más oscuros, pero no lo consigue, todo lo contrario: Natalia salta de uno a otro, de Lucas a Leo, de Leo a Tomás y Bruno, y de este a Alicia y Chloe, y recibe como una daga en el corazón la idea contra natura de que sea uno de ellos el que muera. ¿Cómo reaccionaría entonces?

Con la esperanza de que un acto físico borre lo intocable, se frota la cara con las manos, el mismo gesto que habría empleado para deshacerse de una pesadilla. Luego dice muy bajito: «No puede ser».

Pero todo puede ser.

Son las once en el reloj y alguien golpea uno de los paneles de cristal de la puerta con los nudillos. Paulino Lupiáñez es un hombre de puntualidad británica.

11:00

La hora del crimen

—**V**uestro padre ha muerto.

—Kinde, Lucas, lo siento mucho.

¿Por qué los niños no lloran?

No se lo han dicho hasta que todos los demás han bajado al jardín, justo después de que el resto del colegio hubiera disfrutado del recreo y el semblante de Kinde se dibujara, junto al de Paulino Lupiáñez, al otro lado de los cristales que vuelven indiscreta la puerta de la clase.

Los niños le han agradecido el taller sin entusiasmo y los padres, al tanto de todo, le han estrechado la mano añadiendo al gesto una mirada de circunstancias y una palmadita en el hombro. La madre de Alicia, a la que le saca una cabeza, inesperadamente le ha dado un abrazo al que él no ha sabido responder, y ha sido durante esa improvisada ceremonia de pésame encubierto cuando Lucas ha empezado a inquietarse, a imaginar que ocurría algo.

—¿Qué hace Kinde aquí? ¿Por qué ha venido? ¿Por qué no puedo bajar al jardín con mis amigos?

—Vamos a sentarnos un momento.

Vuestro padre ha muerto.

Natalia le ha conseguido un café aguado en un pequeño vaso de plástico

ardiente; también una chocolatina, que Martín ha devorado refugiándose de nuevo junto a la ventana, sin mancharse las manos. A menudo las fotografía. Le gusta cuidarlas con la devoción de una mujer rica y contemplar luego el resultado. Siempre la derecha, casi siempre imitando la posición de los dedos del Cristo Pantocrátor, variando el fondo y la incidencia de la luz.

El jardín le ha parecido tranquilo.

Las voces infantiles, apaciguadas por el aislamiento acústico del aula, el eco irreal de su propia infancia. La puesta a punto de los autobuses ha concluido; Alfredo Arenas y Luis Antón fuman cigarrillos largos, con un incongruente toque femenino, en el porche donde a primera hora se ha producido el encuentro del grupo y, más allá del refugio, en las pistas deportivas, Fran y Carlos disputan con los chicos la posesión del balón. Ni rastro de los padres de Alicia. Tampoco de las niñas, que Martín imagina ocultas detrás de los arbustos.

Quizás tengan un escondite secreto en el que Chloe se dedique a estimular en la más pequeña una adolescencia precoz.

Otro planeta a escasos metros de distancia

La disposición de las piezas sobre un tablero de árboles y pájaros.

Para entretenerlos mientras sus compañeros se marchaban, Natalia les ha pedido a Kinde y a Lucas que la ayudaran a recoger los materiales y a preparar lo necesario para la charla siguiente, la explicación de Fran sobre cómo actuar en caso de incendio. Cuando han terminado, ella se ha acercado hasta Martín y le ha susurrado al oído: «Vamos a decírselo».

Paulino Lupiáñez se ha quedado en el pasillo, vigilante, quizás previendo una reacción extrema que requiriese su inmediata intervención.

Pero no ha sido así.

—Vuestro padre ha muerto —ha dejado caer Martín como la descarga eléctrica infligida por el investigador sobre los ratones de un experimento universitario, con una frialdad que le ha sorprendido pero de la que ha sido incapaz de desprenderse.

—Kinde, Lucas, lo siento mucho.

No lo saben, pero recordarán este momento toda su vida; toda su vida los perseguirá: la voz reconfortante de Natalia y ese paréntesis de excepcionalidad, de salirse del cauce por el que habitualmente transcurren sin imprevistos las circunstancias y el tiempo, y, sobre todo, a partir de este

momento se preguntarán quién soy yo para ellos. Si los protegeré. Si podrán recurrir a mí. Esta «es» la primera vez.

Natalia está sentada a su lado y los niños enfrente. La disposición de los pupitres ha cambiado de acuerdo a las necesidades del taller programado a continuación. Ahora forman dos mesas de cuatro y una de cinco. En el centro de cada una de ellas hay un extintor en miniatura de un rojo brillante que — Martín ha oído cómo Natalia se lo explicaba a sus sobrinos— está vacío.

Cuando reciben la noticia, Kinde abraza a Lucas y Natalia busca el contacto físico de los dos niños apartándose de él para acercarse a ellos, que permanecen sentados en las sillas enanas. De nuevo se acuclilla para estar a su altura y les acaricia el pelo sin necesidad de pronunciar palabra alguna.

Es un dolor seco, piensa Martín.

Él solo siente frío.

—Os voy a llevar a casa con vuestra madre. Haremos los tres trasbordos de metro, Lucas. Ella tiene muchas ganas de abrazaros —se escucha decir.

—Cuando la abuela murió, vosotros todavía erais pequeños, como nosotros, ¿verdad, tío? —pregunta Lucas de repente.

—Sí, éramos más o menos como vosotros.

—Entonces, cuando nos digas que sabes lo que se siente, no nos estarás mintiendo.

—¡Claro que no!

Lucas lo abraza y concluye: «Solo tú has perdido a un hermano, y eso debe ser también muy triste».

Hubo un regalo meses atrás.

El cuerpo de Lucas está caliente, la noticia ha explotado en su interior como una bomba de hidrógeno.

Hubo un regalo. Inés no estuvo de acuerdo en que aceptaras comprárselo, pero tú caíste rendido ante la insistencia de Lucas y cediste a su petición.

Los niños acababan de saberlo. En una comida de domingo y con todas las precauciones del mundo, sin dramatismos ni lágrimas, Julia y Anakin, unidos de nuevo a causa de la enfermedad, les habían contado que el cáncer no solo no había remitido, sino que además había vuelto con más fuerza. Martín e Inés estaban allí porque Anakin les había suplicado que estuvieran,

que elogiaron con la boca llena el sabor de la paella encargada en uno de los mejores restaurantes de la ciudad especializados en cocina tradicional y que brindaran por ganar la lucha nada fácil que se perfilaba en el horizonte, como una sombra. Anakin les había pedido que fueran los de siempre, que aportaran al encuentro esa dosis de sofisticación y esnobismo por la que Lucas y Kinde sentían una evidente fascinación. Inés les habló de un aterrizaje de emergencia que se había resuelto con éxito y Martín propuso ir al cine después de comer y cerrar la tarde con la visita a una conocida galería comercial en la que, como les sucedía a menudo, terminaron perdidos en la sección de librería. Allí, mientras él ojeaba un libro de relatos de P. D. James e Inés ayudaba a Kinde a decidirse entre *Juego de tronos* y *El señor de los anillos*, Lucas se le acercó llevando en las manos un libro muy fino, de bolsillo, y le dijo: «Tío, cómpramelo, creo que podré entenderlo».

La entropía es la medida de desorden de un sistema y nos conduce hacia la muerte.

Es imposible volver atrás.

—Tío, ¿me lo compras?

En 1944 el físico Erwin Schrödinger publicó *¿Qué es la vida?* Casi tres cuartos de siglo después, Lucas busca entre las páginas del ensayo una explicación al inminente fallecimiento de su padre y Martín no puede negarle esa búsqueda.

Nadie debería privarnos de las puertas abiertas.

Aunque den a habitaciones vacías.

—Falta Alicia, ¿alguien sabe dónde está?

—Habría ido al baño.

—Chloe, ¿estaba contigo? —quiere saber Natalia, a pesar de que en su voz Martín no distingue los matices de la preocupación—. Chloe, ¿me estás escuchando?

Chloe tarda en responder, acaba de subir del recreo y finge prestar especial atención a uno de los extintores en miniatura, que sostiene entre sus manos frágiles, como si se tratara de un ser vivo. Cuando finalmente contesta,

lo hace en un tono que deja patente su fastidio.

—¡Sí! Estaba conmigo, pero luego se ha ido a buscar a sus padres. No es más que un bebé.

Luis Antón, absorto en el idilio que mantiene con su teléfono, no corrige el tono de su hija.

—Estará con su padre, ahora vendrán.

La madre de Alicia, que ha regresado a la clase la primera y ha asistido al diálogo entre profesora y alumna apoyada contra la pared, muy cerca de uno de los ventanales, zanja así la conversación. Martín la observa de reojo. Mientras ayuda a Lucas con su mochila y su trenca amarilla, se fija en ella un poco más. La mujer, de baja estatura pero con una estructura ósea prominente, continúa con su abrigo de guata puesto, los brazos cruzados sobre el pecho, como si tuviera mucho frío, y mira con disimulo el reloj de diseño clásico que pende sobre la pizarra y en el que pasan cuatro minutos de las once y media. Bizquea. A Martín su pelo teñido de un rojo desvaído, víctima de la permanente, incluso en esas circunstancias dolorosas, le parece un horror, de un realismo cortante como el papel, y le entran ganas de hacerle una fotografía.

Además, recupera una pregunta: ¿Por qué en el caso de Alicia han venido los dos?

Martín lleva de nuevo el tabardo azul.

Lucas y él esperan a Kinde, que ha querido ir personalmente a por sus cosas para despedirse de sus compañeros. Se van a casa, pero aún coinciden con el grupo que vuelve del jardín. Leo abraza a Lucas y le susurra: «Ya se por qué te vas, lo siento mucho, amigo». Y Lucas llora un poquito por fin.

Todo el mundo lo dice, llorar es bueno.

El padre de Alicia llega el último, y llega solo.

11:30

El descubrimiento del cuerpo

Los padres de Alicia trabajan en unos multicines ubicados en un suburbio. Allí se conocieron. Ella, Aurora, forma parte del equipo de limpieza y él, Salva, alterna la venta de entradas con el servicio de perritos calientes y palomitas. Nada que ver el ritmo de sus vidas, el contenido de sus obligaciones laborales y sus ingresos con los de las otras familias que han confiado la educación de sus hijos a Ítaca.

Tampoco te han reconocido.

—Sienten que los desprecian... Y, de alguna manera, así es. Por eso pidieron permiso a dirección para acudir a este tipo de iniciativas los dos juntos. Se respaldan mutuamente y sufren menos la discriminación. Apenas interactúan con los demás, en cierto modo ellos mismos son los que se aíslan, pero para nosotros lo más importante es la niña, es una de las pocas alumnas que tenemos con beca, y ella solo se siente bien si nota que sus padres están a gusto, por lo que accedimos a su petición.

Salva ha llegado el último y ha llegado solo.

Y ni siquiera tú has podido evitar recrearte en el desconcierto que ha generado la inesperada desaparición de Alicia, más molesta que grave, al menos al principio.

—Has tardado mucho. Pensé que la niña estaba contigo.

El murmullo de fondo que abrigaba la clase ha cesado. Todos quieren saber.

Pero Salva no contesta a su mujer, ni tampoco se siente cohibido por las miradas capciosas que estudian su expresión de lápiz algo congestionada por la prisa, por un «no voy a llegar a tiempo», repentinamente cargado de una importancia incómoda. Está acostumbrado a que lo juzguen con premeditación, y lo juzguen mal.

—Bajaré a buscarla —dice sin excusarse ni perderse en explicaciones, todavía sin quitarse el anorak, que le queda grande, una de esas prendas baratas comprada seguro en algún bazar de chinos con precio único—. No debe andar muy lejos.

—No te preocupes, Salva, bajaré yo —se adelanta Natalia Holden—. Así acompañaré a Martín, a Kinde y a Lucas hasta la puerta. Conozco mejor que nadie los escondites del jardín y daré antes con ella. Vosotros podéis empezar cuando Fran esté listo —concluye buscando la mirada del bombero—. Espero haberlo preparado todo bien.

—Bien, no, pluscuamperfecto, guapísima —confirma Fran, en lo que a Martín le parece un verso de zarzuela escrito para exhibir los nuevos vocablos aprendidos gracias a Leo.

Quiero salir de aquí.

Volver a un mundo en el que lo único que importa es que Anakin ha muerto.

Natalia llena de palabras el recorrido hasta la mitad del jardín, donde se despide. Le explica a Martín el origen de los padres de Alicia y él tiene la sensación de que, sin pretenderlo, ella también participa de ese desprecio latente que germina con la diferencia y que, desde luego, no es una invención. *¿Y si Lucas acierta al suponer que la maldad actúa como un virus?* Pero no tiene fuerzas para reprocharle nada a la señorita Holden, poseído como se encuentra por una asfixiante e irracional necesidad de abandonar el recinto.

Una intuición.

—Yo os dejo, me voy a acercar al refugio. Braulio a menudo se olvida de

cerrarlo y a Alicia le encanta esconderse allí. Se empieza a imaginar cosas y pierde la noción del tiempo.

Martín busca a Braulio con la mirada mientras estrecha la mano de Natalia Holden, pero no lo ve. Parece que también él ha desaparecido.

—Avisadnos del lugar y la hora del funeral. Me gustaría ir para apoyar a Lucas y compartirlo con el AMPA, por si alguien más quiere asistir.

—Así lo haremos.

Martín, ¿por qué sonrías?

—Creo que eres muy bueno en tu trabajo. Me ha encantado conocerlo. Ojalá podamos en un futuro próximo hablar con tranquilidad sobre fotografía, ha sido un placer.

—Habrá oportunidad, seguro que sí.

Fórmulas aprendidas.

Los unos y los ceros, la información como un mapa de bits.

Había una película, hablaba de pequeños fragmentos de código desconocido.

Martín observa como Natalia se aleja en dirección al refugio antes de echar a andar entre sus dos sobrinos hacia el portón. Nunca se había sentido tan solo. *¿Qué será lo siguiente?* Lucas busca su mano; Kinde lleva las suyas a las asas de la mochila. De nuevo el contacto de sus zapatillas con la grava marca el ritmo. Sus huellas de vuelta dibujan serpientes de vida fugaz en el jardín solitario, que ahora se le antoja más salvaje que civilizado, engañoso como un laberinto.

Y aunque no hay ninguna música, él escucha música.

Una parte de nosotros queda atrapada aquí.

Una ola gigante que no romperá nunca.

Están ya muy cerca de los autobuses cuando oyen el grito que los obliga a parar en seco y al que le suceden unos segundos de desconcierto, mudos, con los que termina Lucas.

—¡Tío! ¡Es Natalia!

—No os mováis de aquí, yo vuelvo enseguida.

¿Por qué no huyes?

El grito desgarrador ha debido escucharse también en las clases. Viene del refugio.

*Alguien bajará. No tienes que quedarte.
¿Por qué, entonces, deshaces el camino?*

Un goteo constante, de gruta subterránea, se escucha en el refugio.

Es el primero en atender el grito de auxilio. Como había supuesto la profesora, la cancela está abierta, y Martín la cruza y desciende por la angosta escalera hasta la guarida, de techo bajo y suelo de tierra, sin pavimentar. Lo que allí ve, a la luz de una única bombilla desnuda y manchada de polvo, lo impresiona con la misma fuerza con que despierta a un borracho un jarro de agua fría: Natalia Holden está arrodillada junto al cadáver de Alicia, muy cerca de la pared contra la que descansa un ejército de bártulos de limpieza y herramientas de jardinero, y reacciona ante su llegada con un sollozo que imita los gestos del vómito. Martín se acerca a ella rodeando el cuerpo de la niña muerta y la ayuda a levantarse. Natalia lo abraza sin dejar de llorar, él la consuela, le acaricia la espalda mientras contempla la que, sin ninguna duda, es la escena de un crimen.

—Tranquilízate, ve a buscar ayuda. Yo me quedaré.

No necesita insistirle, Natalia, obediente, como si la alumna fuera ella y le hiciera falta un guía, abandona la cueva corriendo, sin mirar atrás.

Que mis sobrinos no se acerquen...

No lo soportarían.

¿Y tú, Martín?

Tú, sin sorprenderte de tu propia reacción, fiel a tu naturaleza, cuando te quedas solo con Alicia la fotografías.

Clic.

No hay tiempo para la reflexión.

Apenas una vista y no vista nota mental sobre los evangelios apócrifos.

También una mención brevísima a los tesoros de joyas y doblones que se perdieron para siempre, por culpa de los naufragios, en las profundidades del mar.

La muerte es submarina.

Alicia, a medio vestir, tiene las mejillas salpicadas de marcas pequeñas y

heridas superficiales en los codos y las rodilla y tú, sin tocarlas, las acaricias todas. La Fuji te separa de la sangre, que te parece brillante, como si fuera portadora de algún tipo de radiación, pero entran en plano las yemas de tus dedos, que se acercan temblorosas a la piel desnuda y recorren despacio cada centímetro de carne muerta. La niña está tumbada sobre la tierra húmeda, con los leotardos azul marino caídos hasta los tobillos y el busto cubierto por la camisa blanca del uniforme, que el asesino, en un irónico gesto de piedad, ha utilizado como un improvisado sudario. El cadáver tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta; el cabello rizado descansa suave bajo la nuca, bien peinado, constreñido por un orden contradictorio, y a unos pocos metros, hecho un ovillo en un rincón, hay un abrigo rosa; junto a él, las gafas con la montura del mismo color con uno de los cristales rotos.

Algo irreversible sobrevuela esa rotura, se dice Martín, que imagina el instante sin retorno en que obligaron a Alicia a desprenderse de sus gafas y se siente muy cerca de su miedo, transportado desde el macabro escenario del crimen cometido a los minutos previos a la ejecución del delito, cuando aún era evitable semejante barbaridad.

Solo tenía siete años.

Has perdido el dolor por Anakin.

El dolor por Anakin se ha ido.

En su lugar, prácticamente de rodillas, Martín experimenta una ternura que lo hiere por dentro, como ácido, y siente la necesidad de tomar la mano aún caliente de Alicia entre las suyas. Es entonces cuando lo ve: el puño derecho de la niña está cerrado y de él sobresale un trocito de papel.

No puede permitirse dudar. Todavía no ha llegado el *rigor mortis* y a Martín le resulta sencillo hacerse con el papel sin tocar a Alicia... Un tirón rápido sujetando con fuerza el pico saliente y es suyo. A primera vista se da cuenta de que se trata de un recorte arrugado de revista o de periódico, pero cuando se dispone a desplegarlo para obtener más información escucha voces en la escalera del refugio, pasos que se acercan, y el instinto lo empuja a esconder el recorte en uno de los bolsillos de su tabardo azul.

Al final no ha sido Alicia quien ha perdido la noción del tiempo; la has perdido tú. ¿Cuánto ha pasado desde que Natalia se fue?

Rápidamente se pone de pie y, casi a la vez, una pareja de policías uniformados, un hombre y una mujer, hace su aparición en el refugio. En sus

rostros jóvenes Martín distingue la repulsión contenida ante la visión del cuerpo.

Tampoco ellos deben haber visto muchos.

—¿Es usted Martín Guidú? —pregunta la mujer sin apartar la mirada del cadáver—. Nos han dicho que lo encontraríamos aquí.

—Sí, yo soy Martín Guidú, le dije a la señorita Holden que me quedaría vigilando todo esto hasta que vinieran. No han tardado mucho.

—Estábamos patrullando la zona y recibimos el aviso. Somos los primeros, ahora vendrán más. ¿Ha tocado algo? No debería haber tocado nada.

—No lo he hecho, me he limitado a esperarlos, y ahora que ya han llegado lo mejor será que vuelva con mis sobrinos.

—De aquí no se mueve nadie si no da su beneplácito el inspector Barriuso —dice el hombre, con las manos a la espalda—. No se inquiete, enseguida viene.

—No me inquieto.

Sin nada más que decirse, callan y permiten que el frío de las paredes y la atmósfera de sarcófago se deslice como un suero por sus fosas nasales. Martín no saca las manos de los bolsillos y toca con la derecha el recorte misterioso, convertido en una minúscula bolita de papel con la densidad del epicentro de la Tierra.

De la manera más tonta, acabas de ocultar una prueba a la policía.

¡Qué bien te vendría ahora liarte un cigarro y acompañarlo de una nueva dosis de chocolate y café!

Los tres miran al cadáver y Martín siente mancillada su reciente intimidad con Alicia. Se fija con más detenimiento en su rostro, que no transmite ninguna maldad, ninguna agonía, sino más bien la confianza de quien no cree que vayan a hacerle ningún daño.

La inocencia de las muñecas de porcelana.

Anakin les tenía miedo.

Cambiaba de canal siempre que aparecían.

12:00

TrueDetective81

Cinco horas antes de resolver el crimen

Ocurre algo extraordinario.

Y es que el inspector Barriuso reconoce a Martín Guidú.

Precedido del sonido de las sirenas de emergencia, que contribuyen a que Martín imagine el jardín invadido por un despliegue exagerado de coches patrulla y ambulancias, el hombre que irrumpe en la escena del crimen, apenas quince minutos después de la llegada de los dos policías, lleva puesta una cazadora de motero negra, con refuerzos en codos y hombros que acentúan los resultados de innumerables sesiones de gimnasio. Un casco también negro cuelga de su brazo derecho y en la mano sostiene unos guantes de piel y unas gafas de sol modelo aviador.

Barba de dos días, oscura, con algunas canas que, precisamente por ser escasas, destacan como lucecitas en un árbol de Navidad.

Toca ser barbudos; la socorrida solución de inclinarse por el uniforme.

Desde su posición frente a la impúdica presencia del cadáver de Alicia, que actúa sobre todo el que llega como un imán, Martín asiste impertérrito al saludo formal de los dos agentes a su superior, que no tarda en dirigirse a él y tenderle con amabilidad la mano que le queda libre.

—Soy el inspector Lorenzo Barriuso, usted debe ser Martín Guidú. Permítame decirle que, incluso en estas circunstancias tan desagradables, para mí conocerlo en persona es todo un honor.

¿Cómo? ¿Será posible?

El inspector Barriuso se muerde las uñas. Detectas arrugadas y brevísimas cicatrices enrojecidas en sus cutículas, pero aun así lo calificas de atractivo. Es un poco, solo un poco, más joven que tú y tiene la planta de una estrella de Hollywood, la actitud de un George Clooney o un Brad Pitt dirigidos por Soderbergh. No lleva alianza, pero sí un llamativo anillo rematado con una calavera, y sus ojos, castaños y llenos, no acumulan aún ningún rencor. Lo único que lo distingue del galán estándar es que, nublando su expresión de hombre franco y sin demasiados laberintos, como un velo de arena, flota la bruma. Sin embargo, nada de eso te importa, solo te llama la atención el hecho de que parece haberte reconocido.

Y es moreno.

Tú sí que eres rencoroso, Martín. Anakin, que era rubio, te lo reprochó muchas veces a propósito de situaciones de vuestra vida adulta en las que sacaste a relucir el sufrimiento que, cuando erais pequeños, te infligió.

Difícil no transigir ante la crueldad de un niño.

¿Y quién es este ser? ¿Por qué parece que haya venido por ti?

—¿Conoce mi trabajo? —se interesa Martín sellando el apretón de manos.

Lorenzo Barriuso no responde y, transcurridos unos segundos que a Martín Guidú le resultan suficientes para dudar del idioma que ha utilizado al dirigirse a su interlocutor, la mujer policía se asoma por detrás del hombro izquierdo del inspector y le repite la pregunta.

—¡Por supuesto que sí! ¿Quién no? —exclama Barriuso, que hace un alto en su confirmación y duda antes de murmurar lo que, por su expresión entusiasta, espera que cause conmoción en Martín—. Yo soy TrueDetective81.

—¿Quién?

—Pero primero la obligación y luego el placer —resuelve enigmático, guiñándole un ojo y volviéndose hacia el cuerpo de la niña, haciendo de nuevo caso omiso de su inquietud—. Mostremos un poco de respeto. Le diré lo que haremos: sus sobrinos están arriba, supongo que querrá verlos...,

siento mucho lo de su hermano, ya me ha contado el director Lupi...

—Lupiáñez.

—¡Eso! ¡Lupiáñez, eso! Un tipo bastante resolutivo. Los dos minutos que ha tardado en traerme hasta aquí le han bastado para relatarme con pelos y señales la matanza de los primogénitos que ilustra la cúpula del vestíbulo y hacerme un resumen la mar de exhaustivo de la situación, y, vaya, no han tenido ustedes mucho tiempo de aburrirse... Hablando en serio, mientras yo me pongo al día, suba y recupérese del susto. La agente Simón lo acompañará y le conseguirá lo que necesite, un calmante, agua...

—Café y chocolate estaría bien.

—Pues café y chocolate. Suba, relájese y luego hablaremos. —Barriuso le sonrío afable y a Martín le parece sincero, sin ninguna pretensión, tanto es así que, por un instante, siente la tentación de confesarle que no ha podido evitar hacerse con el recorte de papel que Alicia conservaba en su mano ya sin fuerza, de no mentirle tampoco él, pero se contiene y solo dice:

—Está bien, veo que con usted por aquí la situación está controlada. Me deja intrigado con lo de TrueDetective81, eso sí —repite con la esperanza de que el inspector lo saque de dudas.

Pero Barriuso no le contesta.

—Hipoacusia.

¿Cómo?

—El inspector. Es sordo, y aun así es el mejor. Se lo digo para que no le tenga en cuenta los silencios. No son desplantes, simplemente es que no se entera. —La agente Simón precede a Martín Guidú en el breve ascenso desde el refugio hasta el jardín—. Procure hablarle siempre por el lado izquierdo..., sitúese a su izquierda y todo irá bien. Fue a consecuencia de un golpe zurdo en el *ring*: hipoacusia grave en el oído derecho. Intentaron retirarle a oficinas, pero no se dejó.

—¿Practica el boxeo?

—Sí. Le gustan el boxeo y sus fotos, así que no sea altivo con él. Es un buen tipo.

La conversación con la agente Simón, que utiliza la palabra «altivo» y en la que Martín Guidú no echa de menos ni uno solo de los rasgos que identifican según él a las mujeres policía (estos son: coleta tan estirada que la piel de las sienes se vuelve casi traslúcida; maquillaje, sí, pero con apariencia de cara lavada; y tendencia a llevarse las manos a la cintura, como si en vez de vestir uno de los uniformes de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, llevaran puesto un traje regional), termina con su regreso a la superficie, donde los medios movilizados para la investigación del crimen resultan ser mucho más modestos de lo que había previsto.

Solo una ambulancia y un coche patrulla. Naranjas, azules, amarillos, los tonos fluorescentes de la urgencia.

Hay una camilla preparada entre ambos vehículos y, muy cerca de la entrada del refugio, poco más allá de la cancela y el perímetro de seguridad que han delimitado con cuatro vallas oxidadas, unidas entre sí por cinta de «Prohibido el paso», Paulino Lupiáñez, con las manos en los bolsillos de sus Dockers, conversa con un tercer agente que, muy atento, toma notas en una libreta de gusanillo.

Por un segundo, las miradas de Martín y Paulino se cruzan, pero ninguno de los dos hace ademán de acercarse al otro.

Demasiadas novelas.

La disciplina de una excavación arqueológica.

El sol está ya muy alto y el jardín se baña en tintes de selva, envuelto en una falsa paz, sobreexposto a la luz. Por tercera vez en un mismo día, Martín tiene la sensación de que acaba de llegar.

El mundo cambia con las noticias. Los acontecimientos cincelan el espacio, herramienta primitiva contra piedra, y ahora, por encima de la imprevisibilidad de la primavera y la pérdida de Anakin, se impone la realidad de la niña muerta, que lo vuelve todo gris.

Ningún color es un color.

—Café y chocolate, ¿no?

—¿Dónde están mis sobrinos?

—Con los otros críos, enseguida lo llevaré con ellos.

—Necesitaría ir al baño.

—¿Lo tiene localizado?

—Sí, lo tengo localizado.

La agente Simón observa a Martín entornando los ojos con desconfianza, como si un inoportuno rayo de sol le impidiera escrutar el rostro del fotógrafo en busca de alguno de los indicios que habitualmente delatan el ansia de traición.

No se depila las cejas.

—Pues vaya y vuelva —consiente por fin—. Yo mientras le conseguiré ese café. En cinco minutos nos encontramos aquí.

—Y chocolate también, por favor.

—Haré lo que pueda.

Está claro que el inspector Barriuso ya ha visto más cadáveres.

Tú no.

De repente, a Martín se le antoja todo una representación orquestada para distraerlo de su dolor. Eso piensa mientras entra en los lavabos; se interroga, sin entender muy bien por qué, acerca de la autenticidad de la escena y la compara con los únicos referentes que tiene a mano: la literatura, el cine y la televisión, y también los terribles sucesos acontecidos en Caivelan a lo largo de su historia..., la de una ciudad propensa a las carnicerías.

Los detectives de las series siempre bromean con el forense y comen bollos grasientos que asoman de un trozo aceitoso de papel de estraza, y en los libros más modernos los asesinatos suelen cometerse en algún lugar recóndito de Suecia o Noruega, con escasa densidad de población.

Son importantes los grados bajo cero.

Que todo transcurra en una atmósfera similar a la que engulle a los coches cuando cruzan un puente bajo la lluvia.

Luz de luna; *Anakin y tú sentíais por Maddie Hayes y David Addison una especial predilección.*

«Di buenas noches, David». «Buenas noches, David».

¡Basta! ¡Cállate ya! Azulejos cuadrados alicatan las paredes del baño. Tienen el color del mar. Siluetas de niños invisibles, que gritan alegres y se comportan con normalidad, atraviesan su cuerpo. Son fantasmas. Martín está solo. No hay nadie más. El descubrimiento del cadáver, como si se tratara de una de las plagas que tanto fascinan al director Lupiáñez, ha sumido al colegio en un silencio de cementerio, ha hundido el edificio en una tumba

imaginaria desde la que, antes de que caiga la tierra, aún puede atisbarse el cielo, inalcanzable ya; el fragmento insuficiente de algo que se ha perdido.

«De todos los días, precisamente en este».

Hoy, que podrías volverte loco.

Le tiemblan las piernas. Apoya las manos en una de las pilas de cerámica con olor a desinfectante. Hay cuatro, encastradas bajo un gran espejo rectangular en el que Martín Guidú se enfrenta a su reflejo, tosco por culpa de la luz sin filtro de los tubos de neón, y cede ante él. No acostumbra a mostrarse vulnerable.

Pero no puede más.

Aunque en su cabeza sigue sonando la música.

La tristeza, la nostalgia y el asco, tripas mojadas que entretejen una partitura de cuentas de cristal. Nadie te había advertido de que la muerte fuera tan fría e implicara la pérdida de gravedad, una ausencia absoluta de perspectiva.

Avanzar por el espacio sorteando una tormenta de meteoritos.

¿Cuánto tardaste en recuperarte de lo de la matanza del cerdo? Durante semanas apenas hablaste con nadie. Un gesto de rebeldía.

Esta vez las consecuencias serán irreversibles.

No respira hondo. No se enjuaga la cara ni derrama una lágrima. No se recrea en los cambios que las dos tragedias, la inesperada y la prevista, han comenzado a operar en él: vacíos que, con la lentitud de las arenas movedizas, devorarán su cuerpo como herrumbre.

No haces nada de eso, porque eres una pieza más del engranaje de la trama.

En lugar de derrumbarse, se da la espalda a sí mismo y se despide de Alicia a su manera, repasando sin comprenderlas las fotografías que le ha hecho antes de que llegara la policía y, aunque se esfuerza en considerar imperceptible la diferencia entre la muerte y el sueño, tiene que claudicar al final, porque la diferencia existe y Alicia no parece dormida, sino muerta, hueca por dentro, la crisálida abandonada de un insecto.

Anakin, ¿estarás bien allí donde hayas ido?

Por otra parte, no hay tiempo que perder. Sin desligar por completo la atención de las imágenes, Martín recupera del bolsillo derecho de su tabardo

la bolita de papel. Tiene el tamaño de una pelota de *ping-pong* y la textura satinada de lo que es, un recorte de revista.

No le sorprende lo que ve.

Encaja.

Visita con asiduidad las hemerotecas y los mercadillos, las librerías de viejo en las que amarillean pilas altísimas de publicaciones con ilustraciones e imágenes que él rescata para alimentar sus redes sociales. Son testimonios de épocas que, analizadas desde el presente, resultan incomprensibles.

¿Cómo pudimos vivir así?

Pero el recorte no es antiguo y —ya no duda— sabe, por lo significativo de su contenido, que debe compartirlo si quiere colaborar con la investigación. Tiene que encontrar la manera de sincerarse con Barriuso y decide llamar a Inés, porque ella es experta en dar siempre con la mejor solución, ella le indicará cómo confesar, sin granjearse la ira del inspector, que no pudo resistirse al robo; además, cae de repente en la cuenta: todavía no le ha comunicado la muerte de Anakin.

No importa, seguramente Julia lo habrá hecho ya. Pero aun así necesitas hablar con ella.

Su voz, fuera del Ítaca, como un arnés.

El antídoto para esta sensación mareante de irrealidad.

Sin embargo, tampoco habrá de escucharla ahora. Por el momento no, porque cuando Martín desbloquea la pantalla del iPhone, silenciado desde el inicio del taller, descubre dos notificaciones en su cuenta de Instagram que le llaman la atención.

La primera dice: «A TrueDetective81 le ha gustado tu foto», y es relativa a una imagen que subió el día anterior en la que, bajo los brazos cruzados de una mujer anónima, vestida de negro, aparece escrito: «las rabietas no cambian el decurso de la historia».

La segunda es un mensaje privado de TrueDetective81, muy reciente: «Ya en el jardín. Lo estamos esperando el café, el chocolate y yo. A».

Vaya, vaya...

Se le escapa una sonrisa no prevista, que acompaña de un sonido muy parecido al ronroneo de un gato; a continuación comprueba que casi todas sus publicaciones en la red cuentan con el «me gusta» de TrueDetective81, lo que

contribuye a aumentar su hilaridad. Le hace gracia la situación. Por último, clica en el perfil tras el que se oculta el inspector Barriuso y echa un vistazo rápido a sus fotografías. No hay muchos *selfies*, de hecho, no aparece mucha gente —*las personas vivas no deben ser lo suyo*—; solo un retrato de grupo frente a la puerta de un bar en el que Martín reconoce sonrientes, entre un montón de rostros anónimos, a la agente Simón y su cáustico compañero. Las demás capturas, de una pésima calidad, son casi todas de objetos: un ejemplar en inglés de *On boxing*, de Joyce Carol Oates, sobre una manta de cuadros marrones y amarillos; un ejemplar de *El boxeador polaco*, de Eduardo Halfon, sobre la misma manta; un tercio de cerveza MatMor con un plasma al fondo en el que puede leerse con claridad el título de la película que empieza: *Million Dollar Baby*; unos guantes de boxeo de color rojo sangre y una veintena de fotos de una Harley negra y bruñida aparcada en localizaciones que solo se distinguen por el texto al pie:

Con la Harley en Benidorm

Con la Harley en Algeciras

Con la Harley en Viena...

¿Le gustará también la música? ¿Dónde leíste sobre la capacidad de los sordos para percibir las sensaciones acústicas y las vibraciones?

De forma instintiva, Martín presiona sobre el botón de «Seguir» a TrueDetective81 y logra así que su lista de fans pase de veinticuatro a veinticinco.

Tú, que tienes más de quince mil...

Las naturalezas muertas son el fuerte de los solitarios. Y Barriuso lo es, aunque su mirada, lo que elige mostrar a los demás, a Martín no le resulta triste en absoluto, sino más bien portador de una ilusión exótica. No le cuesta deducir a partir de las imágenes en Instagram la vida del inspector. Probablemente tenga un apartamento en propiedad, perdido en algún suburbio con perspectivas de revalorizarse en un futuro próximo. Será cliente de una cadena de supermercados no demasiado conocida, destinada a desaparecer, saludará a la cajera por su nombre y visitará a diario el gimnasio del barrio, donde se llevará bien con los adolescentes más conflictivos, carne de tatuajes infectos. Cumplirá escrupuloso un sinfín de rutinas e ignorará que al menos media docena de mujeres fantasea a menudo con superar en su relación con él la fase de «solo sexo». Y en medio de esta combinación

predecible, de manual, la chispa de las fórmulas mágicas: la afición del inspector Lorenzo Barriuso por las fotografías de Martín Guidú.

Anakin ha muerto.

Alguien ha asesinado a Alicia.

Vuelve al mensaje: «Ya en el jardín. Le estamos esperando el café, el chocolate y yo. A», y escribe su respuesta: «Ahora mismo voy».

13:00

Las estrellas verdes

Cuatro horas antes de resolver el crimen

—¿Por qué le gustan mis fotos?

—No creo que eso importe mucho ahora.

Martín no se amilana. Ha decidido optar por la sinceridad como estrategia, así que responde:

—Pues yo creo que sí.

Tal y como le había indicado en el mensaje, Lorenzo Barriuso lo estaba esperando en el jardín junto al coche patrulla, con la agente Simón a su izquierda, muy recta y con las dos manos ocupadas: en una sostenía su café; en la otra, su chocolatina, y aunque Martín la ha mirando fijamente y, al darle las gracias, ha exagerado al máximo sus dotes de seducción, no ha detectado en ella empatía alguna, lo que lo ha conducido a tomar la enésima nota mental del día:

No se fía de mí.

Pero es guapa. Eso sí, podría sacarse más partido si se depilara las cejas.

A su alrededor el escenario apenas ha cambiado, solo algunos personajes se han escabullido para dejar paso a otros nuevos, como si los primeros

hubieran salido de plano siguiendo las órdenes de un director informado del desarrollo de la historia de principio a fin, y los segundos, aún no demasiado concienciados de su papel, se miraran de reojo entre sí, temerosos de ser descubiertos en plena representación de la farsa. Paulino Lupiáñez ya no está, ni tampoco los dos policías varones, el compañero de la agente Simón y el aplicado amanuense de la libreta de gusanillo; en su lugar, sentados en la parte trasera de la ambulancia, que ahora tiene las puertas abiertas de par en par, los padres de Alicia Segura se dejan sedar por un paramédico.

Tienen los ojos turbios, como si los separara del mundo la misma membrana casi traslúcida que separa la clara de la cáscara del huevo. Martín no puede evitar mirarlos con descaro, con la curiosidad cruel de los niños que señalan por la calle a los tullidos. Y recuerda el abrazo, ese gesto de pésame que solo un par de horas antes, al comienzo del recreo en el que habrían de matar a su hija, le ha ofrecido Aurora.

Tal vez tú deberías abrazarla ahora, Martín.

Pero no. Algunos comportamientos, si no son espontáneos, no sirven.

—No han sido ellos. —El inspector Barriuso, al que no se le escapa el interés de Martín por la pareja, se adelanta a su curiosidad y lo sorprende compartiendo con él uno de los primeros avances de la investigación—. Durante el descanso han salido fuera. Han venido en metro, como usted, y en el trayecto hasta el colegio han perdido el abono transporte. No podían permitírselo, así que han dejado a Alicia con Chloe Antón y han deshecho el camino hasta el apeadero sin demasiado éxito, buscándolo entre los arbustos que lindan con el sendero. Unos chavales de último curso que se los han cruzado han confirmado su coartada. Cuando ha empezado a hacerse tarde, Aurora se ha puesto nerviosa y ha regresado sin su marido, que ha insistido en buscar un poco más. Solo al volver a la clase se han enterado de que faltaba Alicia... Aun así no podemos dejarlos ir, es probable que sepan sin saber, que la niña les contara alguna cosa... Pero antes tienen que tranquilizarse —concluye con una sonrisa que a Martín le parece de disculpa—. Usted sí podrá marcharse, le haré unas cuantas preguntas y luego nada impedirá que se vaya a casa con sus sobrinos.

A ti también te sedaron una vez.

—¿Dónde están? —pregunta Martín alzando el tono, para no ponerle a Barriuso las cosas demasiado difíciles.

—Están bien. Hemos pensado que lo mejor es que no se interrumpan las jornadas, que continúen mientras nosotros hacemos nuestro trabajo. Los demás alumnos y profesores deben irse, pero no ese grupo, el grupo de altas capacidades es el único que estaba en el jardín cuando se cometió el crimen.

—Menos mis sobrinos y yo...

—Exactamente, ustedes no, y tampoco la señorita Holden.

—Entonces todos son sospechosos...

—Exactamente.

—¿Los niños también?

—Exactamente, para matar a un niño solo se necesita la fuerza de otro. Los interrogaremos mientras esperamos los resultados de algunas pruebas que nos serán útiles.

Exactamente, exactamente, exactamente.

—Tengo que hablar con usted a solas, hay una cosa que no le he contado.

—Pues soy todo oídos. —*¿Todo oídos?* Martín le dedica una mirada cargada de ironía a la agente Simón, que no se da por aludida—. ¿Qué le parece un paseo por las pistas de deporte? Me recuerdan a mi época de instituto. ¿Usted jugaba al fútbol?

¿Por quién me toma?

Anakin sí, le gustaba mucho.

Hay unas pequeñas estrellas verdes en el margen del manoseado trozo de papel, *exactamente* cinco. Tienen la apariencia de esa clase de garabatos que se hacen sin pensar, mientras se habla por teléfono o se toman apuntes, y ya se ha anotado lo que de verdad es importante, lo que el otro quería decirnos.

El dibujo sin conciencia. Quizás la obra del asesino.

Luego está la imagen, compitiendo en importancia con las cinco estrellitas: la fotografía de una mujer medio desnuda, ya no demasiado joven y tampoco demasiado delgada, luciendo con lasciva insolencia todos y cada uno de los pliegues de carne lechosa de su silueta; el pelo, negro y rizado, recogido en un moño con descuido; el vello insinuándose en las axilas y desafiando desde el pubis, cubierto con un velo casi transparente, con su

presencia rotunda, de otra época, al espectador. La modelo posa sobre unos cojines color burdeos en un espacio que, por su decoración vulgar de borlas, terciopelos y luces indirectas, bien podría tratarse de un burdel. A modo de leyenda, acompaña a la composición la palabra «SICALIPSIS».

—«Malicia sexual, picardía erótica»... ¡Qué apropiado! —corroboraba el inspector Barriuso, que ha consultado el significado del vocablo en la aplicación diccionario de su móvil.

—Muy *ad hoc*.

Barriuso calla y Martín amplía la información:

—La sicalipsis es un estilo erótico del siglo XIX. Era frecuente en el teatro y las publicaciones subidas de tono, mezclaba la obscenidad con el exotismo y el resultado era casi siempre grotesco.

¿«Subidas de tono»? ¿Acaso te ha poseído el espíritu de una anciana viuda, adicta a las meriendas en los Vips y las partidas de cinquillo?

Tú no hablas así. Anakin se hubiera reído.

—Pero este recorte no es antiguo...

—No, no lo es, tiene toda la pinta de haber salido de una revista masculina actual. La chica y el escenario solo imitan la sicalipsis, no son sicalípticos..., y la postura de la modelo, con las medias a medio quitar, es casi idéntica a la de Alicia cuando la encontramos.

Lorenzo Barriuso detiene el paso en el centro de la pista de cemento, donde destaca el blanco nuclear de las líneas que definen las zonas del futbito, para observar con un interés casi científico a Martín Guidú.

—¿Siempre sabe usted tanto de todo?

—De lo que me interesa sí.

Barriuso se guarda en el bolsillo de sus vaqueros negros el recorte de revista y juguetea con su anillo de calavera.

—Hizo mal en ocultarnos la prueba... Encima se la llevó de la escena del crimen, sus huellas y las mías la invalidan para cualquier análisis —le reprocha el inspector a Martín, incapaz de disimular que su condena llega acompañada de una considerable carga de indulgencia.

—Soy consciente de ello y acepto la culpa, pero que cuente también mi buena intención a la hora de resolver el entuerto.

«Entuerto»... ¿Qué te pasa, Martín? Hasta en las novelas de Dumas se

empleaba un lenguaje más coloquial.

No pueden verse desde fuera, en el terreno de juego flanqueado por las frondosas copas de los árboles. Si lo hicieran, probablemente se sorprenderían de lo bien que empastan en medio de la soledad del recinto y a merced de un clima en tránsito, recorrido por una ligera brisa que agita el follaje y provoca el temblor de la miríada de ruidos naturales que habitan el jardín. De no ser humanos, Lorenzo Barriuso y Martín Guidú serían voces destinadas a cantar a dúo.

—Quédese. Ayúdeme a resolver esto. Los padres no saben que lo hemos exculpado y se sincerarán más con usted que con mis compañeros. Nos servirá de ayuda... A cambio yo no diré ni una palabra acerca de su... llamémoslo «desliz».

Martín duda. Sostiene la incertidumbre trasteando con la Fuji, hasta que por fin se decide a preguntar:

—¿Por qué le gustan mis fotos?

—No creo que eso importe mucho ahora.

—Pues yo creo que sí.

—Vale... —El inspector adopta la actitud de quien se juega el aprobado de un examen—. Tengo la sensación de que en ellas nadie finge, por eso me gustan y las admiro. Sé por experiencia lo difícil que resulta «destilar» la realidad.

—¿No le gusta la ficción?

—No mucho.

—Solo si tiene que ver con el boxeo.

Lorenzo Barriuso acusa ese inesperado asalto a su intimidad con una sonrisa que reafirma a Martín en la idea de que bien podría ser una estrella de cine.

—Veo que ya me ubica.

—Al recibir su mensaje estuve curioseando un poco en su perfil de Instagram, nada más.

—¿Se quedará?

—¡Tío!

Los dos hombres, que no tienen hijos, interrumpen la conversación y se giran en dirección a la llamada para descubrir a Kinde y Lucas que,

acompañados de Natalia Holden, se dirigen a su encuentro dejando atrás el refugio acordonado y el edificio principal. Es Lucas quien llama a Martín a gritos, quien corre hacia él e, incapaz de controlar la inercia de la carrera, choca contra su cuerpo y lo engulle en un abrazo, el segundo en ese día extraordinario, que no se repetirá.

Extraordinario: fuera del orden o regla natural o común.

¿Qué harías tú, Anakin? ¿Cómo saldrías de esta?

—Tío, Alicia también esta muerta.

—Lo sé.

Lucas llora. Martín suele olvidar que, aunque el niño entiende la teoría general de la relatividad mejor que muchos doctorandos en física, aún no ha dejado de creer en el Ratoncito Pérez ni en la visita de los Reyes Magos por Navidad.

—¿Y eso qué significa? ¿Eso qué significa? —quiere saber entre sollozos—. ¿Hay algo que hemos hecho mal?

—No... —Sin romper el abrazo, Martín levanta la vista y cruza miradas de reconocimiento con Natalia y Kinde—. Algunas cosas no se pueden explicar, Lucas, no dependen de nosotros, y no nos queda más remedio que aprender a convivir con ellas. Lloro tranquilo, eso te aliviará.

Me gustan sus fotografías porque en ellas nadie finge.

Transcurren unos minutos en los que el llanto de Lucas se va apagando poco a poco, igual que se apaga la hoguera en el bosque cuando todos duermen, y la señorita Holden aprovecha para darle las gracias a Martín Guidú por haber acudido en su ayuda, unos minutos en los que Martín, rebelándose contra tanto acontecimiento incomprensible, decide quedarse para ayudar al inspector Barriuso a «destilar la realidad» y experimenta el temblor de un escalofrío cuando Lucas, muy bajito, en un murmullo apenas perceptible que solo alcanza a escuchar él, convierte su pregunta en una afirmación y repite: «Sí, tío, algo hemos hecho».

14:00

El cobertizo de los pájaros

Tres horas antes de resolver el crimen

Hay una cámara.

En 1907, Gastón Leroux, autor de El fantasma de la ópera, escribió El misterio del cuarto amarillo.

¿Lo recuerdas, Martín? Recuérdalo porque el relato, como tu situación, cumple los requisitos del enigma de habitación cerrada.

Cuando pasó el tiempo y la edad de leer cuentos sobre cerdos buscadores de trufas, Anakin cambió el registro de sus lecturas nocturnas en voz alta y empezó a leer, sirviéndose de la pequeña linterna, relatos policíacos que a ti te asustaban y fascinaban a partes iguales y, desde luego, te impedían dormir. Robabais aquellos libros del despacho de vuestro padre viudo, que tenía demasiadas cosas en que pensar como para preocuparse de las madrugadas literarias e insomnes de sus hijos. Casi siempre eran ediciones de bolsillo que habían sobrevivido a una época anterior de la que no sabíais nada, la de los años universitarios en los que él y vuestra madre se habían conocido.

Ahora no puedes abandonar, Martín.

Un enigma de habitación cerrada transcurre en un espacio limitado, del que nadie puede entrar ni salir.

Lorenzo Barriuso, satisfecho con la decisión de quedarse que ha adoptado Martín Guidú y consciente de que quienes lo rodean han sido eliminados desde el principio de la lista de sospechosos, se relaja y comparte con ellos otro de los descubrimientos de su equipo.

—Hay una cámara que enfoca el refugio, está ahí —dice señalando un poste que se camufla entre los almece y culmina en un discreto cuerpo cilíndrico de color blanco—, pero tiene la lente rota.

Los cuatro siguen con la mirada el índice del inspector, todos menos Lucas, que no manifiesta ningún interés ante una revelación, al menos en apariencia, tan importante, sino solo miedo; un temor que se traduce en el aumento de la fuerza con que prolonga el abrazo a su tío y la obcecación con la que mantiene su rostro, tan parecido al de Anakin, hundido en el tabardo azul.

Sí, tío, algo hemos hecho.

—Pensaba que no se podía grabar a los niños —comenta Martín en un intento de pasar por alto los síntomas de pánico de su sobrino y centrarse en algo más práctico.

—Se puede. Si los padres dan su consentimiento y firman la autorización que entregamos anexa a la matrícula —explica Natalia Holden con rapidez—. Hasta el momento no se ha negado nadie. Es por su seguridad, no hay ningún otro fin.

—Imagino que te habrán hecho mil veces la misma pregunta.

—Imaginas bien. —Natalia se dirige a los niños tratando de relajar el ambiente—. Vuestro tío, chicos, es el pesado mil uno.

—¿Y cuánto tiempo graba la cámara, Natalia? —quiere saber Lucas, abandonando repentinamente su disgusto.

—Dos días. Graba 48 horas y la cinta vuelve a empezar.

—Si el asesino es uno de los padres, lo sabremos, no creo que haya podido romperla antes de hoy, es probable que ni siquiera contara con ella, porque la escena no indica que el crimen haya sido premeditado y no creo que justo ayer se repasara los papeles de la matrícula... —reflexiona Lorenzo Barriuso con cierta ironía—. En cambio, si estamos equivocados y hay premeditación, la cámara podría llevar rota más tiempo y no servirnos para

nada, porque al cumplirse la hora 48 habría empezado a grabar en negro.

Kinde, que no ha dicho nada hasta ese momento, toma el relevo del inspector:

—¿Eso significaría también que el asesino es uno de los niños?

—No tiene por qué. —Lorenzo se pone en marcha sin demasiada prisa y los demás lo siguen. Dejan la pista atrás y se adentran en el terreno de arena —. Hay una última posibilidad: que la rotura de la lente no tenga nada que ver con el asesinato, además, los padres y los niños no estaban solos en el jardín cuando mataron a Alicia. Había alguien más y vamos a hablar con él.

Emprenden el camino hacia el parque infantil, ubicado a la izquierda del gigantesco portón inspirado en la puerta del baptisterio de Bernini por el que Martín, unas horas antes, ha accedido al Ítaca.

Se trata de una parcela de unos doscientos metros cuadrados, cercana a los comedores y separada del resto del jardín por una barrera natural de árboles, arbustos y una cancela que a Martín y a Lorenzo les llega por la cintura. Allí juegan los preescolares y se encuentra el cobertizo de los pájaros, el hogar de Braulio Gador desde que murió su esposa.

Martín sospecha de él.

¿Quién puede matar a alguien?

Cualquiera puede.

Sería incorrecto escribir que a Martín Guidú no le gusta Braulio Gador. La afirmación no sería exacta, teniendo en cuenta que ni siquiera han sido presentados; «gustar» no sirve, hace falta otro verbo.

¿Te has enterado, Martín? Ese no es el verbo.

—Hay algo en Braulio que no encaja.

—¿Lo conoces? —Martín detecta el salto al tuteo del mismo modo en que lo ha identificado un rato antes, en la conversación con Natalia Holden sobre su primera fotografía, y experimenta ante esa insignificante transición inesperada por parte del inspector una gratitud que lo sorprende.

—No... Solo lo he visto una vez: esta mañana, por la ventana de la clase, acababan de decirme que se había muerto mi hermano.

Con la boquilla entre los labios, se detiene un segundo para esparcir el tabaco sobre el papel del cigarro que ha empezado a liarse cuando han abandonado la pista de futbito y agradece que Lorenzo no aproveche el paréntesis para recoger su último comentario como un guante y volver a decirle que lamenta la pérdida de Anakin, subrayando así su sufrimiento.

—Hace chapuzas para el colegio y a cambio le dejan ocupar el cobertizo.

—Eso me ha dicho Lucas —confirma Martín dando una primera calada.

—Pero lo interesante no es eso.

—¿Ah, no?

—No. —Barriuso se gira para comprobar que Natalia y los niños los siguen unos pasos por detrás y sonrío seductor a la profesora—. Lo importante es quién era Braulio Gador antes de convertirse en el chapas del Ítaca... Mejor aún, qué ocurrió para que dejara de ser el que era y ahora sea el que es. ¿A que eso no te lo ha contado tu sobrino?

—Parece un trabalenguas.

El inspector pasa por alto la broma mientras empuja con suavidad la cancela diminuta, que tiene los barrotes pintados de colores y chirría, y Martín se coloca sutilmente a su izquierda.

Entran en el parque.

Hay columpios, un tobogán de plástico morado, una pirámide de cuerdas cuya altura no supera el metro y medio, una piscina de arena con material para jugar a las construcciones... El suelo a su alrededor es de caucho blando, a prueba de golpes y caídas imprevistas.

Un esfuerzo constante por evitar el dolor que, lejos de protegernos, nos hace más débiles.

Y en el extremo oeste, contra los muros de piedra gris que delimitan el recinto, está el cobertizo. Se trata de una estructura grande pero endeble, de madera y cañas, cuya apariencia, similar a la de las chozas de los últimos indígenas amazónicos, devuelve a Martín a los fragmentos terribles de los cuentos clásicos, donde las brujas malvadas y los hechiceros se ocultaban en el bosque. Además, no hay ni rastro de los párvulos, que, tal y como le ha indicado Lorenzo Barriuso, han sido enviados a casa; una ausencia de vida humana que perfuma el lugar con el aroma inherente a la profanación de tumbas.

Pero ¿acaso no es eso la investigación de un crimen? Una profanación.

Haciendo uso de un disparador remoto, del tamaño del llavero de un coche, que oculta en uno de los bolsillos del tabardo, Martín deja que la Fuji se apodere del entorno y lo diseccione en una decena de imágenes: clic, clic, clic, clic, clic, clic, clic, clic, clic. Gracias al modo silencioso nadie se percata de su hazaña, pero la discreción no evita que su cuerpo se implique en el proceso y note el estremecimiento de cada músculo, la tensión cervical, la sangre viva, obcecada en manifestar su presencia a través de pequeños latidos, como llamadas a la puerta, en las sienes y las yemas de los dedos: para él la fotografía ha sido siempre un acto físico.

Así es como debe ser.

Porque, si bien es cierto que lo que consigue de sus clientes es conducirlos a un estado de extrema placidez, despojado de toda impostura, no reconoce la autenticidad al otro lado del objetivo hasta que en él mismo no se produce la rebelión.

Martín, ¿cuánto tiempo llevas sin estar en paz?

¿Cómo no dejar constancia de algo tan terrible?

Después de 48 horas, la cámara graba en negro.

No han sido los primeros en llegar. El ambiente de superficie lunar con el que los recibe el parque infantil se desvanece cuando se aproximan a la entrada del cobertizo, epicentro de un barullo del que Martín Guidú rescata la voz de la agente Simón. Cuanto más se acercan, el olor es más nauseabundo y a Martín le parece distinguir plumón flotando en el aire. Le entran ganas de estornudar.

La sangre caliente del cerdo, al repiquetear sobre el cubo metálico y salpicar la nieve, sonaba como los tambores de una procesión. El frío huele, sentías tus manos, que no habían tocado nada, manchadas de forma irreversible, húmedas, artífices de la matanza. Tuvieron que atártelas a la camilla. Alguien dijo burlándose muy cerca de ti, mientras te sedaban en el centro de salud, que la gente como tú llamaba sensibilidad artística a lo que en realidad era debilidad mental.

Pero tú no eres débil.

*Has esperado la muerte junto a Anakin sin consumir ninguna droga.
Y has fotografiado a Alicia.*

—Ahí dentro hay más mierda de paloma que en Venecia. —El compañero de la agente Simón, que sale de la caseta protegiéndose con la mano enguantada la boca y la nariz, se arrepiente con rapidez de su comentario, demasiado gráfico—. Disculpe mi vocabulario, inspector, pero es que no se imagina el percal... El viejo dice que no ha tenido nada que ver, aunque está demasiado borracho para entender lo que pasa, creo yo. Por lo visto, en cuanto se ha enterado de la tragedia se ha encerrado aquí y se ha bebido todo lo que ha pillado por banda hasta que hemos venido a interrogarlo... Habrá que esperar a que se le pase la curda y va para largo.

—Vuelva a entrar y dígales a los demás que Gador podría tener escondido en alguna parte material pornográfico: revistas, fotografías..., cosas así.

—¿De verdad quiere que vuelva a entrar ahí? ¿Me aprecia tan poco?

El agente no recibe respuesta alguna y se resigna. Solo cuando ya ha dado la espalda a Martín y a Lorenzo, este le da una última indicación:

—También buscamos un rotulador verde, de los finos..., un rotulador o una pluma, algo que escriba en verde. Encuéntralo. Nosotros iremos enseguida.

—¿Crees que ha sido él? —Martín interpela al inspector cuando el policía desaparece de nuevo en el interior, pero, sin darle tiempo a contestar, se responde a sí mismo: *No, no crees que haya sido él.*

—Intuyo que es solo un pobre hombre que ha tenido la mala pata de estar en el sitio equivocado en el momento justo..., aunque no hay que dar nada por supuesto. Aún no te he contado su historia.

—Pues cuéntamela.

—Vale, pero cuando me confirmes que sigues aquí, pareces algo ausente.

Martín, que ha intercambiado opiniones con Lorenzo sin mirarlo a la cara, permanece atento al juego despreocupado de sus sobrinos, quienes, animados por Natalia Holden, corretean a unos pocos metros del cobertizo, entre los columpios, y se ríen rompiendo el silencio del parque vacío, en cierto sentido también *profanándolo*. De los tres, Lucas es el más implicado. No se ha quitado la trenca amarilla y el sudor que le provoca la excitación de la carrera es el responsable de que el flequillo rubio se le adhiera a la frente,

fragmentado en mechones húmedos. Observándolo, Martín no halla en él ni una pizca del disgusto que, solo unos minutos antes, ha motivado su llanto.

¿Es que nadie más lo ve?

Esta es la escena más triste de todas.

—Nos reponemos con demasiada rapidez, ¿no? —afirma requiriendo el apoyo del inspector.

—En absoluto. ¿Cómo crees que reaccionarían los padres de Alicia si te escucharan hablar así? Me convence más lo que le has dicho a Lucas hace diez minutos: aprendemos a vivir con el dolor, no lo superamos. Eso es imposible.

—Tenía que consolarlo y es muy inteligente, con él no es conveniente mentir.

—Pues lo has hecho muy bien. —A Martín la condescendencia de Lorenzo no le molesta, siente que no le quedan fuerzas para ofenderse—. Y ella también. —El inspector sigue con la mirada los movimientos ágiles de Natalia Holden, cuya apariencia juvenil, al lado de Kinde y Lucas, se multiplica—. Sabe que por encima de todo son solo dos críos y comportándose así con ellos nos está haciendo un favor, si se vienen abajo, nuestro trabajo se hará mucho más difícil.

—Si se vienen abajo, tendré que irme.

Lorenzo hace caso omiso a la contundencia de Martín y este deja escapar una sonrisa ante la indiferencia del inspector, del que empieza a formarse una imagen en la que la sordera, lejos de lastrar su labor, se ha convertido en una ventaja.

—Entremos.

—Espera, me falta la historia de Gador.

—Toda la razón. Ahora mismo te la cuento.

—¡Inspector! Hemos encontrado algo.

¿Quién es Braulio Gador?

—Me falta la historia de Gador.

—Ahora mismo te la cuento.

Cuando esa mañana le ha preguntado a Lucas, Martín ha creído detectar en el tono de su sobrino cierta simpatía hacia el anciano; la confianza que se concede a quienes nos hacen sentir a salvo, de los que no tenemos miedo: «*Es Braulio, vive aquí y arregla las cosas. Le gusta mucho leer. Leer y los pájaros*».

Abrumadora capacidad de síntesis.

«Dejad que los niños se acerquen a mí».

Todo en el interior del cobertizo recuerda el escondite de un chamarilero: desde las incontables pilas de libros, cubiertas de polvo, a la veintena de jaulas hechas a mano con ramas pequeñas y habitadas por palomas y gorriones rescatados (o secuestrados, según se mire) del jardín. Huele a pájaros, a falta de higiene y a vino de supermercado, el vino de los mendigos, y hay un ejército de botellas de vodka vacías concentrado contra la pared, bajo la única ventana, que da al parque infantil y que tiene varios de sus cristales rotos, sustituidos con torpeza por trozos mal cortados de cartón.

Algunas de las jaulas están abiertas y, esparcidos por el suelo, como túmulos construidos concienzudamente por una colonia de duendes, Martín detecta montoncitos de migas de pan.

Comederos para los huéspedes.

Las palomas, gordas, con las alas grises, tienen los ojos rojos. Los de Gador, de un azul líquido, que por su limpieza no encaja con la situación, también están enrojecidos a causa, mitad y mitad, de la pena y la adicción al alcohol.

Gador es la basura que escondemos bajo la alfombra.

El cobertizo no tiene agua corriente ni luz eléctrica; un farolillo de gas, de los que utilizan los campistas, descansa sobre la desvencijada mesa de madera que, junto a un jergón cubierto por una manta de aspecto barato, ocupa casi todo el espacio. Como Paulino Lupiáñez explica a los agentes mientras estos ponen patas arriba la habitación, Gador usa las duchas de los vestuarios y come el menú de los alumnos en las instalaciones habilitadas para ello en el colegio; también se beneficia del servicio de lavandería que, una vez a la semana, con la recogida de manteles y toallas, se lleva la ropa sucia del anciano. No recibe salario alguno, subsiste gracias a su pensión, malgastada mes tras mes en alcohol y tiñosos libros de lance, pero le permiten vivir en el Ítaca y, «solo cuando está sobrio», subraya enfático

Lupiáñez tras consultar meticulosamente la hora en su reloj de bolsillo, relacionarse con los niños más curiosos, entre los que se incluyen, por supuesto, los integrantes del grupo de altas capacidades.

A menudo la caridad resulta más humillante que el rechazo.

Y actúa como un yugo.

—¡Inspector! Hemos encontrado algo.

A Braulio Gador le tiemblan las manos. Martín observa su zozobra con el desapego de quien se pasea por una exposición que no le interesa nada. Lorenzo le ha contado la historia del anciano antes de entrar en el cobertizo y Martín Guidú ha recibido escéptico cada palabra del inspector, convencido de que ningún dolor, en el transcurso de siglos y milenios y eras glaciales, podrá compararse al suyo. Esa también es la razón por la que las fotografías de Alicia, que ha tomado él mismo, así como la amargura sorda de sus padres, no le han hecho más daño que el pinchazo de un alfiler.

Sin embargo, a medida que se abre paso entre la suciedad que puebla los dominios del viejo y se acerca hasta él, conforme va eliminado de su campo visual los detalles anecdóticos del entorno, comportándose igual que un objetivo *zoom*, la compasión le sube por la garganta como la bilis.

En otro tiempo, el de su juventud y madurez, Braulio Gador, nacido del romance de una caivelanita y un piloto londinense, fue un *gentleman* licenciado en filología inglesa y apasionado de la biología, que, durante un verano transcurrido en la playa junto a la familia de su madre, se enamoró perdidamente de Clara, una estudiante de medicina con sueños no demasiado difíciles de cumplir. Se casó con ella y se quedaron en Caivelan, donde a él no le costó ningún esfuerzo encontrar un empleo como profesor. Y década tras década fue encadenando puestos en colegios privados, la clase de centros en los que se valoraba su impecable acento nativo y el aura que lo envolvía, tan parecida a la de los antiguos miembros de alguna sociedad geográfica ancestral.

Cuando Paulino Lupiáñez se incorporó al claustro del Ítaca, Braulio Gador dirigía la institución. Él y Clara, como Martín e Inés, y como el solitario Lorenzo Barriuso, no habían tenido hijos, pero conformaban un sólido matrimonio, que no acusaba demasiadas carencias.

Y así transcurrieron una serie de años felices, que culminaron con la jubilación.

Braulio Gador tenía planes: quería viajar con su mujer, quedarse con ella un tiempo en Inglaterra, alquilar un coche y recorrer carreteras secundarias en medio de una llovizna soportable para distinguir el canto de los pájaros, visitar museos, descubrir restaurantes pintorescos con nombres medievales, rastrear la leyenda de Robin Hood... Pero nada de eso fue posible, porque a poco de desprenderse de sus obligaciones laborales, ella cayó enferma. El diagnóstico fue demoledor y la muerte llegó muy rápido, como el filo rotundo de la guillotina.

A Braulio Gador le tiemblan las manos...

Aunque se encuentra muy cerca de los agentes —cómo no estarlo, siendo las dimensiones del cobertizo tan reducidas—, Martín tiene la sensación de que sus voces, y también la de Lorenzo y la de Paulino, le llegan desde muy lejos, tamizadas por una imaginaria tormenta de arena. Solo es capaz de ver, y oír, con nitidez las manos del anciano tamborileando sobre la mesa, marcando el ritmo de las seis palabras que no deja de repetir con un tono firme, inmune incluso a la ebriedad:

—Yo no he hecho nada malo.

«Tío, ¿Hay algo que hemos hecho mal?».

Pero han encontrado la revista, se trata de una de esas modernas cabeceras anglosajonas con vocación internacional y no solo porno en sus contenidos, sino también tendencias masculinas y una dosis residual de cultura. Estaba escondida debajo de una montaña de cañas secas, material para la construcción de nuevas jaulas.

—Cuando Clara murió, el profesor Gador no volvió a levantar cabeza. Empezó a beber. Algunos miembros del AMPA comentaron en las reuniones que lo habían visto tirado en la calle, durmiendo la mona, al borde de la inconsciencia..., y Caivelan es una ciudad pequeña. No podíamos permitir que los niños recibieran ese ejemplo y el colegio decidió intervenir. Le propusimos que viviera aquí a cambio de que nos ayudara en las tareas cotidianas, con la limpieza y el mantenimiento. Aceptó de inmediato, no soportaba la soledad.

Paulino Lupiáñez habla de Braulio Gador como si no estuviera presente, y eso incomoda a Martín, que recuerda el trato infantil de las enfermeras a Anakin y se siente muy cerca del viejo profesor, partícipe de la misma herida: la provocada por el dolor de la pérdida, que nos vuelve invisibles y resta

importancia a todas las cosas.

—Señor Gador, ¿es suya esta revista?

En su creciente confusión, Martín cree reconocer en la pregunta la característica displicencia de la agente Simón.

Le gustaría que el inspector Barriuso increpara al director Lupiáñez por humillar a Gador de esa manera y recriminara a su subordinada su hosco comportamiento, pero no se atreve a sugerirlo y, en lugar de abrir la boca, se dedica a dar rienda suelta a su imaginación.

Clic.

Gador debió de ser sin duda un hombre fuerte, dueño de su atractivo, un auténtico seductor. De hecho, ni siquiera el instinto de destrucción que ha guiado su conducta durante los últimos años ha aniquilado por completo su corpulencia y la elegancia viril de su apostura, como si una porción residual de su espíritu se obstinara en mantenerse a flote, en asistir a su declive con lucidez e imponerse a la suciedad del cobertizo y las estrecheces de la caridad, que cristalizan en su horrible mono azul de «hombre para todo», tan parecido al atuendo de los presidiarios en las películas...

Eso ve Martín en los ojos cristalinos del viejo profesor, que, reaccionando a la pregunta de la agente Simón, se levantan incrédulos y algo torpes.

—No, señorita —responde Gador con una imprevista frialdad—. Esa revista no es mía.

Nadie lo cree.

El inspector Barriuso aparta con delicadeza a la agente Simón y se adelanta al resto de sus hombres, hasta quedar enfrentado a Gador, separado de él únicamente por la mesa sobre la que descansa la revista, abierta por una de las muchas páginas que tiene rotas. Martín permanece unos pasos por detrás, pero incluso desde el lugar que ocupa alcanza a ver los márgenes de la publicación: están cuajados de pequeñas estrellas verdes, idénticas a las del recorte que el inspector guarda en el bolsillo de sus vaqueros. Apenas durante un segundo, su mirada y la de Lorenzo Barriuso, cargadas de complicidad, se cruzan.

—¿Las ha dibujado usted?

Gador calla y Lorenzo insiste con paciencia:

—Díganos la verdad y no le ocurrirá nada. Señor Gador, ¿está seguro de que esta revista no es suya?

La temperatura dentro del cobertizo es altísima y a Martín empieza a resultarle insoportable la congestión ambiental provocada por la sonora presencia de los pájaros, ajenos a la tensión del interrogatorio.

Los gorriones miran como las muñecas.

—Le diré lo que pasará ahora: reconozca o no que la revista le pertenece —continúa Lorenzo fingiendo que el silencio de Gador le es indiferente—. Pediremos a todos los sospechosos muestras de ADN: a los niños, a los padres, al director —al ser mencionado, Paulino Lupiáñez emite un suspiro de disgusto— y a «usted»... Las cotejaremos con las trazas que hemos encontrado en el refugio y que, estoy convencido, también vamos a encontrar en el cuerpo de Alicia Segura. Eso bastará para resolver el misterio. El avance de la ciencia exige de los que investigamos los crímenes una rapidez que a menudo resulta inalcanzable. Nos vuelve inútiles, resta emoción al asunto. Como está visto que no tiene nada que ocultar, espero que colabore con nuestros compañeros de la científica. Por mi parte, si a usted no le apetece hablar conmigo, yo no tengo nada más que decir.

Lorenzo hace ademán de retirarse y la reacción de Gador, más cerca de la resignación que de la ira, no se hace esperar:

—¡No soy imbécil, inspector! Permítame adelantarle la solución al enigma: encontrarán mi ADN por todas partes... ¡Ja! —exclama en un tono teatral comparable al de las grandes glorias del cine británico, con carreras culminadas con el título de caballero—. Las paredes del dichoso refugio estarán pintadas con él..., allí me paso media vida, pero yo no he tocado a la cría, nunca le hubiera hecho daño a Alicia... —Se detiene un instante y oculta su rostro entre las manos, que son grandes y en el pasado debieron acariciar y cuidar muchas veces con un imprevisible afecto. Martín se fija en que todavía lleva la alianza—. Ella solía venir por aquí... Todos vienen, los más listos. Los pájaros les parecen interesantes, también los libros... Nunca bebo el día que sé que van a venir. Podría jurárselo por mi esposa, pero no lo haré, porque no me importa lo más mínimo que me crea. Chloe baila *ballet* y Alicia la imita... siempre les digo a las dos que lo hacen muy bien. ¿Por qué

iba a querer yo lastimar a esos niños? Son lo único que me queda... Cuando terminé de lavar los autobuses, fui al refugio para guardar el material. Estuve allí, no lo negaré, pero fue antes del recreo y cerré la puerta al marcharme, estoy seguro de que la cerré... No había visto esa revista en mi vida.

De repente, la atención de Braulio Gador se desvía del grupo y se concentra en la puerta entreabierta del cobertizo. Su expresión se ilumina y una sonrisa de auxilio, la última bengala de socorro de un barco en apuros, se dibuja en su rostro.

—¡Lucas! ¡Díselo tú! Diles que yo nunca os haría daño.

Recordará más tarde que, guiados por los de Gador, sus ojos, como los del resto, también se dirigieron a la puerta entreabierta, tras la que descubrió a su sobrino paralizado por la impresión de ver tan hundido y borracho al viejo profesor. Sobre lo que ocurrió inmediatamente después, no tiene ni idea y no le queda más remedio que confiar en lo que Lorenzo Barriuso y Natalia Holden le contaron. Y es que hay un vacío. Martín Guidú no sabe cómo abandonó el cobertizo, porque nada más atisbar a Lucas al otro lado de la puerta, le faltó el aire y cayó en redondo.

15:00

Acúfenos

Dos horas antes de resolver el crimen

Acúfeno: «sensación auditiva anormal que no está producida por un estímulo externo».

Abre los ojos en la sala de profesores, eso es lo que lee en el vinilo que rotula el rectángulo de cristal en la parte superior de la puerta. Desde su posición, lo lee del revés y durante un segundo se ve a sí mismo descifrando los letreros identificativos de las ambulancias. Esa misma mañana ha visto una en el jardín. El escenario inusual y lo trágico de los acontecimientos le conferían el atractivo de un animal exótico.

Está solo, con el tabardo y la cámara en el regazo, sentado en un confortable sillón orejero de color sangre. Durante algunos años tuvo uno muy parecido en el estudio. Todavía algo confuso, reconstruyendo no sin cierta dificultad el tiempo inmediatamente anterior en que Natalia y Lorenzo, tras su desmayo en el cobertizo, lo han acompañado hasta allí, observa los objetos que lo rodean, acogedores y caros, iluminados por la luz saturada de las primeras horas de la tarde, que entra por la única ventana de la habitación y se desliza oblicua por el suelo de linóleo: una mesa redonda sobre la que

alguien ha dejado un portátil y un estuche de tela, un perchero en el que destaca, contra la monocromía de las prendas de abrigo, un pañuelo azul, estanterías forrando la pared..., objetos como cuervos volando en círculos delante de él; igual que algunas imágenes de Anakin, no recuerdos, sino fotografías de su hermano, que llevan todo el día «ensuciando» su mente como ruido. La mayoría pertenecen a la colección que heredó de su abuela y podrá tocarlas en cuanto regrese a casa. Se encuentran a salvo en las cajas fechadas con rotulador rojo que atesora bajo la ventana con vistas a la catedral, pero hay otras que físicamente no existen, las últimas: las que él le hizo con el teléfono o con la Fuji y se conformó con subir a las redes sin pensar que un día la idea de tenerlas entre las manos podría suponerle un alivio.

Ahora que Anakin ya no está.

El cáncer, antes incluso de alcanzar las fases más despiadadas, lo apartó del trabajo. Su puesto, le explicaron con amabilidad mientras le ofrecían un bolígrafo para firmar un despido improcedente acompañado de una cuantiosa indemnización, debía ser para alguien que no manifestara ante los clientes y la plantilla ninguna debilidad. Anakin no se quejó. Firmó sin rebelarse. No era hipócrita y durante su carrera en el banco había ocupado en más de una ocasión el lugar del ejecutivo implacable a la hora de deshacerse de algún empleado ya no útil. «Nos lo va a agradecer», le habían dicho dándole palmaditas en la espalda, «se ha ganado disponer por completo de su tiempo».

Un paso más hacia el cadalso.

Martín busca en la galería del iPhone las fotos de Anakin y las repasa sin saber muy bien por qué lo hace ni qué espera encontrar en ellas. Visiona también algunos vídeos cortos con la atención que se dedica a los jeroglíficos y se estremece ante la farsa: la existencia volátil de su hermano dentro de las fotografías, resistente como el plástico.

El pez dorado que se admira en la pecera. Una estela de petróleo en el agua que no se disolverá.

Inevitablemente, deduce, a los padres de Alicia Segura les pasará igual: pronto sentirán la tentación de alejarse de la realidad, donde ya no estará la niña, para perderse en un laberinto audiovisual de salida imposible, dividido en estancias con eco y alta definición, en las que Alicia, como una flor

delicada e incapaz de resistir fuera del invernadero, seguirá con vida y dejará oír su voz para pronunciar diálogos carentes de importancia que Salva y Aurora, sin darse cuenta, memorizarán.

Deberían estar prohibidas las fotografías de los vivos.

Pequeñas estrellas verdes, como las del recorte que le arrebató al cadáver, salpican los márgenes de la revista hallada por los agentes en el cobertizo.

En el enjambre *lo escribió Byung-Chul Han.*

Aquel día, el del despido, Anakin lo visitó en el estudio. Solía dejarse caer por allí sin avisar, con esa falta de tacto que solo se perdona a la familia y a los enfermos (de estas condiciones, él cumplía las dos), y compartir la desidia de Martín entre sesión y sesión bebiendo café con hielo y buscando rarezas en YouTube. Junto al ordenador había un pintalabios. Era de Chanel. Debió olvidárselo alguna de las modelos con las que Anakin se cruzó en el portal. Todas llevaban pantalones cortos, aunque era invierno, y tenían bocas grandes que bien podrían haber sido dibujadas por un artista *art déco*. Cuando Anakin subió y lo abrazó en la puerta, le dijo a Martín que las chicas le habían parecido cigüeñas, «una bandada de enormes cigüeñas a punto de alzar el vuelo».

No tardaron en ponerse a jugar con el carmín, utilizándolo para tatuarse los brazos y el pecho. Martín se dibujó un corazón en el brazo izquierdo y escribió dentro «Jeny» con letras mayúsculas, aunque no conocía a ninguna mujer que se llamara así. Luego se dedicó a grabar la travesura con el teléfono; grabó a Anakin quitándose la corbata y desabrochándose la camisa blanca, mirando de vez en cuando a la cámara con la picardía de un chaperero y haciéndole una petición:

—«Un paso más hacia el cadalso», *escribemelo. Escribemelo y grábame luego.*

Aquel día lo habían despedido...

Sentado en el sillón orejero de la sala de profesores, Martín ve el vídeo una y otra vez, hasta que escucha voces en el pasillo.

En su móvil no hay señales de Inés. Ningún mensaje, ni una sola llamada perdida.

—Ya estamos aquí.

Lorenzo Barriuso mantiene abierta la puerta de la sala de profesores e invita a Natalia Holden a pasar primero. En las mejillas de ambos, Martín detecta cierto rubor, el síntoma, la consecuencia de una actividad física intensa y placentera, un ardor saludable que debe contrastar con su palidez natural, acentuada por el vahído del que acaba de reponerse. Los dos van cargados con sendas bolsas de plástico, que dejan sobre la mesa y de las que empiezan a sacar los bártulos necesarios para comer. Martín sigue sus movimientos desde el sillón con curiosidad. El inspector y la profesora, en medio de la sordidez que pringa el colegio tras la comisión del crimen, a duras penas logran disimular la alegría inherente a los primeros pasos del cortejo.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunta Lorenzo sin levantar la mirada, inmerso en la tarea de disponer armónicamente los platos y los cubiertos de plástico y las servilletas de papel—. Nos has dado un buen susto.

—Más te vale tener hambre, porque hemos comprado un pollo. —Natalia sonríe a Martín mientras levanta con gesto triunfal un recipiente metalizado de usar y tirar del que se escapa un apetitoso aroma—. Ha sido idea de Lorenzo, con la moto nos hemos acercado al asador del área de servicio en un santiamén —explica rematando la frase con un escandaloso estornudo.

—Me gusta el pollo y sí, me encuentro mejor. Disculpad el espectáculo —responde Martín Guidú poniéndose de pie y sorprendiéndose con la irrupción en su estómago de un incipiente apetito—. ¿Qué más me he perdido? ¿Dónde están los niños?

—Los niños están bien. —Lorenzo separa una de las sillas e invita a Martín con un gesto—. Venga, ven a sentarte. Los demás están en el comedor, aprovechando el menú de hoy, que las cocineras ya tenían listo. Hubiera sido una pena desperdiciarlo. Fran se ha llevado a Kinde y a Lucas, de hecho, vino a buscarlos al parque infantil, por eso Lucas se acercó al cobertizo, para avisarnos de que se marchaban con él... No escuchó nada, Martín. Cuando tú lo descubriste en la puerta, acababa de llegar.

—La culpa es mía. —Antes de sentarse ella también, Natalia se deshace la coleta y vuelve a hacérsela de nuevo más tensa, recogiendo algunos mechones rebeldes, casi más plateados que rubios, que han escapado de la

goma roja con la agitación de los últimos acontecimientos—. No reaccioné lo suficientemente rápido como para detenerlo e ir a avisaros yo.

—¿Muslo o pechuga?

Una melodía agradable, compuesta por los ruidos familiares que provoca el servicio de la comida, llena los breves intervalos de silencio entre los tres, vacíos que Martín aprovecha para recrearse en la concentración del inspector, que parece disfrutar en su papel de maestro de ceremonias.

—¿Más salsa?

—No, gracias.

—¿Patatas?

—Sí, patatas sí.

—¿Y un poquito de ensaladita? Va, aunque solo sea un poquito. ¡No me apartes el plato todavía!

Un, dos, tres, un, dos, tres, bailemos un vals de preguntas y respuestas.

A Martín el peculiar perfil del inspector Lorenzo Barriuso, que utiliza sin apuro los diminutivos y los combina con su afición al boxeo y la manía de morderse las uñas, le provoca emociones encontradas porque, a pesar de aborrecer su exceso de empatía, intuye que lo está juzgando con una simpleza injusta, de la que más adelante se arrepentirá.

—Y nosotros, ¿por qué no estamos con los demás? ¿Qué hacemos aquí?

—He pensado que quedarnos los tres solos durante un rato, sin sobresaltos ni novedades, podría resultar productivo. En una investigación de estas características es tan importante avanzar como ser capaz de sintetizar la información e ir alcanzando conclusiones. —Lorenzo deposita con lentitud el hueso repeladísimo de un ala en el borde de su plato—. Se trata de recapitular.

Martín da un sorbo a su Coca-cola Zero y comenta:

—«Recapitular»... Esa palabra le encanta a Inés. Siempre lo «recapitula» todo.

—¿Quién es Inés? —se interesa Natalia.

—Es mi novia, creí que ya os lo había dicho.

—No...

—Es muy guapa —apunta Lorenzo dirigiéndose a Natalia—. Yo la he visto en su Instagram. Te la voy a enseñar.

Habitado a mencionarla a menudo, Martín se sorprende al comprobar que, si bien ha pensado en ella de forma recurrente a lo largo de la jornada, esa es la primera vez que la nombra. Inés. También en eso este día es diferente al resto.

Inés, Inés, Inés...

Se ha acostumbrado a repetir su nombre como si se tratara de una tabla salvavidas de la que —lo sabe de sobra— no debe soltarse, a pesar de las continuas rebeliones de su instinto, que lo anima a dejarse llevar por la corriente y vagar a vida o muerte, a la deriva. Que ella exista, como un refugio al que volver, lo mantiene en equilibrio.

Otra inseguridad que tampoco compartirás, neutralizada por los muros que aíslan el colegio y que, tal vez sí, permanecen encantados desde hace décadas.

—De acuerdo —*dices zanjando el peligroso desvío que ha tomado la conversación*—. «Recapitulemos», pero con la condición de que pueda fumar.

No han encontrado la llave.

La cortesía de Lorenzo Barriuso carece de límites. Utilizando un plato como bandeja y tras recoger los escasos desperdicios que han quedado después de que se hayan comido el pollo entero, el inspector sale al pasillo, donde está instalada la máquina de café, y regresa con cuatro vasos minúsculos; de tres de ellos asoman tres palitos de plástico transparente y tres hilillos de humo. El cuarto parece vacío.

—Te lo he traído como cenicero, tiene un poco de agua.

—Gracias, así pensaré mejor.

—También hay chocolate, hemos comprado una tableta —añade Natalia—, puro al 80 por cien.

—Tanta amabilidad me abruma.

Martín exagera sin malicia y, en lo que tarda en liarse un cigarro, el inspector saca del bolsillo interior de su cazadora un cuaderno de tapas negras cerrado por una goma elástica y no más grande que una cajetilla de

tabaco.

—Aquí lo tengo todo —Lorenzo sonríe enigmático y, tensando la goma, la hace chocar contra la cubierta reclamando la atención de sus dos compañeros—, repasaremos lo que hemos descubierto e intentaremos comprender el hecho más significativo.

— Y cuál es el hecho más significativo? —pregunta Martín.

—El hecho más significativo es que no hemos encontrado la llave.

— Qu  llave?

—Eso ahora te lo explico, ha sucedido mientras te recuperabas de tu desvanecimiento, pero es fundamental. Estad atentos, porque voy a empezar.

Las latas de Coca-cola han dejado marcas circulares, casi invisibles, en la superficie impoluta de la mesa —*Burbujas, Globos y Espumas, las esferas de Sloterdijk*—, y Natalia y Martín, obedientes, disfrutando del chocolate y el café, escuchan a Lorenzo en silencio, como si formaran parte de un grupo de estudio universitario y para ellos no hubiera otra cosa más importante en el mundo que el contenido de su inminente examen. No han encendido los halógenos del techo ni la lámpara de pie con aspecto de haber sido rescatada del gabinete de un acupuntor chino, y la luz que llega del jardín, superada esa hora inmediata al mediodía en que parece de fuego, se ha vuelto azul.

—Mientras nosotros asistíamos al interrogatorio de Gador y al registro del cobertizo, mi equipo ha comprobado con la seguridad privada del centro que la cámara que graba el refugio, tal y como suponíamos, est  pendiente de reparación. Lleva más de 48 horas rota. En la cinta no había ni una sola imagen..., estaba vacía, y el seguimiento de los vídeos nunca ha sido una prioridad para los vigilantes, su utilidad era más bien disuasoria, así que no podemos ver quién ha entrado en el refugio a lo largo del día ni confirmar la declaración de Braulio, que asegura que cuando bajó para guardar el material de limpieza antes del recreo cerr  la puerta al salir. Por otra parte, y aunque esto no lo sabremos con total seguridad hasta contar con el informe de la autopsia, el forense, tras un primer análisis del cuerpo de la niña, cree que, a, Alicia Segura murió asfixiada, aunque no presenta en el cuello marcas de estrangulamiento, y, b, no fue violada ni forzada físicamente..., si exceptuamos las petequias en las mejillas, como consecuencia del ahogamiento, y las pruebas visibles incluso para un iniciado de que la cría había estado llorando, no hay en el cadáver ninguna otra muestra de

violencia. —Lorenzo hace un alto, sonrío y apura su café antes de preguntar:

—¿Claro hasta aquí?

—Cristalino —confirma Martín, que ha terminado de fumar y se arrellana en su asiento buscando la postura más cómoda—. No sabía que las «petequias» se llamaban así...

—Yo tampoco. —La voz de Natalia suena más débil y los dos hombres saben por qué.

—Tú la encontraste y, de todos los que permanecemos en el colegio, exceptuando sus padres, que están fuera de juego, eres la que mejor la conocías. Por eso quería que estuvieras aquí. —A Martín no le extraña que Lorenzo acompañe sus palabras con el gesto cariñoso de cubrir con su mano grande y sin uñas la de ella, blanca y mucho más pequeña, aunque experimenta una visceral envidia; le da rabia no poder participar de ese juego que ha surgido entre los dos de forma espontánea, no pretendida, y que transcurre paralelo al dolor—. Pero no te sientas obligada a quedarte si esto se te hace demasiado duro.

—No, continúa, quiero quedarme. Me gusta estar con vosotros.

—Vale... Vamos a ver. —Lorenzo desliza los dedos por las notas escritas en las páginas de papel reciclado de su cuaderno—. En cuanto a la revista, Martín, ya le he hablado a Natalia de tu hallazgo en la escena. Las estrellas verdes del recorte son iguales a las que aparecen en los márgenes de la publicación que Gador se niega a reconocer. Insiste en que la revista no es suya y, atención, que aquí viene lo importante, «el hecho más significativo»: insiste también, ya no solo en que cerró el refugio al marcharse aunque luego, al ir a buscar a Alicia, Natalia se lo encontrara abierto, sino en que, además, no es la primera vez que le ocurre.

—¿Que le ocurre el qué?

—Eso: estar convencido de que lo cerró y encontrárselo abierto después... —Lorenzo hace una pausa de efecto—. Le preguntamos a Gador dónde guardaba la llave del refugio y nos señaló la botella vacía de vodka más cercana al jergón, pero la llave no estaba allí. Miramos en todas las botellas. Y la llave no estaba. Por el momento sigue sin aparecer. Es un misterio.

—¿Y si Braulio ha mentido y se ha deshecho de la llave? —sugiere Natalia.

Los borrachos siempre dicen la verdad. Dilo, Martín.

—No lo creo, los borrachos siempre dicen la verdad.

—¿Y cuál es tu teoría?

Martín arquea las cejas. No tiene ninguna, pero de repente, cuando se yergue y apoya los codos en la mesa, dispuesto a subrayar taxativo su ausencia de aptitudes para la investigación criminal, se escucha decir:

—¿Y si han robado la llave? Es más, ¿y si quien la ha robado es la misma persona que ha roto la cámara y ha dejado a propósito la revista en el cobertizo, para desviar las sospechas y centrarlas en el pobre anciano? A Gador no le pega nada ese tipo de «literatura» tan siglo XXI. Él, por sus modales, podría haber viajado hasta aquí desde el XIX. Ese tipo de revista, Lorenzo... Nos pega más a ti o a mí.

Podría ser.

—Lo que dices tiene sentido, voy a por otro café. —Lorenzo se levanta pensativo y se detiene antes de alcanzar la puerta—. Pero si fuera así, si alguien hubiera hecho todo eso, tendríamos que abandonar la idea de la no premeditación del crimen, y me cuesta renunciar a ella, porque soy incapaz de imaginar un móvil. ¿Quién podría tener una razón para matar a una niña de siete años?

—Todos podrían, tú me lo dijiste, inspector. Incluso sus compañeros de clase. —Martín no da crédito a su propio escepticismo.

—Cuando estuve de Erasmus en Turín estudiando psicología —interviene Natalia, que se ha acercado a la ventana y les da la espalda, contemplando el jardín desierto—, compartía piso con una amiga, vivíamos en el centro y casi a diario, de camino a un bar mugriento que nos gustaba en los alrededores de la Piazza San Carlo, cruzábamos el Giardino Sambuy. No era muy grande y, en nuestro afán de etiquetarlo todo, de hacer perfiles, lo llamábamos el jardín de los sospechosos. Los que transitaban por allí, los viejos jubilados, los vagabundos, los turistas despistados que salían aturdidos de la estación de Porta Nuova... Todos parecían cargar con la responsabilidad de alguna acción inconfesable, de un secreto. Eso es lo que nos pasa también a nosotros.

—Vaya... —susurra Martín, a quien la anécdota le produce un ligero temblor—. Yo nunca he estado en Turín. ¿Y tú, Lorenzo?

—Yo tampoco, pero podríamos ir cuando acabe todo esto.

Martín, ¿cuál es el tuyo? ¿Cuál es tu secreto?

Tú eres el único que sabes que los niños ocultan algo.

*¿No deberías compartir con Natalia y Lorenzo la confesión de Lucas?
«Sí, tío, algo hemos hecho».*

No, aún no. Existe una jerarquía no escrita para la lealtad y se ha despertado en ti la necesidad de despejar la incógnita antes que nadie. Quieres llegar el primero y respetas el desorden de tus pensamientos: recuerdas en gran angular la sonrisa torcida

de Bruno Arenas, esa misma mañana en el apeadero; la exagerada afabilidad de Fran cuando has llegado al colegio; la soberbia de Chloe Antón, ajena por completo a la mirada insana de su padre, y la actitud soberbia de Carlos y Alfredo, que se relacionan con los demás con la misma aprensión que nos provocan los insectos. Tú no soportas las cucarachas. Las negras, aún, aún; las marrones, menos. Las marrones vuelan. Sin embargo, es después de esta imagen nauseabunda cuando lo ves. El mismo mecanismo de la razón, en apariencia incomprensible, que ha devuelto a Natalia al jardín de los sospechosos te conduce al alféizar de la ventana de la clase donde la profesora, siguiendo tus instrucciones durante el taller, ha colocado las dos cajas para las fotos: una caja azul y una caja negra.

Todos escondemos algo.

—Todavía no hemos echado un vistazo a las Polaroid.

16:00

La caja negra

Una hora antes de resolver el crimen

Vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Se le ocurrió a Leibniz.

Hoy, no es verdad.

La fotografía, desde aquella noche en la que sorprendiste a tu padre llorando en el sofá, delante de la televisión y disparaste la Polaroid, ha sido tu excusa para mirar «donde no se mira»; un lenguaje complementario e instintivo, que ha acudido en tu ayuda ante lo que no sabías explicar, cuando no sabías qué decir. Al dominarla, te consideras un ser afortunado y compadeces a quienes no disponen, como tú, de un arma secreta, porque un solo idioma resulta insuficiente.

Falta una hora para las cinco. Si no hubiera pasado nada, a las cinco, terminada la jornada especial para padres del grupo con altas capacidades, Martín Guidú habría acompañado a casa a sus sobrinos atravesando el bosquecillo, por la senda que comunica el Ítaca con el apeadero, y soportando estoicamente los tres traspados que separan el centro privado de la urbanización de lujo donde Kinde y Lucas residen con su madre. Lucas

habría adelantado el nombre de cada una de las paradas de metro y, estimulado por su hermano, habría calculado la velocidad del tren. Mientras tanto, Martín habría aprovechado el trayecto para subir a Instagram, a Twitter y a Facebook dos o tres fotos que le revelaran el significado de su paso por el colegio. Nada convencional, más bien algo simbólico: quizás un gato negro, despistado, repantingado en un columpio, o un fragmento del follaje ampliado hasta quedar convertido en una abstracta lluvia de manchas, que habría titulado *Esencia de espesura*.

Hay que ser cuidadoso con los títulos.

Una urna de metacrilato con varios papelitos de colores dentro preside la mesa frente al proyector. La charla de Luis Antón ha versado sobre los procesos electorales. Huele a «humanidad», a demasiada energía concentrada y nerviosismo. *Huele a «deficio»*. Son las cuatro y tres minutos cuando el inspector Lorenzo Barriuso, Natalia Holden y Martín Guidú entran en el aula silenciosa y sumida en la penumbra. Martín lo comprueba en el reloj que cuelga sobre la pizarra, donde la fórmula matemática que los ha recibido a primera hora ha dejado paso a complejas líneas de programación, probables secuelas del taller de *software* que ha dado Carlos. Y el gesto casi mecánico de consultar el reloj le devuelve la imagen de Aurora, que un rato antes, ya nerviosa por la ausencia de su hija y su marido tras el descanso de media mañana, ha asistido al avance lento pero implacable del segundero sin saber que no se hallaba ante un momento fugaz de angustia, sino en el principio del tiempo sin Alicia.

Igual que Martín se halla en el principio del tiempo sin Anakin.

Una pista de atletismo con las gradas vacías y la obligación de correr. Una sensación constante de extenuación.

Nadie, hasta que Martín ha caído en la cuenta durante la sobremesa, le había comentado a Lorenzo Barriuso el ejercicio con las Polaroid; nadie le había mencionado la existencia de las fotografías con modelo consciente ni, por supuesto, la existencia de las fotografías «espía». Pero allí están. Las dos cajas que las contienen: la caja azul y la caja negra. Ambas continúan intactas en el alféizar de la ventana, como si se hubieran vuelto invisibles a los ojos de los demás y hubieran aguardado con paciencia el instante propicio para mostrarse ante los ojos adecuados, envueltas en un halo de promesa.

—Démonos prisa —los apremia Natalia, que se sabe el horario de

memoria—. A y cuarto subirán todos para el último taller, el de anatomía, de Alfredo Arenas.

Obediente y sugestionado por su propia reflexión, basada en la idea de que tal vez los niños hayan utilizado las cámaras para expresar lo que jamás se atreverían a reconocer de forma explícita, Martín da unos pasos hacia la caja azul y saca una veintena de fotografías que se ajustan al característico diseño cuadrado de la marca de revelado instantáneo. Lorenzo hace lo mismo pero con la caja negra. Siguiendo las instrucciones de Martín y con la ayuda de rotuladores permanentes, padres e hijos han escrito detrás de cada imagen un posible título, el nombre del fotógrafo y el del modelo.

Lucas y Leo se abrazan para Fran, que está detrás del objetivo en *Los mejores amigos del mundo*.

Carlos y Tomás fingen consultar una de las tabletas en una foto que Alicia titula *Cerebritos*.

Alicia y Chloe miran sonrientes a Natalia en *Flores*.

En *Padres*, Bruno inmortaliza a Luis Antón y Alfredo Arenas, sentados juntos con los codos apoyados en los pupitres, encorsetados en una formalidad que se proyecta sobre sus teléfonos móviles de última generación al alcance de la mano, como pistolas listas para dispararse en un duelo.

Leo llama *Familia* al retrato de Alicia de pie entre Salva y Aurora; y *El vínculo* a la fotografía que toma de Lucas con Martín, enfrentados el uno al otro, cada uno con una máquina Polaroid en posición de clic inminente, imagen en la que Martín se entretiene un poco más para retroceder hasta esos últimos minutos en los que él ya sabía, y Lucas todavía no, que Anakin había muerto.

A Leo le gustan las palabras y se le nota.

A Martín, adoptar actitudes teatrales cuando le toca posar, parapetarse en el artificio.

La exposición es peligrosa, aunque en el fondo es la percepción humana la que dota de complejidad el hecho creativo, que en sí adolece de una miserable simpleza.

Todo se reduce a gente en las fotos.

Y, sin embargo, cada una de ellas encierra un mundo, suspende la trama, congela el río y nos permite caminar sobre el hielo.

—Está todo aquí, pero no somos capaces de verlo...

Martín piensa en voz alta y se dispone a iniciar la segunda revisión del contenido de la caja azul cuando lo detiene el comentario de Lorenzo:

—O a lo mejor sí...

El inspector Barriuso devuelve todas las fotografías menos una a la caja negra y, levantando la mano con que la sostiene en un gesto espontáneo de triunfo, se gira hacia Natalia y Martín para enseñarles, en primer lugar, la información que aparece al dorso:

Título: *Como siempre*

Sujeto de la foto espía: Luis Antón

Fotógrafa: Chloe Antón

—Déjanos verla —pide Natalia.

—Así sea —acepta Lorenzo acentuando adrede, hasta el paroxismo, sus encantos de galán cinematográfico—. Tus deseos son órdenes para mí. —Y con una lentitud digna de irritar a un perezoso, le da la vuelta a la Polaroid—. ¡Equilicué!

La mayoría de las cámaras de este siglo ofrece la opción de hacer visible una cuadrícula guía para ceñirse a la regla de los tercios, cuya utilidad consiste en ayudar, no tanto al profesional como al iniciado, a distribuir los elementos de forma equilibrada dentro del cuadro para que la composición definitiva resulte lo más agradable posible a la vista. Esta es una de las enseñanzas básicas que recibe todo aquel que se aventura a estudiar fotografía por fascículos.

Pero la realidad no respeta ninguna proporción.

Tiende al desequilibrio.

Y, aunque Martín Guidú es partidario de conocer las normas solo para poder saltárselas, lo primero que le llama la atención en la foto de Chloe es que la regla de los tercios se cumple a rajatabla, juraría que con una precisión casi matemática.

Vaya por Dios... un don natural.

Ese es el motivo de que Luis Antón, retratado en escorzo, en medio del ajetreo suscitado en la clase por la práctica, aparezca a la derecha de la imagen, con semblante distraído e implicación nula en la actividad propuesta, y que la tarea que desempeña ocupe parcialmente el centro de la fotografía: está dibujando «como siempre» estrellas verdes, esta vez en el bloc de notas que le han entregado al inicio de la jornada, con el logotipo del Ítaca estampado en la esquina superior derecha.

Menuda coincidencia...

No, Martín, las coincidencias no existen.

Lorenzo Barriuso saca del bolsillo de sus vaqueros el recorte de revista y lo desdobra con cuidado. Ya lo ha plegado y desplegado tanto, que marcas horizontales y verticales profundas surcan los márgenes y la voluptuosa silueta de la falsa modelo sicalíptica. Aun así, los tres amigos (a estas alturas, y después de lo mucho que han vivido juntos en tiempo récord, ya podemos regalarles ese nombre), tras cotejar la foto con el recorte, llegan a la misma conclusión: las estrellas de la revista y las del bloc de notas han sido dibujadas con trazos iguales, y el color también coincide. Comparten autoría.

—¿Esto significa que Luis es el asesino? —El tono en que Natalia formula la pregunta rezuma incredulidad.

Lorenzo, que desde su posición vigila la puerta del aula, se lleva el índice a los labios y, con una leve inclinación de cabeza, invita a que los otros dos se den la vuelta. Alguien entra.

—¡Hola! —A Leo le alegra de veras el encuentro—. Ya subimos —dice mientras se dirige a su sitio con parsimonia y se sienta para hojear uno de los atlas de anatomía que Natalia ha repartido por las mesas—. Solo queda un taller.

Natalia, Martín y Lorenzo, torpes, levantan sus manos en señal de saludo. Martín se estremece. La frialdad de Leo, la calma en su comportamiento, le recuerdan a Lucas en el parque infantil, jugando despreocupadamente, con su doble pena apartada, aislada en un rincón; fácil de olvidar y manejable como un objeto portátil (la pena como un libro, un paraguas o un abanico), un objeto que pudiera dejarse en la entrada de la casa al inicio de la fiesta y recogerse después, llegado el momento de marcharse y decir adiós. A él también le gustaría ser capaz de hacer eso, pero no puede. Le asusta demasiado lo que vendrá a continuación, cuando logre por fin romper el

hechizo y abandonar el jardín desterrando el absurdo temor a que ya no haya mundo *más allá de los muros del antiguo convento*. Sabe que tampoco entonces podrá descansar: será el turno del recuerdo de Anakin, que se entrometerá en su rutina, una gotera incómoda e inquisitiva, lenta pero infalible, con la cadencia desquiciante de un metrónomo que nunca se detendrá.

«¿Esto significa que Luis es el asesino?», se repite interrumpiendo sus divagaciones y recuperando la pregunta de Natalia para entender lo que el inspector Barriuso masculla entre dientes:

—No, esto solo significa que la revista le pertenece.

—¿Cómo te quedaste sordo? —pregunta Martín.

—Fue un golpe zurdo —responde Lorenzo, a quien no parece molestarle que hayan llegado hasta el fotógrafo los rumores acerca de su sordera.

—Eso ya me lo han dicho, esperaba que me ampliaras la información, que profundizaras un poco en la idiosincrasia de TrueDetective81.

Están en la planta baja, en el enorme comedor de techo altísimo, habilitado para acoger al alumnado completo del Ítaca y abierto al jardín, porque una de sus paredes es de cristal. No hay nadie con ellos, solo han traído consigo la caja negra, y, a la espera de que la agente Simón acompañe a Luis Antón hasta allí, Martín y Lorenzo, diminutos e insignificantes entre un centenar de mesas y casi un millar de sillas, se sienten imbuidos por un espíritu de catedral medieval, aunque el diseño del mobiliario es más bien setentero, basado en un exceso de apliques de plástico lacado en marrón y plafones anaranjados para ocultar las bombillas.

—Fue durante un combate hace ya algunos años, nadie tuvo la culpa excepto yo, se cumplieron las reglas. —Mientras Lorenzo habla y se encoge de hombros, Martín adivina que deben pedirle con frecuencia que cuente su historia—. Nada más... No estuve lo bastante alerta. Aprendí la lección.

—Pero no llevas audífono.

—No cuando me encargo de una investigación. También aprendí otra cosa: en este trabajo, a veces es mejor no escuchar o, en cualquier caso, que el otro piense que no escuchas. Oír a medias es una sensación desagradable

pero eficaz, como estar al mismo tiempo admirando el Gran Cañón al aire libre y asfixiándote sin escapatoria en el fondo de un pozo con filtraciones. No sé explicarme mejor.

—Te has explicado muy bien.

—Son los acúfenos. —Lorenzo adopta el talante didáctico del médico que alecciona al paciente.

—Ajá... —pero Martín, perseguido por sus propios «acúfenos», de carácter no auditivo, no lo anima a explayarse más.

—Mira, ahí vienen. —Sentados juntos frente a la puerta corredera que comunica el comedor con una de las galerías interiores, Lorenzo Barriuso y Martín Guidú imitan sin pretenderlo la postura de los jurados de famosos en los *talent shows*, preparados para recibir al artista. Así ven como la agente Simón y Luis Antón, que continúa con la americana puesta y lleva las manos en los bolsillos en una actitud pretendidamente despreocupada, cargada de insolencia, entran en el comedor mirando el suelo y se aproximan a la mesa donde ellos esperan—. ¿Sabes lo que me gustaría? —insinúa Lorenzo, aprovechando sus últimos segundos de confidencias—. Que de verdad viajáramos los tres juntos a Turín algún día. Después del Museo Egipcio de El Cairo, el suyo es el más importante. La invención del boxeo se atribuye a los egipcios y a los etíopes... Pero bueno, ya lo hablaremos.

¿No podría ser este, Martín, El País de las Maravillas?

A los etíopes...

Kinde significa «fuerte como un brazo».

Por algo será.

Para recibir a Luis, se ponen de pie y le tienden la mano. Luis no rechaza el saludo, pero comenta con ironía la presencia de Martín Guidú:

—¿Ahora además de fotógrafo también eres detective?

—Hemos considerado oportuno contar con el señor Guidú en esta conversación, dado que el contenido tiene que ver, en cierto modo, con los resultados del taller que ha impartido esta misma mañana y en el que usted ha participado con su hija —explica Lorenzo, frenando el conato de conflicto—. ¿Quiere sentarse, por favor? Esto solo nos llevará unos minutos. Agente, puede irse, gracias.

—Inspector... ¿Hablamos un momento? Hay algo...

Lorenzo sigue a la agente Simón hasta la galería y Martín permanece frente a Luis Antón. Los dos hombres apoyan los antebrazos en la mesa de conglomerado. Los separa la caja negra.

—¿De qué va esto?

Martín miente y arquea las cejas para dar a entender que también está en la inopia.

—Ahora lo veremos.

Luis no le cree. En su rostro ceroso se dibuja una sonrisa de suficiencia.

Ojalá supiera leer los labios. Siente curiosidad por lo que le ha contado la agente Simón a Lorenzo Barriuso porque, aunque el semblante del inspector apenas se ha inmutado durante la conversación con la mujer policía, Martín sí ha detectado un particular brillo en los ojos castaños y grandes de su amigo, que son el rasgo más expresivo de su rostro, y esa satisfacción contenida, rubricada por un par de mordisquitos a la cutícula del pulgar derecho, lo ha alertado. Por desgracia, para salir de dudas tendrá que ser paciente y esperar a que el interrogatorio a Luis Antón haya concluido. Entonces volverán a quedarse solos.

Cuando Lorenzo regresa a su lado, se disculpa por la interrupción y va directo al grano:

—Hemos estado echando un vistazo a las fotografías espía que se han tomado en el taller de retrato esta misma mañana, poco antes de que se cometiera el asesinato de Alicia Segura, y necesitamos que nos confirme si es usted quien aparece en esta imagen, señor Antón. —Lorenzo saca de la caja negra la Polaroid en la que Luis Antón dibuja estrellas verdes y señala su escorzo sin avergonzarse de la maltrecha uña de su índice.

—Pues claro que soy yo —asiente Luis Antón, resuelto y en absoluto intimidado—. ¿No lo ha dejado mi hija escrito por detrás?

—¿Había visto ya la fotografía?

—Sí, Chloe me la ha enseñado antes de bajarnos al jardín y no me ha quedado más remedio que darle la enhorabuena. —Luis, que se ha estado dirigiendo al inspector, desvía súbitamente su atención e interpela a Martín

—. Respetar al milímetro la regla de los tercios, ¿no crees?

—Al milímetro, eso es, tienes toda la razón. Me ha sorprendido mucho.

—Es que este invierno nos apuntamos a un curso *online*.

Martín recibe una patada de Lorenzo por debajo de la mesa.

—¿Y por qué cree que su hija la ha titulado *Como siempre*?

—Ella dice que mis garabatos están por toda la casa, en la primera servilleta del montón, en las notas adhesivas de la nevera..., pero yo los hago sin darme cuenta, es un acto mecánico, algo muy común. —Luis Antón se pasa la mano por su espesa y engominada pelambreira morena, más apropiada para un cantante latino que para un asesor de comunicación política, cruza los brazos sobre el pecho y toma impulso para empujar su silla hasta levantar las patas delanteras y quedar sostenido únicamente por las de atrás—. No puedo estar quieto.

Cuando su madre murió, se acentuó el umbral de peligro en el padre de Martín. El gesto de Luis se lo recuerda. Se ve a sí mismo junto a Anakin, atendiendo a la llamada paterna de precaución: corrigiendo la postura de la silla, limitándose a jugar en la orilla de la playa, rechazando invitaciones a marchas y excursiones que implicaban pasar más de una noche fuera... También en estas cuitas, Anakin fue más listo. Aprendió a esquivarlas con rapidez. Mentía, ponía excusas, se compinchaba con compañeros del instituto que lo encubrían... Y Martín, que conocía sus tretas, acababa sufriendo por los dos: por el padre engañado y por el hermano que debía volver a una hora determinada para evitar que el engaño fuera descubierto.

No quieres recordar, pero recuerdas.

Y tu infancia se mezcla con la infancia truncada de Alicia Segura en esta tarde rojiza y casi mágica en la que flota suspendido el comedor.

—Y estos «garabatos», señor Antón, ¿también son suyos?

Lorenzo se encarga de nuevo de desplegar el recorte de revista junto a la fotografía. Y al sonido crujiente del papel al desdoblarse le sobreviene un silencio en el que la expresión de Luis Antón sufre una profunda transformación.

—¿De dónde lo han sacado? —pregunta con voz trémula.

—Limítese a decirnos si lo reconoce, por favor.

Martín adivina en el cuerpo delgado de Luis el avance del sudor frío, que,

en ese instante, le empapa las axilas, la nuca, el pecho, la frente y las palmas de las manos temblorosas, que buscan tocar a la modelo de las medias en los tobillos, como si el contacto físico con la prueba fuera necesario para cerciorarse de que lo que está viviendo es real y no una desagradable pesadilla. Adivina el nudo en la garganta y el desvalimiento repentino, producto del abandono en bloque de sus fuerzas. Se fija en su camisa blanca, como la que él lleva, y también cara, pero traslúcida, tal vez algo amarillenta en el cuello y en los puños por culpa de un repetido mal lavado. Detecta en su pérdida de compostura la limpieza sucia de los cocainómanos con dinero, cuya templanza aparenta la solidez de un muro de hormigón y es, sin embargo, tan frágil como un castillo de arena. Y, al final de su inspección, Martín busca instrucciones en la mirada de Lorenzo, que parece decirle «espera un poco más, no digas nada, él reaccionará».

—Lo que no entiendo es cómo ha podido llegar hasta aquí...

Todavía demasiado compungido para explicarse mejor, saca un pañuelo de tela, en el que se distinguen sus iniciales bordadas con hilo carmesí, y se seca las sienes y las comisuras de los labios. Después, continúa hablando en un tono menos insolente y más sumiso, como si le hubieran obligado a quedarse desnudo en el centro de la habitación:

—La madre de Chloe y yo estamos separados. Hace un par de meses, me mudé a un apartamento. Mi hija viene un fin de semana de cada dos, el resto del tiempo lo paso solo. Me gustan este tipo de revistas, pero eso no es ningún delito.

—¿La reconoce entonces? —insiste Lorenzo.

—Sí... Está claro que esas estrellas las he dibujado yo —confirma Luis, perplejo ante su propia respuesta—. Pero, insisto, no sé qué hacía ese trozo de papel en su bolsillo... ¿De dónde lo ha sacado?

A Martín le entran ganas de interrogar a Luis acerca de las razones de su separación —quién sabe si guardarán alguna relación con las miradas poco paternas que le ha dedicado a Chloe mientras ella dejaba clara su intención de ser bailarina durante el taller de fotografía—, aunque finalmente decide no seguir ese camino; cree que Luis no miente.

Incluso los cretinos dicen a veces la verdad.

—¿Y si Chloe hubiera descubierto las revistas en tu piso? —sugiere Martín—. ¿Es posible?

Luis frunce el ceño valorando la hipótesis que Lorenzo se apresura a reforzar.

—En ese caso, señor Antón, Chloe podría habérsela quitado sin que usted se diera cuenta y haberla traído al colegio. ¿Lo ve factible?

El hombre abatido y avergonzado que duda frente a ellos nada tiene que ver con el estirado aprendiz de *playboy* que ha entrado en el comedor acompañando a la agente Simón. Este Luis Antón tiene los ojos húmedos y a duras penas consigue articular una respuesta coherente.

—No soy muy cuidadoso, así que sí... Es posible que las viera... Pero eso deberían preguntárselo a ella.

No es solo un asesinato.

Lorenzo habla por teléfono con Natalia, que sigue en el taller de anatomía, y le pide que traiga a los niños al comedor: a Chloe, porque su padre ha consentido que sea interrogada siempre que él permanezca con ella; y a Lucas, porque Martín, sin dar demasiadas explicaciones, se lo ha sugerido.

—Hay algo más —se aventura a compartir con Lorenzo Martín Guidú, que analiza los acontecimientos sobre el telón de fondo de la intrigante confesión de su sobrino—. Es como si se hubieran puesto de acuerdo, como si todos bailaran una coreografía.

Intercambian opiniones aprovechando el permiso que el inspector Barriuso le concede a Luis Antón para acercarse a la barra de bufé, donde todavía quedan algunas botellas de agua mineral. A la dócil consulta de Luis —«¿Puedo beber un poco de agua?»—, Lorenzo accede magnánimo: «Vaya tranquilo»; y Martín experimenta en secreto un placer que no le es desconocido, porque ya lo ha paladeado antes, y del que se avergüenza: ver humillado a alguien que le produce repulsión.

La policía ha analizado las grabaciones de las cámaras aún operativas, instaladas estratégicamente en el jardín, pero no ha tenido demasiado éxito. «Quien ha conducido a Alicia Segura hasta el refugio es un especialista en puntos ciegos y distracciones», así se ha explicado la agente Simón ante el inspector Barriuso. Son muchos los rastros que, entre las 11:00 y las 11:30 de

esa mañana, se diluyen en el área de la cámara rota, donde el seguimiento resulta imposible.

—¿Qué quieres decir? —Lorenzo cuestiona la opinión de Martín—. No estamos en el Orient Express.

—Agatha Christie me encanta, pero hablando en serio: a lo mejor me equivoco, tú eres el investigador experto, yo solo hago fotografías...

—Muy buenas, por cierto.

—Sí, eso es verdad, gracias de nuevo por tu incondicional fanatismo, son muy buenas, pero lo que estamos haciendo aquí es investigar un crimen. Para mí es la primera vez, por lo que confío en que no tengas mi opinión demasiado en cuenta. Creo que no solo estamos persiguiendo a un asesino... En la revista de Luis que encontramos en el cobertizo había más páginas rotas y quienquiera que sea el que ha sorteado las cámaras, por lo bien que lo ha hecho, ya debía haberlo hecho antes... Incluso la implicación de Gador parece premeditada.

El inspector Barriuso se acaricia la barba.

—Para tratarse de un homicidio fortuito hay a su alrededor demasiadas acciones no espontáneas...

—Una buena definición. Podríamos llamarlas así. La cuestión es si esas «acciones no espontáneas» tenían o no la muerte de Alicia como objetivo.

—Le he dicho a Raquel que ahora se centren en tratar de comprobar la coartada de Gador. Las cámaras sí servirán para demostrar si, como él dice, pasó encerrado en su guarida gran parte del recreo.

—¿Quién es Raquel?

—La agente Simón.

—Vaya... No le pega nada llamarse Raquel.

—¿Ah, no? ¿Y a mí Lorenzo?

—A ti Lorenzo sí: «el sol se llama Lorenzo».

—Me vas a sonrojar.

—Nada más lejos de mi intención.

—¿Estás bien?

—Hoy ya me han preguntado eso demasiadas veces.

—Raquel me ha contado algo más.

—¿Qué?

—Es sobre la llave. Ha aparecido entre unos arbustos cercanos al cobertizo.

17:00

La llave

A Alicia Segura le gustaba Jackson Pollock. Era alcohólico y murió en un accidente de coche en 1956.

El cuadro favorito de Alicia era *Número 1, 1950 (Bruma lavanda)*, uno de los máximos exponentes del *Drip painting*.

Martín busca el cuadro en Google: un enorme lienzo rectangular cruzado de parte a parte, sin ningún orden, por salpicaduras blancas, negras y de color salmón, con algunos detalles en verde petróleo.

Parece el jardín.

Lo que vería alguien que se asomara desde arriba, como si levantara la tapa de una caja de orugas olvidada y contemplara simultáneamente, sobre el terreno, los recorridos de todos los personajes que la habitan; de todos los sospechosos.

Una premonición.

¿Qué llama la atención de una niña de siete años en la obra abstracta de un hombre atormentado por su adicción al alcohol?

Seguramente no entendería nada.

O tal vez sí.

Tal vez el error estriba en tratar de entenderla.

—Era muy tímida pero se esforzaba por participar, se avergonzaba de su propia capacidad y, como todos los niños, buscaba que la quisieran.

A lo largo del día, Natalia les ha contado algunas cosas sobre Alicia. Se ha desprendido de ellas de forma compulsiva, como si el hecho de su muerte la hubiese impelido a soltar lastre. Martín la comprende muy bien. A él le ocurre lo mismo: la muerte de Anakin le ha provocado una especie de desbarajuste de la memoria.

Han salido a flote miles de peces muertos.

—¿Qué pasa, papá?

Chloe Antón ha aprendido de su padre a hablar con desprecio y se comporta como si, exceptuándolo a él, el resto de las personas que hay en el comedor fueran invisibles, pero —piensa Martín—, todavía puede salvarse. La arcilla aún no está seca y, maleando una superficie dominada por la arrogancia y el despotismo, sobrevive cierta fragilidad que debería ser protegida como una llama en la noche, porque cuando Chloe crezca, y lo hará muy rápido, desaparecerá.

—Nada, cariño, solo queremos hablar con vosotros, y es muy importante que nos digáis la verdad.

«La verdad», que a pesar de nombrarse tanto, se nos resiste.

Han apartado un par de mesas para colocar las sillas en círculo y el cielo ha vuelto a encapotarse con nubes negras, ha acortado la tarde y ha conferido al episodio el aura de una sesión de espiritismo más que de una diligencia policial.

—¿Qué tal el taller de anatomía? —Martín se sienta al lado de Lucas con las piernas abiertas y las manos sobre las rodillas. Respira hondo. Tío y sobrino se transmiten sin palabras su sensación de agotamiento físico y mental.

—Demasiado infantil, me ha gustado más el tuyo. ¿Cuándo iremos a casa? Ya es la hora de salir.

—Pronto, hay que aguantar solo un poco más.

A lo mejor las cosas no deberían hacerse así.

Martín y Lorenzo han decidido hablar primero con los niños, mientras los agentes comprueban la coartada de Braulio Gador, y regresar después al cobertizo vigilado para interrogar de nuevo al anciano e informarle de que han localizado la llave entre los arbustos. Las principales sospechas todavía

recaen sobre él (tras asfixiar a Alicia, podría haberse desprendido de la llave con la esperanza de que no lograran dar con ella), pero al descubrir que no es el dueño de la revista, se ha abierto una grieta.

Y a lo mejor las cosas no deberían hacerse así...

—Chloe, Lucas —dice Natalia, que adopta la función de mediadora entre los participantes de la improvisada reunión—. El inspector Barriuso quiere haceros unas preguntas. Vuestras respuestas nos ayudarán a averiguar quién le hizo daño a Alicia.

—No fuimos nosotros. —La voz de Chloe se resiste a madurar y es aguda y blanda, y está cargada de miedo. Además, contradice su aspecto, su cuerpo menudo pero firme, en el que se insinúan agresivas las primeras curvas, porque es un tono con el que resultaría imposible modular una segunda intención.

[...]

—Lucas, díselo, nosotros no le hicimos ningún mal —insiste la niña, que se retira la melena castaña detrás de las orejas y levanta hacia arriba las palmas blancas de sus manos en un gesto que revela nerviosismo e incompreensión.

Pero Lucas permanece en silencio.

—Nadie os acusa de la muerte de Alicia. —Lorenzo extiende el brazo hacia la agente Simón, de pie a su espalda, que le entrega la revista—. Pero buscando una cosa hemos encontrado otra. Tu padre nos ha dicho que esta revista es suya, Chloe, y no entiende qué hacía escondida en el cobertizo de Braulio. Esperábamos que nos lo aclararais vosotros.

Aunque sus facciones infantiles, al ver la portada de la revista, se afilan en un rictus que los delata, los niños callan y mantienen la mirada clavada en el suelo. Entonces, un relámpago transforma en negativo la imagen del comedor. Le sucede un trueno y el inicio de una lluvia muy fina, que suena como el choque de un millón de agujas contra el suelo. Con ella, Chloe Antón empieza a llorar y Lucas, sin levantar la vista, se excusa en un susurro casi inaudible.

—No pudimos hacer nada.

—¿Por qué me cogiste la revista, Chloe? —Luis Antón se ha acercado a su hija y se ha arrodillado frente a ella para consolarla.

—No me gustaba que la miraras, por eso la cogí.

—Perdóname... No sabía que me habías visto con ella.

El llanto de Chloe se acentúa y Luis Antón la abraza. Martín se fija en los delicados rasgos de la pequeña, congestionados por el disgusto y la vergüenza, e imagina, superpuesto al sentimental diálogo familiar, el instante sórdido en que, atisbando detrás de una puerta entornada o al acudir a deshora en busca de su padre en un piso aún desconocido, demasiado impersonal para poder considerarlo su casa, Chloe lo sorprendió masturbándose delante del papel satinado, excitado por las fotografías sicalípticas.

Definitivamente, depende de quien mira que un acto se vuelva miserable.

Y hay una parte de nosotros que no nos pertenece, la que convierte en utópico un mundo en el que todos los padres quieran a sus hijos.

—Lucas, ¿fue Gador? ¿Él os quitó la revista? ¿Chloe trajo la revista al colegio y Gador os la quitó?

Ni siquiera la admiración ciega que le inspira Martín arranca a Lucas de su mutismo. Inseguro, busca primero los ojos rasgados de Chloe y después la mirada acogedora de Natalia, que le sonrío y lo anima:

—Lucas, cuéntanoslo.

[...]

—Chloe no miente. Hace no mucho, una tarde de las que nos reunimos los del grupo de altas capacidades después de las clases normales, vimos a la chicas con una actitud rara en el descanso. Nos ocultaban algo y, al pedirles que nos lo enseñaran, Chloe sacó la revista, la había escondido en la mochila durante el trayecto en autobús hasta aquí... la sacó a la fuerza, no quería que los chicos la viéramos... Le había dicho a Alicia que iba a deshacerse de ella. Había pensado tirarla en una de las papeleras del jardín, pero le daba miedo que algún profesor o cuidador la encontrara e indagara sobre el tema. Lo que tenía claro es que no quería volver a llevársela a casa...

—¿La ojeasteis?

—Sí... Al principio fue divertido. Las fotografías, las posturas... eran ridículas. Tío, a mí no me gustó nada.

—¿Y al final qué hicisteis con ella, Lucas? ¿Crees que Braulio la encontró donde la dejasteis tirada?

—No pudimos tirarla.

—Ah, ¿no?

—No, Bruno nos la quitó.

Se acerca el final.

Cuando su sobrino era un bebé, durante los meses que siguieron a su nacimiento, Julia adoptó la costumbre de grabar un vídeo cada mañana con el teléfono y enviarlo a un grupo de WhatsApp que ella misma había creado con el título de *Buenos días, Lucas*. Al recibir la notificación que le anunciaba su inclusión en ese foro, Martín se molestó mucho (no soportaba la alegría convencional) y transmitió su malestar a Anakin, que le sugirió, sin dar demasiada importancia al enfado de su hermano, que si le disgustaba el grupo lo único que tenía que hacer era abandonarlo. Bastaría con una escueta disculpa en el hilo de la conversación y nadie se lo tomaría a mal.

Pero Martín no opinaba igual. «Cortesía» era su segundo nombre. Se consideraba un caballero (es más, defendía con vehemencia el vocablo en los nidos de víboras de lo políticamente correcto); su personalidad, donde convivían sin conflicto modernidad y romanticismo, no contemplaba los desplantes. Por lo que no le quedó más remedio que silenciar los avisos de nuevos mensajes de su cuñada y someterse a la tortura de recibir los vídeos.

Y un día, aburrido en el estudio, tirado en el sofá y harto de buscar en YouTube imágenes inéditas de la Revolución Rusa, a un paso de tomarse un Diazepam, los miró y vio al bebé reaccionando a las palabras de su madre, que siempre le hablaba con cariño. Así empezó a quererlo, porque la agresión de la cámara era más fuerte contra el recién nacido, que ignoraba las implicaciones de ser grabado en primer plano y no actuaba frente al objetivo. Al revés, se comportaba como lo harían los bañistas de una playa nudista espiados a varios cientos de metros de distancia por un mirón con unos prismáticos: con una naturalidad absoluta. Martín no había visto nunca un ejemplo más claro de autenticidad e indefensión. A partir de ese momento, activó de nuevo el sonido de las notificaciones y estableció un vínculo con su sobrino.

El título que Leo da a su fotografía.

Los ojos azules de Lucas no han cambiado mucho.

Oyó en alguna parte que los ojos permanecen inmutables mientras el resto del cuerpo se hace añicos.

Ocho años después, la epifanía del sofá cruza un puente directo al comedor del colegio, en medio de la lluvia, y a Martín le cuesta escuchar el relato de Lucas. Sufre con él. Siente que debe defenderlo.

Se estableció una rutina: presionados por Bruno, los chicos visitaban con regularidad a Braulio Gador en el cobertizo. Despistar al anciano, simulando interés por sus pájaros y sus libros, no implicaba dificultad alguna; y mientras unos fingían disfrutar con las historias repetidas del viejo, otros robaban la llave del refugio de la botella de vodka más cercana al jergón y recortaban la revista, que habían decidido esconder allí, entre las jaulas y la porquería, para que no pudieran pillarles en ningún caso con ella entre las manos.

—Cuando teníamos la llave y una de las fotografías, dejábamos a Braulio y buscábamos a Chloe o Alicia, y Bruno las obligaba a bajar al refugio para que se desnudaran e imitaran las posturas de las modelos. Se reía de ellas. No las tocaba nunca —explica Lucas sin emoción—. Las amenazaba con contarles a los demás niños lo que hacíamos si se les ocurría chivarse... A él le gustaba llamar a esta situación «el juego»... y a nosotros nos exigía quedarnos a mirar.

—¿Y luego cómo devolvíais la llave al cobertizo?

—De la misma manera que la habíamos cogido. Si nos daba tiempo antes de que terminara el recreo, cerrábamos el refugio y le hacíamos a Braulio una segunda visita; si no, lo dejábamos abierto y la devolvíamos al día siguiente... Braulio se extrañaba, pero siempre se queja de lagunas en la memoria y achacaba a sus propios despistes las desapariciones esporádicas de la llave. Tarde o temprano nos encargábamos de que, sin que se enterase, acabara en su sitio.

Todavía abrazada a su padre pero ya más calmada, Chloe asiste a la confesión de Lucas con la barbilla apoyada en el hombro de Luis Antón. En ella, todo vestigio de soberbia se ha desvanecido.

—¿Por qué no dijisteis nada, Lucas? —pregunta Lorenzo con una curiosidad en la que Martín no detecta matiz de indignación.

—Lo estoy diciendo ahora... —La frialdad de Lucas circula por sus brazos y sus piernas inmóviles, por su cuello estirado y rígido de autómeta—. Además, Bruno nos obligaba a participar. También somos culpables.

—¿Y qué hiciste tú?

En uno de los vídeos de Buenos días, Lucas, el bebé frunce el ceño y adopta sin saberlo la expresión de uno de los filósofos de La escuela de Atenas.

—A mí me pidió que rompiera la cámara. Dijo que si nos descubrían entrando en el refugio tan a menudo, llamaríamos la atención.

En otro, mueve las piernas y los brazos como un gato y golpea suavemente a su madre, que exagera una queja y se ríe de fondo, sin aparecer.

No hay reacción a las palabras de Lucas. Fuera, el chaparrón ha terminado y un silencio de hojas mojadas y hierba húmeda contribuye al descenso de la temperatura. En el comedor nadie enciende la luz.

¿Ya está? ¿Eso es lo que pasó?

Lo leyó en Wikipedia: «El color blanco resulta de la superposición de todos los colores mientras que el negro es la ausencia...».

Martín Guidú se exige una templanza que ya no tiene:

—¿Entonces qué tenemos que pensar?

Y Lorenzo Barriuso se dirige a los niños:

—¿Creéis que Bruno llevó a Alicia al refugio esta mañana durante el recreo y algo se torció? ¿Os parece capaz de matarla? ¿De llegar a tal extremo?

Lucas y Chloe intercambian una mirada rápida, casi furtiva, y esta vez es Chloe la que se pronuncia por los dos:

—Nos parece que no.

Deciden dividirse para ganar tiempo y acuerdan que Martín le hará una última visita a Braulio Gador. Lorenzo se dirige a la garita de seguridad para confirmar, con las imágenes grabadas por las cámaras, las declaraciones de Chloe y Lucas, y seguir las huellas de Bruno durante la hora del crimen. Natalia regresa con los niños a la clase, donde el nerviosismo de padres e hijos crece con el avance de la tarde y la repetida negativa de la policía cuando alguien sugiere la posibilidad de marcharse a casa.

Van a contrarreloj.

Pero Martín Guidú no tiene prisa.

Tampoco ha reaccionado en el comedor.

Sienten lástima por mí.

Nunca había experimentado la emoción de saberse compadecido y constatar que las tragedias sufridas nos transforman a los ojos de los demás y nos acercan un poco al estado de dependencia, de inutilidad, que comparten la vejez, la enfermedad y la infancia. Para los adultos autosuficientes y a salvo de la pena, el que siente dolor adquiere la consistencia de un muñeco de trapo que hay que mantener limpio.

Braulio, Anakin, Lucas... y también yo.

No le desagrada la idea de entrevistarse a solas con Gador. Le ha parecido un personaje interesante durante el poco rato que ha pasado lúcido en el cobertizo. Le ha recordado a su padre. Cree que, como él, es un hombre que no ha sabido bregar con sus desgracias, que le han vencido, y a Martín le atrae la ausencia de esa habilidad, porque no la considera un defecto, sino más bien una virtud visionaria; la prueba inequívoca de una vida sin protección.

Se han formado algunos charcos sobre el caucho del parque infantil, que ahora, a causa del agua, ha adquirido un brillo iridiscente.

Muestra los colores del arco iris.

Y dos agentes larguiruchos, damnificados por la tormenta fugaz, custodian la entrada del cobertizo para que Braulio no pueda salir. Cuando Martín se aproxima a ellos, detecta en sus caras cenicientas cierto fastidio, la suavidad de baldosas de la morgue. Parecen muertos, y Martín Guidú recae en la incertidumbre: ¿y si estuviera dentro de un sueño?

—¿Es usted el fotógrafo?

Como el zumbido de un insecto, la comunicación intermitente que la pareja de policías recibe por sus *walkies-talkies* los ha prevenido ante su inminente aparición.

—Sí, el mismo que viste y calza —asegura Martín alzando la Fuji colgada de su cuello en una especie de «vengo en son de paz».

Pero nadie se ríe, ni siquiera esbozan una imperceptible mueca.

—Adelante, ya nos ha avisado el inspector.

Braulio Gador lleva puestas las esposas. Continúa sentado junto a la mesa, sobre la que descansa los codos, y masculla una letanía sin sentido. Está hablando solo. Se adivina el movimiento de los labios en su perfil. Sin embargo, cuando se da cuenta de que su compañía ya no se limita a un gorrión atrevido que da saltitos a su alrededor en busca de migas, el viejo profesor detiene en seco su ilógico discurso y clava los ojos en el recién llegado. Martín distingue en ellos chispas de locura.

—Acérquese, no le morderé.

Pero Martín Guidú no se acerca, necesita aclimatarse al hedor y la humedad caliente que lo han engullido en cuanto los agentes le han cedido el paso y le han abierto la puerta para que se adentrara en la atmósfera rojiza y crepitante del cobertizo, tan parecida a la de un incendio. Apenas lo separan cuatro metros de Braulio Gador; una distancia mínima y, aun así, suficiente para contemplar el cuadro antes de introducirse en él y formar parte de la acción.

—Está bien... —Braulio encaja con cinismo que su visitante no se mueva y sonrío, melancólico. Martín piensa que tiene una sonrisa bonita, más adecuada para lucirla con un esmoquin o un frac que con unas esposas y un mono azul—. Supongo que usted es de los que me consideran un peligro. Debería sugerir cuando se marche que me encadenen también las piernas. Sí... —continúa Gador bajando la voz y perdiendo repentinamente el interés por Martín—. Dígales que no opondré resistencia a las cadenas.

Ya no está tan borracho.

Utiliza la palabra «cadenas» e imaginas a partir de ahí.

Puedes contar con los dedos de una mano las veces que has conocido a alguien a quien has querido fotografiar para mostrarle solo a él la fotografía, solo al modelo. Alguien en quien empieza y acaba la obra. Ya has reflexionado antes sobre el tema y has divagado sobre la posibilidad de un escritor inmerso en la redacción de una novela protagonizada por el que debería ser su único lector; de un pintor enfrentado a un cuadro concebido exclusivamente para su musa. Un arte sin aire, con las ventanas cegadas por listones de madera, y, al mismo tiempo, profundo y silencioso, oscuro como

un agujero negro. Un lugar perfecto para morir, donde el ruido solo se oye a lo lejos y las referencias demasiado dolorosas, cada uno de los recuerdos, desaparecen.

Gador despierta en ti ese deseo. Su presencia física posee una fuerza indescriptible, no premeditada, que reconoces como excepcional; un don escatimado, concedido únicamente a unos pocos mortales de los millones que pueblan la faz de la tierra.

Das unos pasos hacia él. Quieres decirle lo que te pasa por la cabeza, pero tus asociaciones, te ocurre con frecuencia, no deben ser pronunciadas en voz alta. A menudo suenan ridículas, se volatilizan en el intento de materializarse y adaptarse al oxígeno. Anakin siempre se reía de ellas. Por lo que te limitas a cumplir las órdenes que te han traído hasta aquí:

—Los niños le han estado engañando.

—¿Cómo? —Las líneas de expresión que los años han ido cincelandando en el rostro de Braulio se difuminan para devolverle por un segundo la ingenuidad de alguien más joven, y se desvanece toda la ira—. Acérquese, se lo pido por favor.

Martín, ahora sí, se aproxima a su interlocutor y toma asiento frente a él, en el lugar que, poco antes de comer, ha ocupado Lorenzo Barriuso.

En Braulio Gador pervive la huella de los galápagos.

—Usted nos dijo la verdad. Hemos comprobado que la revista no es suya. Durante las últimas semanas, coaccionados por Bruno Arenas, los alumnos del grupo de altas capacidades han utilizado el cobertizo para esconderla y nosotros caímos en su trampa. Querían que si la encontrábamos, pensáramos que le pertenecía a usted, tal y como ha ocurrido. Querían que le consideráramos culpable.

—¿Y para qué diablos necesitaban esa basura?

—Obligaban a las niñas a imitar las poses de las modelos. Las llevaban al refugio... Le robaban la llave sin que se diera cuenta y luego se la devolvían.

Gador se toma unos segundos para asimilar lo que Martín acaba de decirle y, mientras tanto, el gorrión que rondaba por el suelo salta a la mesa y recorre curioso la superficie que separa a los dos hombres. Su cabeza diminuta se mueve con rapidez, entusiasta ante un montón de estímulos, sus ojos son pequeños y redondos, cuentas negras que reflejan una absoluta incomprensión. Martín los contempla atónito.

—¿Y por eso ha muerto Alicia?

Dudas antes de responder:

—No lo sé.

[...]

—Esta mañana Bruno ha estado aquí. Como siempre, a la hora del recreo. Ha venido solo y, si ya han comprobado que lo ha hecho otras veces, por supuesto que es posible que me haya tomado el pelo, haya recortado la revista y se haya llevado la llave con él. —Braulio Gador se disculpa sin palabras por su candidez un tanto senil y sonrío de nuevo a Martín, perplejo —. De todos los chicos es el que menos me gusta.

—A mí también.

—Está sucio por dentro.

—¿Usted había bebido?

—¿Importa eso?

—La llave ha aparecido en los arbustos que hay junto a la cancela y no sabemos por qué.

—Pues yo tampoco. Lo que tengo claro es que cerré el refugio, llegué hasta aquí y, como hago siempre, dejé la llave en la botella, de donde Bruno debió robarla.

—¿Y si no ocurrió como usted lo recuerda?

—Ocurrió como lo recuerdo.

—Pero, ¿y si no? ¿Y si se dejó el refugio abierto por despiste y la llave se le cayó al regresar al cobertizo?

Gador se encoge de hombros y reincide en su discrepancia.

—No fue así, pero, en cualquier caso, no cambiarían mucho las cosas... Parece cansado. Usted es el tío de Lucas, ¿no? El que hace fotografías... Lucas es un buen chico.

—Su padre ha muerto hoy.

—Lo siento mucho. Me había contado que estaba enfermo.

—Era mi hermano.

—No me extraña entonces que parezca tan cansado... —repite Braulio con una amabilidad sincera—... Tan cansado y tan triste a la vez. Nunca olvidará este día.

—Nunca lo olvidaré.

—Pues desahóguese. Si quiere puede llorar un poco.

Martín Guidú y Braulio Gador recuperan un silencio que parece extenderse, como un mar, más allá de los límites del parque y al otro lado de los muros.

Puede llorar si quiere.

—Todavía no puedo, primero siento que debo resolver esto, no me iré de aquí sin saber lo que pasó. ¿Le parece raro?

—¿Y qué no lo es?

—¿Le gusta la fotografía?

—No me interesa lo más mínimo.

Los dos sonríen a la vez y Braulio dice:

—Luego Bruno volvió.

—¿Cuándo?

—Al final del recreo, pero no le dejé entrar, vino con alguien y yo había recibido instrucciones muy precisas de Paulino.

—Cuéntemelo mejor.

17:30

La solución

En Asesinato en el Orient Express, de Agatha Christie, todos eran asesinos.

Aquí no.

Con Anakin también hubo buenos momentos, situaciones extraordinarias que te dejaron un regusto a astronauta tras haber pisado la luna.

Él te dijo que haría cualquier cosa por sus hijos. Incluso las peores.

¿Cómo no?

El Ratoncito Pérez siempre visitaba la casa de los Guidú la madrugada del sábado al domingo y no tenía por costumbre conformarse con dejar los regalos debajo de la almohada, donde Martín y Anakin depositaban el diente perdido antes de irse a dormir. Un simple intercambio diente-regalo hubiera resultado demasiado sencillo y poco estimulante para los dos hermanos. Así que su padre les preparaba un juego de pistas que, de ser culminado con éxito, los conducía hasta la sorpresa que el Ratoncito Pérez había traído para ellos. La primera pista los esperaba en el lugar del diente que, cuando se despertaban con la inquietud propia de quien se sabe al comienzo de un reto, había desaparecido.

Un papelito doblado en dos con un mensaje en rima.

Anakin tenía un pijama azul con coches rojos; el tuyo era de un verde

desvaído, con helicópteros amarillos.

Tu infancia, vuestra infancia, y con ella la nostalgia que empapa el territorio de la niñez como la niebla, se ha vuelto gigantesca; un microbio inofensivo bajo la lente del microscopio que lo convierte en un monstruo.

A Martín se le nubla la vista y Braulio, que lo acompaña a través del jardín, en dirección al aula de actividades complementarias, se percata de su emoción, pero no interviene. Considera más oportuno quedarse callado ahora que ya le han quitado las esposas y ha contribuido a resolver el caso con su última declaración.

Cuando ha terminado de hablar en el cobertizo, Martín, sin hacerle ni una sola pregunta ni exigirle ninguna aclaración, se ha apresurado a contactar con el inspector Barriuso por medio de uno de los *walkies-talkies* de los policías de guardia y, tras cotejar con Lorenzo las nuevas averiguaciones y trazar un plan, ha ordenado que liberaran a Braulio para dirigirse con él al encuentro del grupo.

En este juego de pistas la recompensa es la solución.

Antes de golpear con los nudillos la puerta del aula, Martín Guidú y Braulio Gador respiran hondo e intercambian una mirada con la que los dos tratan de infundirse ánimos, decirse sin necesidad de vocablo alguno: «saldrá bien».

—¡Adelante!

Natalia Holden les da permiso para entrar y entran.

Como en los cuentos, hay guardianes custodiando el acceso a todos los lugares terribles.

La disposición de niños y adultos es similar a la que, apenas media hora antes, han establecido en el comedor para interrogar a Chloe y a Lucas. El grupo forma un círculo de sillas en miniatura en el que quedan dos asientos libres. Las sillas son de colores vivos y, aunque faltan Alicia Segura y sus padres, el inspector Barriuso, la agente Simón y Kinde compensan su ausencia.

Los neones en el techo están encendidos y Martín recuerda la sala de espera del hospital, y también esa misma mañana, cuando poco después de

enterarse de la muerte de Anakin le ha preguntado a su sobrino por la identidad de Braulio Gador, al verlo lavando los autobuses.

El anciano, que por su altura casi roza el dintel de la puerta, repasa con sus ojos azules y melancólicos, antes de sentarse, los rostros de los pequeños y estos, avergonzados, rehúyen la confrontación y apartan la vista. Bruno Arenas masca chicle y aprovecha el modesto desafío de Braulio para hacer una pompa enorme, verde menta, que explota con el dedo.

Te costaba aceptar que la culpabilidad de Bruno, con sus extremidades demasiado largas y curtidas al sol repetido de los trayectos hasta Ítaca por el bosquecillo que rodea el apeadero, a pesar de su arrogancia y de la antipatía espontánea que despierta, pudiera ser absoluta. Faltaba algo.

No habrá perdón. Ninguno de vosotros seréis perdonados.

En el Orient Express todos tenían la culpa.

Lorenzo Barriuso los invita a ocupar su sitio y les dice con amabilidad:

—Os estábamos esperando.

—¿Sabéis por qué le hemos pedido a Braulio que venga? —interviene Natalia, dirigiéndose a sus cinco alumnos—. Porque le debéis una disculpa.

—¡Venga ya! Esto es ridículo... —Carlos busca el respaldo del resto de los padres, pero no recibe apoyo de ninguno.

—No, no lo es...

A Luis Antón, que tiene un poco más de información que el resto tras su interrogatorio en el comedor acerca de la revista, le cuesta contener la ira en su comentario, cada músculo de su cuerpo está en tensión, y a Martín no le pasan desapercibidas la presión de su mandíbula apretada y la rigidez de sus cervicales.

Luis se siente culpable.

¿Qué sabrán los demás adultos acerca del punto que ha alcanzado la investigación? Fran, Carlos, Alfredo... ¿Cómo habrá sido su día, encerrados en el aula, representando obedientes su papel de improvisados profesores, con una falsa sensación de normalidad destinada a desvanecerse con la frustración del deseo de marcharse a casa. A Martín le gustaría saberlo, le gustaría haber sido testigo también de esa parte de la historia, haber asistido a la representación de la farsa a través de un agujero perforado en la pared.

—Chicos, buscando al responsable de la muerte de Alicia, encontramos la

revista para adultos que escondíais en el cobertizo y averiguamos lo que hacíais con ella: forzar a las chicas a imitar las posturas de las modelos en el refugio. Le robabais la llave a Braulio y os divertíais humillándolas. Eso también es un delito. —Lorenzo Barriuso, un maestro del ritmo del diálogo y los tiempos de ataque, hace un alto y aguarda la inmediata reacción.

—Tendrán que demostrarlo —protesta de nuevo Carlos, esforzándose por ofrecer su versión más escéptica.

—Braulio, lo siento mucho —dice Lucas muy bajito.

—Tranquilo, Lucas, ya lo sé.

Leo se frota los ojos con fuerza e inicia un llanto no demasiado molesto, que se convierte en acompañamiento de la conversación.

—También sabemos que la voz cantante en toda esta chiquillada absurda la llevó Bruno —continúa Lorenzo, adoptando un registro más sucio e interpelando a Braulio con un gesto.

—Él vino a verme hoy durante el recreo —aclara Gador, tomando el relevo del inspector—. Entró en el cobertizo y me saludó. No me pareció raro. Lo hacía a menudo.

Bruno no afirma ni desmiente, se limita a escudarse en su desagradable y ruidosa manera de mascar el chicle, que se hace visible en el interior resbaladizo de su boca, como la ropa sucia que gira en la lavadora.

—¿Iba solo?

—La primera vez, sí.

—¿Luego volvió?

—Sí, cuando faltaba poco para el final del descanso, pero no le dejé pasar de la entrada, salí yo.

—¿Por qué?

—Paulino me dejó muy claro que ningún padre debía ver el cobertizo... Y Bruno, él me lo presentó durante la breve charla que mantuvimos, iba con el suyo.

Un trozo de piel en forma de huso, escasamente velluda y brillante por el sudor, como has apreciado ya durante el taller de fotografía, queda al aire en los espacios entre los botones de la estrecha camisa que viste Alfredo Arenas.

Y al recrear la muerte de la niña, sientes aprensión.

—¿Qué querían?

Las voces son voces, nada más.

—No se explicaron mucho —Braulio adelanta el labio inferior para manifestar su ignorancia al respecto—. Yo estaba nervioso, solo pensaba en como echarlos de allí. Y ellos tampoco parecían muy tranquilos.

—¿Qué es lo que querían, señor Arenas? Hemos comprobado con las cámaras de seguridad del parque infantil que, tal y como dice Braulio, le hicieron una visita.

El final de una oración.

Los agradecimientos después de la letanía.

Alfredo Arenas deja escapar una risa entre dientes como toda respuesta, y Lorenzo lo acorrala definitivamente contra las cuerdas, sin compasión:

—Otra cosa que quizás pueda explicarnos es cómo murió Alicia Segura. El forense tiene claro que la asfixia es la causa de la muerte, pero no la estrangularon...

El llanto de Leo se hace más fuerte y Chloe, que apoya la cabeza en el hombro de su padre, se une a él.

—Quizá debería llevarme a los niños... —sugiere Natalia.

Pero Lorenzo se da prisa en descartar esa opción y, con una rabia que a Martín nunca se le hubiera ocurrido atribuirle, le grita que no.

—Me da igual lo que hagan después —argumenta cuando recupera la compostura—. Si quieren, denuncien mi conducta a quien corresponda, pero nadie saldrá de aquí sin escuchar lo que ocurrió en el refugio. Y si el señor Arenas no tiene el valor suficiente para contarlo, lo haré yo.

Esa es la parte de Lorenzo que se esconde en el anillo de calavera.

Cada uno escucha los latidos de su propio corazón.

—¿Qué pasó en el refugio, inspector? —pregunta Chloe, sin abandonar el contacto físico de su padre —. Díganoslo.

—Está bien... —consiente Lorenzo decidido, y antes de empezar su relato traga saliva—. Bruno se dirigió al cobertizo cuando salisteis al recreo y, aprovechándose de un despiste de Braulio, se hizo rápidamente con la llave. Es probable que ya llevara con él el recorte de revista, debió conseguirlo en una ocasión anterior, alguna de las veces en que no fue solo y contó con la colaboración de Leo o Tomás... o quizás de Lucas —reconoce

Lorenzo, a pesar de su incipiente amistad con Martín—. Luego interceptó a Alicia, que te había dejado para buscar a sus padres, y la obligó a bajar al refugio. Como hacía siempre, le exigió que se fijara en la fotografía, después le quitó las gafas y el abrigo, y le bajó los leotardos, la obligó a tumbarse en el suelo y a imitar la pose de la modelo. Alicia, que ya estaba acostumbrada, no se resistió, sabía que era peor, y fingió ser obediente para Bruno.

El suelo sin pavimentar, salpicado de esquirlas y piedrecitas picudas, cuando estuviste con ella y le hiciste las fotografías, comprobaste que estaba muy frío.

—Si continúa tendrá problemas, inspector Barriuso.

—La amenaza de Alfredo Arenas, rematada con un matiz de desdén al nombrar a Lorenzo, choca con la firmeza de la agente Simón, que contraataca:

—Es usted el que ya los tiene.

—Siga, inspector... Por favor —pide Fran.

—De acuerdo... Es a partir de aquí cuando el hecho de hallarse en medio de la jornada de padres complicó las cosas. El señor Arenas había estado fumando con el señor Antón en el porche y, al terminar la charla en torno al cigarro, decidió ir en busca de su hijo y lo sorprendió con Alicia en el refugio... Al principio se comportó como un padre ejemplar, ¿o no, señor Arenas? Yo quiero creer que sí, que al menos al principio censuró el comportamiento de Bruno, por lo menos hasta que Alicia, al ser un poco más consciente de la situación, de lo que implicaba que usted estuviera allí, se dejó llevar por el desespero y, como la niña que era, empezó a llorar y a amenazar a Bruno con que, aprovechando la presencia de sus padres en el colegio, les iba a contar inmediatamente lo que le había estado haciendo. En ese momento, usted sintió pánico, desconocía hasta qué punto era grave lo que tenía delante de sus ojos, si Alicia había sido violada, y vislumbró en un segundo el calvario merecido que le esperaba a su hijo y de qué manera influiría la transgresión de Bruno en su propia carrera, en su propio desprestigio... No podía permitirlo.

—Eres un cabrón... —Fran hace ademán de incorporarse, pero recapacita y apoya su mano enorme, con afecto, en la nuca de Leo.

Y Alfredo no se achanta:

—Parece que nos esté contando un cuento, inspector, uno muy bueno, eso

sí, cargado con un interesante dilema moral. —Arenas cruza los brazos y se relame con disimulo las comisuras de los labios—. ¿Qué está dispuesto a hacer un padre por su hijo? ¿Matar al hijo de otro? Hacía tiempo que no me divertía tanto.

—Pues todavía no he terminado.

—Pues continúe, por favor, Dios me libre de impedirselo. No quiero pensar lo que su agente podría hacer conmigo en caso de que me negara.

La oscuridad se insinúa al otro lado de las ventanas e inicia su conquista del jardín para las sombras.

Ya no es hora de estar aquí.

Algunos espacios existen para los hombres solo en un intervalo de tiempo concreto, y habitarlos más allá del toque de queda significa «peligro».

—No pretendía matarla. —Lorenzo retoma su relato como si en la clase no hubiera nadie más que Alfredo—. Cuando confiese, creeremos que no era su intención. Al contrario: la vio tan indefensa que le ofreció un abrazo, pensó que necesitaba su consuelo; y Alicia lo aceptó. No tardó en empaparle la camisa con sus lágrimas calientes... solo tenía siete años, notaba el movimiento de sus labios a la altura de su ombligo, pero no entendía lo que le estaba diciendo... En realidad, ella apenas podía hablar porque la estaba ahogando contra su vientre. Se aseguró de que Alicia ya no respiraba y, seguramente con Bruno bloqueado, limpió la escena lo mejor que pudo, aunque olvidó la inspección del cuerpo de la niña muerta, que conservaba el recorte de revista en el puño. Después, sacó a su hijo de allí, pero él no se acordó de cerrar el refugio y cuando cayó en la cuenta y se lo dijo, era demasiado peligroso regresar. Lo que sí intentaron, para desviar todavía más las sospechas hacia Braulio, fue devolver la llave a su sitio. No se podían imaginar que el director Lupiáñez, temeroso de que los padres pudieran pensar mal del colegio si descubrían que Braulio se emborrachaba día sí, día también, al lado de donde jugaban los preescolares, le había advertido de que no permitiera entrar en el cobertizo a ningún adulto. Así que no pudieron dejar la llave donde Bruno, apenas media hora antes, la había robado, y decidieron deshacerse de ella en los arbustos.

Hay ADN en las lágrimas, no se te ocurre una contradicción mayor.

—Señor Arenas —dice la agente Simón, poniéndose de pie—, ahora mis compañeros y yo vamos a detenerle. Será más fácil si no da ningún

espectáculo.

18:00

La salida

—¿Y los demás qué hacemos? ¿Ya podemos irnos?

Los padres y sus hijos te han dado la mano. Fran, incluso, sin contenerse, te ha abrazado tan fuerte que, por un momento, has creído que te ibas a marear.

Braulio se ha escabullido a su guarida con discreción, aprovechando el barullo de las despedidas; ese momento en que, misteriosamente al unísono, todos se ponen de pie, y que siempre tiene algo de fin de fiesta de cumpleaños.

No hay ninguna moraleja en la muerte de Anakin.

Tampoco en el asesinato de Alicia.

Han dejado marchar a todos los niños menos a Bruno. Ni a él ni a su padre les ha cambiado un ápice la expresión de brutos atrapados para el aquelarre.

Lucas ha abandonado la clase sujeto a la cintura de Kinde y no ha aceptado ni una sola de las palabras amables con las que Natalia ha intentado descargarle de la culpa. Y tú te preguntas qué pasará, si bastará con el ADN de las lágrimas en la camisa de Alfredo Arenas para declararlo culpable.

Piensas en la melena rizada de la pequeña contra su tripa; en lo último que vio, en lo último que olió, el sudor camuflado por la colonia cara de un hombre sin escrúpulos, y en que no debió de entender nada.

Bruno también es una víctima, pero solo te inspira rechazo. Huele mal aunque está limpio.

Repasas tus fotografías.

En cuanto has cruzado el portón del Ítaca y has emprendido el camino hacia el apeadero con tus sobrinos, tu móvil ha empezado a sonar, como si al abandonar el colegio se hubiera liberado de un extraño encantamiento.

Has hablado con Inés.

Has hablado con Julia.

Muy pronto aparecerá en los telediarios, sin caras ni nombres, todo lo que ha ocurrido. Lo que has vivido en el colegio se elevará como un globo que se aleja de la realidad.

Os convertiréis en manchas de color, como en un lienzo de Jackson Pollock.

Lucas y Kinde apenas te han dirigido la palabra. Los tres sois supervivientes desconocidos de una catástrofe, habéis aprovechado el viaje en metro para refugiaros en un silencio de conclusión, reforzado por el paisaje casi nocturno al otro lado de la ventanilla: mientras estabais en marcha, se han encendido todas las luces y el vaivén del vagón ha convertido en opio los perfiles bajos de las naves industriales y el cielo, cada vez menos azul, con pocas estrellas; y las piedras junto a las vías.

La sensación es igual a la que experimentaríais en un helicóptero de rescate.

Reconoces el principio y el fin de algo. Reconoces —lo has aprendido hoy— que el mundo se divide entre los que son padres y los que no.

Todo ha terminado. Todo acaba de empezar.

Porque sabes que echarás de menos a Anakin y sabes también que los días se irán sucediendo uno tras otro como las páginas leídas de un libro, hasta que el inspector Lorenzo Barriuso y la profesora Natalia Holden se crucen de nuevo en tu camino.

Porque, sí... Quizás esto sea más un principio y menos un final.

Habéis intercambiado vuestros teléfonos, Lorenzo te ha dado las gracias

y aunque, atareado como estaba en supervisar el procedimiento de la detención, no ha podido despedirse con tranquilidad, te ha parecido distinguir en su mirada la materialización de tus pensamientos: «ha sido divertido, volvería a jugar».

También te ha prometido que te llamará.

Agradecimientos

Esta novela no sería la misma sin la generosidad de la gente que ha contribuido a la trama, sobre todo sin la predisposición de Asunta Benlliure, que me dejó volver a un jardín muy especial durante mi infancia, en el que se escondía un refugio; y la ayuda, durante todo el proceso de escritura, del fotógrafo Luis Gaspar, cuya obra inspira muchas de las imágenes de esta novela e insufla vida a Martín Guidú quien, de no ser por Luis, sería de otra manera y sería peor. Gracias a los dos y a todos los demás que no he nombrado por acompañarme en esta aventura.

Sobre la autora



Marina Sanmartín Pla nace en Valencia, en 1977, y es periodista. En 2009 publicó el libro de relatos *La vida después* y en 2012 su primera novela, *La clave está en Turgueniev*, en la que ya se cometía un crimen. Las dos siguientes, *El amor que nos vuelve malvados* (2014) e *Informe sobre la víctima* (2016) se publicaron ya en Principal de los Libros. *El jardín de los sospechosos* es su cuarta novela.

Actualmente, después de más de siete años desempeñando puestos de responsabilidad en distintas librerías y cinco como miembro del equipo de comunicación de una gran superficie cultural, Sanmartín avanza en su carrera como novelista compaginándola con la comunicación editorial y la colaboración en distintos medios, entre ellos el *ABC Cultural*, donde escribe sobre novela negra, su especialidad.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.


Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



BRITTAINY C. CHERRY

EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros. "Totally Booked Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna
9788416223473
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los libreros italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

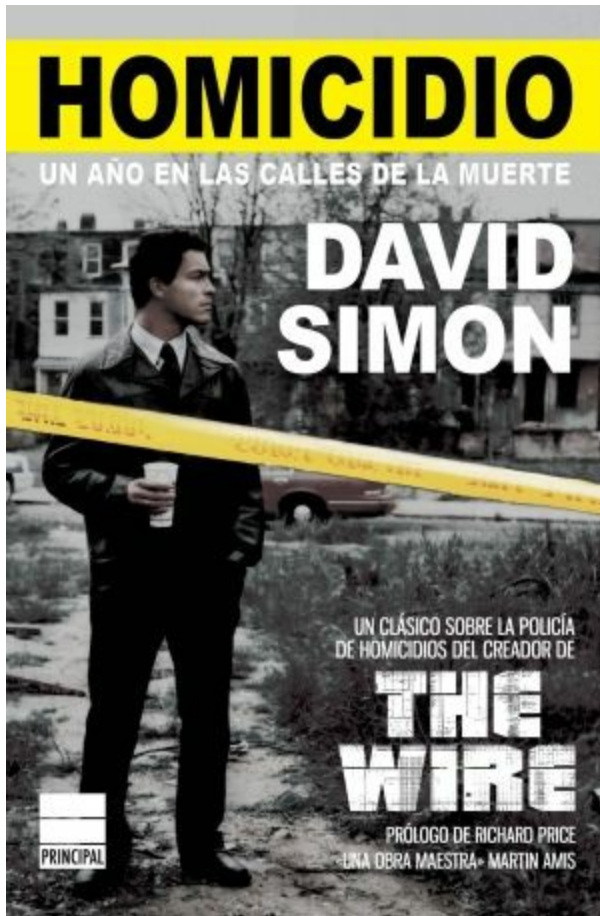
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
-UNA OBRA MAESTRA- MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

9788494223488

336 Páginas

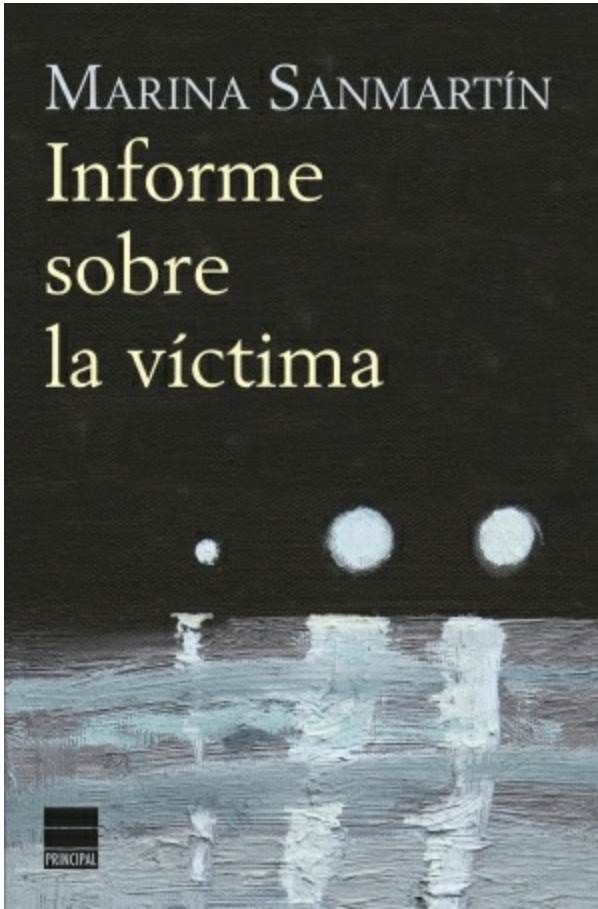
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

MARINA SANMARTÍN

Informe
sobre
la víctima



PRINCIPAL

Informe sobre la víctima

Sanmartín, Marina

9788416223671

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿En qué parte de nosotros se oculta la semilla del mal? En 2059, dos estudiantes de criminología se disponen a analizar el famoso Informe sobre la víctima de la periodista Cruz Cardenal, cuyo descubrimiento científico en 2014 revolucionó nuestro mundo. Pronto comprenden que, para llegar a la verdad de unas muertes que casi cincuenta años atrás lo cambiaron todo, deberán convertirse en detectives del pasado. Y el único testigo que queda vivo es Rafael Cardenal, el hermano de Cruz. Guiados —y engañados— por los recuerdos de Rafael, reconstruirán una trama de muertes y horror, de pasión y de locura. "Esta novela es adictiva. Atrapa en sus interrogantes, seduce en sus formas e inquieta en sus diferentes niveles narrativos." Fernando J. López, finalista del Premio Nadal "Una de las mejores escritoras españolas (...) que forma parte de una generación de autores destinada a protagonizar la narrativa del siglo xxi." Antonio Gómez-Rufo, escritor "La voz narrativa de Marina Sanmartín es fresca y ambiciosa. Uno de los hallazgos más interesantes de las últimas temporadas." Marta Rivera de la Cruz, escritora

[Cómpralo y empieza a leer](#)